

ANDRE BARBAULT
VICE-PRESIDENTE DEL CENTRO INTERNACIONAL DE ASTROLOGÍA

DEL PSICOANALISIS A LA ASTROLOGIA

EDITORIAL DEDALO
BUENOS ARIES

Titulo del original francés
DE LA PSYCHANALYSE A L'ASTROLOGIE

Editions du Seuil - Paris

Traducción de
MARTHA L. MOIA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© by EDITORIAL DÉDALO - Maza 177 - Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

INTRODUCCIÓN

Cada ser humano no tiene su origen en cualquier semilla que crezca en el campo de las estrellas. Sin embargo, somos celestes, dado que somos ínfimos parásitos de un planeta.

El niño madura y se convierte en adulto; así como la simiente predetermina la flor y el fruto, así *Psyché* y *Mignon* llevan en sí todas sus virtudes.

No dudemos de esta burda servidumbre. Ni la tierra es vil ni el cielo es indiferente. Pero reconozcamos, en vez de olvidarlo, que la vida sobre la tierra es una vida en el cielo. Intentemos hacer nuestro destino, pero sin situarnos en el imposible por descuido o ignorancia.

La condición humana tiene ubicación y fecha, pero no es sanamente valorada ni por el idealista, ni por el materialista. Aquel que comprenda la vida según el medio Cósmico tendrá bases sólidas sobre las que fundamentarse. En este sentido, el autor de este libro hace un análisis leal. Ha construido sus razonamientos sobre los estudios de Choisnard, el más serio intérprete de la astrología de los comienzos del siglo XX. Freud era contemporáneo de Choisnard.

¿Reduciremos el mérito de André Barbault si recordamos que el Dr. Allendy reabrió en nuestra época ese camino magistral entre el cielo y la tierra, siguiendo a los más grandes inspirados? Ciertamente, no, pues el autor de este libro ha adquirido el derecho de interpretar a Allendy y tiene el mérito de no temblar ante esta evidencia, prejuzgada como paradoja: que la vida humana depende de condiciones astrales.

PAUL MASSON-OURSEL

A LA BÚSQUEDA DE LA ASTROLOGÍA

A fin del siglo pasado nació un movimiento de renacimiento astrológico. Su literatura especializada se ha esforzado por reagrupar los elementos dispersos de un conocimiento perdido para devolverle unidad a la doctrina representada por la astrología en la antigüedad.

Sin embargo, la reconstrucción de ese rostro no es la única tarea que el astrólogo contemporáneo se impone. Junto a este primer problema se presenta un segundo, que reclama una solución igualmente imperativa: el de la asimilación del pensamiento antiguo del conocimiento astrológico por el saber moderno del siglo veinte.

Por haber desconocido u olvidado este segundo problema, los astrólogos han hecho fracasar sus tentativas de rehabilitación. Sin duda, los espíritus superiores, adiestrados en las disciplinas científicas, han retomado la cuestión desde el terreno estimado por los racionalistas, y luego de la aparición de las estadísticas de Paul Choisnard hubiéramos podido creer que la hora había llegado. Pero la evidencia, aunque sea matemática, no puede nada frente a una disposición interior de rechazo, totalmente afectiva e inconsciente, incluso en aquellos que defienden el rigor científico. Hoy, si bien el número de los espíritus distinguidos que se acercan a la astrología es cada vez mayor, y si bien los juicios son cada vez más objetivos, debemos rendirnos ante lo evidente: la astrología no ha “penetrado” en el mundo del saber que la considera aún como una ciencia falsa y el ambiente astrológico continúa viviendo en un círculo cenado, aislado de los ambientes oficiales que le son siempre hostiles.

La contribución del politécnico Choisnard consistió en poner fin a las eternas e inútiles discusiones que impidieron el avance de la investigación en este terreno: por un lado están los partidarios, que continúan adornando un conocimiento problemático, sin dudarle en una rigurosa verificación; por el otro, los detractores, que insisten en los mismos razonamientos de principio. Ni los unos ni los otros hacen más que *darse razones* para creer o para no creer, para admitir o rechazar la astrología.

¡Hay que terminar! ¡O los astros tienen “influencia” o no la tienen! Para tener una idea imparcial hace falta dejar de lado los juicios *a priori*. ¿Qué mejor, entonces, que la estadística? El aparato cosmográfico se presta de manera excelente y, dice Choisnard, sólo basta con juntar los grupos de individuos que presentan la misma particularidad para ver si, en los temas, una o más posiciones astrales se presentan de manera “anormal”, es decir, más frecuentemente, en relación a la aparición de las mismas posiciones en un grupo de individuos tomados al azar; a partir de -aquí, el cálculo de probabilidades permite fijar el valor de los resultados obtenidos al precisar si las divergencias que se producen son el efecto del azar, o si testimonian una auténtica “Correspondencia” astral... En fin, tendríamos así un juicio *a posteriori*, el único que interesa al fin de cuentas. Y, luego de haber realizado una serie de encuestas de este tipo, Choisnard pudo emitir un juicio fundado en la observación, un juicio de realidad: ¡el *hecho astrológico existe!*

Después de esta experiencia, los adversarios no se tomaron la molestia de efectuar las verificaciones propuestas, pues les preocupaba más la polémica que el control. El único de ellos que realizó una paciente encuesta tuvo que reconocer, al menos, la existencia de la “influencia astral”, si bien negó siempre la idea de la astrología. Fue este mismo adversario inconquistable el que aportó la prueba más irrefutable de esta influencia astral, cuando las estadísticas de los astrólogos eran insuficientes y bastante discutibles.

Este buscador, Michel Gauquelin, publicó los resultados de un sondeo con cinco mil datos de nacimientos de nacionalidad francesa (1) con el que pudo hacer un notable balance. Con el deseo de hacer una “prueba de su prueba”, hizo la misma serie de encuestas aumentando la experiencia con veinticinco mil nacimientos europeos, (2) y obtuvo los mismos resultados.

La refutación de una prueba manifiesta no fue menos brillante. Los adversarios más comprometidos, Bart J. Bok, director de un organismo estadounidense de control de la Universidad de Harvard, y Paul Couderc, codirector del Observatorio de París, uno de los promotores de “un comité belga para la investigación de los fenómenos llamados paranormales”, no salieron de su silencio.

(1) Michel Gauquelin, *L'Influence des Astres*, ed. du Dauphin, Paris, T1955.

(2) Michel Gauquelin, *Les Hommes et les Astres*, coll. “La Tour Saint-Jacques”, ed. Denöel, 1960.

Los otros tuvieron reacciones muy contradictorias: rechazo del criterio de profesión (Da Duvillier), selección inconsciente de datos (François Le Lionnais), romance folletinesco de la peor especie (Mareel Boll), expresión absurda de una experiencia absurda (E. Tornier), política del avestruz fijada en el *a priori* negativo (Sylvain Arend, R. P. Russo).

En resumen, luego de haber recurrido a la estadística con la esperanza de que decidiera sobre la suerte de la astrología, es preciso concluir que: la aplicación del cálculo de probabilidades a un dominio absurdo como la influencia de los astros, no puede llevarnos sino a resultados absurdos. Esta conclusión se basa en las siguientes razones: esta investigación está en favor de la influencia astral; la cuestión de saber si los resultados obtenidos pueden ser llevados a una fluctuación aleatoria no se plantea ni a los ojos mismos de los grandes especialistas (J. M. Faverge, profesor de Estadística de la Sorbona, E. Tornier, profesor honorario de cálculo de probabilidades de la Universidad de Berlín, y Jean Porte, administrador del Instituto Nacional de Estadística); y el fenómeno de repetición constante de los resultados obtenidos supera el cuadro de las probabilidades y se convierte en certidumbre.

¡Ay del racionalismo de estos señores!, las contra experiencias reclamadas sucesivamente por Porte y Tornier, son contrapruebas que han invalidado esta hipótesis: los astros no quieren escuchar. Cuando los datos de los nacimientos son ficticios, las posiciones planetarias se alinean sabiamente por encima del nivel de la frecuencia teórica previamente calculada. Pero cuando se trata de 3.142 jefes militares, el planeta Marte se eleva y culmina 634 veces en lugar de 535, que es la frecuencia teórica (probabilidad de uno en un millón); cuando se trata de 3.305 sabios, el planeta Saturno se eleva y culmina 632 veces en vez de 540 (probabilidad 1/1.000.000); con 993 líderes políticos, Júpiter se eleva y culmina 208 veces en vez de 164 (probabilidad 1/5.000); y cuando se trata de 1.485 campeones deportivos, el balance de probabilidades para la elevación y la culminación de Marte alcanza 1/5 millones (3).

Sólo nos queda por decir, como lo reconoce J. Porte, que los hechos son los hechos, y que hay que tomarlos en consideración, aun si la ciencia actual los considera absurdos. También debemos señalar que *existe una regla probabilística que nos autoriza a afirmar la existencia de una influencia de los astros sobre la naturaleza y el destino del hombre*. La astrología ha ganado una primera partida allí donde los augures oficiales esperaban que-perdiera: en su propio terreno, el del control científico más riguroso.

Empero, si bien las cifras adelantadas hablan en su favor, no será la encuesta probabilística (puesto que no es su objeto) la que puede proveer una teoría o una doctrina al “arte real” de los antiguos (aunque pueda aportar una contribución).

Y si el segundo problema que mencionamos anteriormente no ha sido resuelto, es porque el primero tampoco lo ha sido: los astrólogos aún investigan para descubrir el rostro de la astrología.

Su práctica inmediata conduce a tantas inexactitudes y a tantos abusos de lenguaje que a partir de ellos uno puede deducir cuánto nos hemos desviado. La inteligencia, la intuición y también el arte disimulan las deficiencias de la doctrina enmascarando sus verdaderas debilidades, sus lagunas y, quien sabe, sus partes muertas. Ciertos trabajos interesantes han podido mejorar los instrumentos y rejuvenecer toda la problemática al ponerla en contacto con la psicología moderna; pero esa problemática desemboca, generalmente, en un saber empírico-intuitivo sin un fundamento racional. Y los éxitos de interpretación obtenidos no supieron bastarse a sí mismos, ya que, por ejemplo, el médico sabe bien que hay otra cosa en la técnica que pone en práctica y que está más allá de un simple éxito práctico. Las pruebas prácticas también necesitan una base, pues los éxitos que no tienen explicación no son éxitos. Podemos decir, como lo hace Jean Largeaut, que son ininteligibles en estado puro y que, en tanto que lo son, son algo perfectamente incompatible con las ciencias, ya que justamente el ideal de las mismas es la inteligibilidad total de sus resultados.

Algunos afirman que la “Tradición” contenía esos principios y esas reglas perdidas o deformadas muy temprano. Esta referencia a un saber completo que se remonta a la antigüedad hace pesar la culpabilidad de una edad de oro abolida sobre las tentativas actuales. La trascendencia a la que una actitud tal confina el ideal significativo de las “grammata” astrológicas, no es sino uno de los aspectos de lo sagrado. Ciertamente, los hechos mismos nos ofrecen razones para oponernos a esa posición tan dogmática, tan a gusto en un terreno intemporal, paradójicamente situado en el origen de los tiempos. Es que, por ejemplo, el sistema de la domificación no se remonta más allá de la época helénica, en la que comenzaron a levantarse los temas individuales. Esta domificación más completa

(3). Tratamos este tópico (con gráficos) en el capítulo “Verificaciones y pruebas” de nuestro libro *Traité Pratique d'Astrologie*, ed. du Seuil.

estuvo precedida de una domificación reducida a los ángulos: la sociedad de entonces, ¿tendía a valorizar aquello que correspondía a una posición angular, a expensas del interior de los intervalos contenidos entre los extremos? Nos es permitido preguntarnos por qué, en la edad de oro de una astrología perfecta, los astrólogos no han reglamentado ese problema práctico. La respuesta es que no pudieron hacerlo pues no veían el problema. En cuanto al resto, no es seguro que nuestra astrología haya interesado a los hombres de esas épocas lejanas. Lógicamente, sólo a partir del momento en que la noción de individuo o de persona adquiere un contenido real podemos decir que una astrología fundamentalmente individual como la nuestra es deseable y deseada; y esta época es relativamente reciente. Corresponde a lo que llamamos la democratización de la astrología, primitivamente reservada al rey o al príncipe en su capacidad de representación “solar” de la colectividad. En consecuencia, aunque tuviéramos los documentos escritos que sitúen a los príncipes sobre los que se apoyaba esta pretendida edad de oro de la astrología, ellos no podrían responder a las exigencias de nuestro conocimiento actual. Todo nos lleva a creer que había, tal como lo precisa Jean Carteret, astrólogos más que una astrología, como podemos decir que siempre hubo médicos, hasta eminentes, en medio de una medicina vacilante y apenas aún constituida. En los hechos, si bien el problema de las bases de la astrología se ha vivido y continúa siendo vivido intuitivamente, nunca ha sido planteado intelectualmente. Sin duda, podemos rescatar ciertos testimonios, pero éstos no van más allá de la simple sugerencia. Por ejemplo, si bien los límites de la analogía han sido propuestos frecuentemente, y si se los ha acercado a la noción de correspondencia, los principios y desarrollos de esta última no han sido elucidados jamás. Plotino, uno de los teóricos más representativos de la astrología, se sirve de muchos ejemplos para hacernos comprender este género de relaciones, sin llegar jamás a una explicación general.

No obstante, no sabríamos permanecer en la etapa del empirismo del algebrista.

El astrólogo “tradicionalista”, a quien no le preocupa esa necesidad de obrar sobre la base de una arquitectura astrológica, está condenado a la inmovilidad; cae fatalmente en el surco como el disco rayado que repite sin fin el mismo trozo de la melodía. ¿Existe en el espíritu una diferencia real entre un tratado del Renacimiento y un manual contemporáneo? Couderc está en condiciones favorables como para declarar, en su mejor fundada crítica, que en tanto las demás ciencias no han cesado de progresar, la astrología ha permanecido a través de los siglos tal como era en la Antigüedad. Es bien cierto que en materia de interpretación los astrólogos en su mayoría utilizan las mismas operaciones, y continúan dándoles el mismo significado y usando el mismo lenguaje que sus lejanos predecesores. Se considera que la enseñanza transmitida es un modelo de perfección, y uno se complace en decir que lo único que se puede hacer es reencontrar, no descubrir: un simple regreso al pasado. El más osado se considera satisfecho de constatar que tal fenómeno celeste aparece cuando tal fenómeno humano se realiza y registra esta correlación, que se convierte en esencial para él. Pero todo reposa sobre un verdadero acto de fe. En cuanto a los otros, demasiado numerosos, hacen de la astrología un juego de salón, una adivinación adornada hasta el desagrado con las plumas de la astronomía: “queda mejor” hablar de Júpiter que del rey del trébol...

Sin embargo, el hombre de hoy tiene necesidad de justificar sus acciones. A falta de un *por que* inasible, el *cómo*, objeto de la ciencia, es indispensable para hacer la crítica de su conocimiento y de sus aplicaciones.

Dado que él *cómo* no se encontrará, la astrología se presentará tal como lo ha hecho siempre: un universo que se autoabastece, cerrado a otros conocimientos; y, al mismo tiempo, un saber anticuado, anacrónico, irracional. Es un pensamiento inmutable que ha perdido actualidad en relación con las ciencias vivas que no han podido adecuarse a él. Si la astrología existe y, en tanto que conocimiento humano, es perfectible, debe permanecer como una verdad de siempre, una verdad tan real hoy como hace dos mil años. Desde este momento, la verdad debe encontrar una expresión nueva, conforme a los valores históricos y a las exigencias siempre renovadas del pensamiento. Si aquello que fue concebido por el pensamiento subjetivo y simbólico de los Antiguos deviene inconcebible para el espíritu actual, enriquecido por las adquisiciones objetivas del saber moderno, la astrología está condenada a presentarse como un error colectivo puro y simple, como tantos otros. ¡Y qué error! Dominando la historia de las civilizaciones, honrada por los demás grandes genios: filósofos, sabios, teólogos y poetas, rechazada oficialmente desde hace tres siglos, considerada vuelta a vuelta como la “diosa espiritual”, la “reina de las ciencias”, la “madre loca de la astronomía”, o ahora como una “vieja prostituta”, ¿será la astrología una ilusión monumental y persistente de la humanidad, o una laguna considerable del conocimiento?

Luego de la comprobación estadística positiva que destruyó el prejuicio número uno, la respuesta a esta pregunta descansa sobre su poder de *integración* en el campo de las disciplinas

existentes: implica la necesidad de que el saber moderno asimile sus antiguos valores.

Este pasaje de lo estático a lo dinámico es un hecho nuevo al que debemos reconocerle realidad. Si hay revoluciones que alteran las sociedades, las disciplinas también conocen crisis fundamentales por las cuales la idea que ellas tienen de sí mismas se modifica profundamente por medio un pensamiento radical. Pero el descubrimiento que sigue, fruto de una presión de lo conocido sobre lo que queda por conocer, es la criatura de una necesidad que se declara sobre la base misma de las formalizaciones ya logradas.

Es en estas dos direcciones opuestas donde los astrólogos contemporáneos han buscado la respuesta a ese *cómo* de la “influencia astral”. Dado que la relación astrológica se da entre un estado celeste y un estado humano, los unos se orientan hacia la física y los otros hacia los conocimientos humanos. En consecuencia, en la actualidad se enfrentan dos teorías específicamente diferentes.

La teoría física.

Hay que reconocer que los descubrimientos realizados en el terreno de las ciencias naturales durante las últimas décadas han contribuido a alertar a los partidarios de la teoría física. Las influencias de la gravitación, de la inducción electro-magnética del sol sobre la tierra, de las irradiaciones cósmicas, de las manchas solares, de los protones solares, de los fotones planetarios; la influencia de la luna sobre las mareas, sobre ciertos animales y ciertas funciones fisiológicas; diversos descubrimientos de este orden han creado una sólida creencia en la “*influencia*” de los astros, considerada como un fenómeno natural donde entran en juego energías susceptibles de tener una reacción material sobre el mundo físico.(4) Los partidarios de esta teoría estiman que la astrofísica está lejos de haber dicho su última palabra, como conocimiento nuevo que es lo tiene todo por aprender; quien sabe, a lo mejor se descubra un día el agente causal desconocido que legitimará su ciencia: radiación, irradiación, campo de fuerzas... Entonces, luego de tanta ingratitud veremos cómo la astronomía resucita a la astrología que la hizo nacer. Esta concepción, basada en la hipótesis de un descubrimiento que la justifica, desemboca en la noción de un determinismo físico del medio universal; y este determinismo cósmico se añadirá de alguna forma a los determinismos terrestres conocidos: físico, biológico, químico, psicológico, sociológico...

Pero existe, aún hoy, un abismo entre estas pretensiones astrológicas y los tímidos descubrimientos astrofísicos. Couderc se disgustó: considera que se trata de un abuso flagrante de la extensión del determinismo. Se comprende una acción del sol y de la luna sobre la vida terrestre; pero aún no se trata más que de una acción universal, general, de las luminarias, que una “cosmogeografía” (geofísica) destinada al estudio del conjunto de los fenómenos que se producen en la superficie del globo, permite concebir. ¡Qué lejos estamos de la acción específica e individual de esos luminares — y con más razón de los planetas, esos astros tan pequeños y lejanos— en función del nacimiento y para la vida entera de un individuo! En el estado de ánimo de los astrólogos contemporáneos la astrología está muy al margen de las conquistas modernas y sin posibilidad de contacto con ellas: es “el resto”, es decir todo lo que es, propiamente dicho, “absurdo”. ¿No está claro? Todas las pretensiones de los astrólogos de recibir un *status* físico se topan con un rechazo categórico. Y seguirá sucediendo así en tanto que la física moderna siga siendo lo que es: el principio de la imposibilidad de las acciones instantáneas a la distancia se ha transformado en su postulado fundamental; se sobrentiende que las únicas acciones físicamente concebibles son aquellas que se establecen progresivamente con una velocidad finita de transmisión que no puede exceder la de la luz, cualquiera sea el modo ondulatorio o corpuscular de transmisión.

Ciertamente, la historia de la ciencia nos muestra como numerosas crisis de crecimiento han provocado muchas hecatombes durante las cuales las teorías se suceden a las teorías; y si bien el balance de la física representa un monumento de granito acabado, ¿quién osaría afirmar que todo ha sido dicho ya? Tendríamos que *explicar* las “anomalías” de Gauquelin, sobre todo si continúa obteniendo —y tal es el caso— el mismo tipo de resultados con encuestas nuevas: cuanto más piezas acumule, tanto más crecerá el monstruo. Para el físico contemporáneo esos resultados son inexplicables y, por consiguiente, absurdos.

(4). Se puede consultar el artículo de J. Monterey en *Cahiers Astrologiques* n° 57, y su estudio publicado en *La Tour Saint-Jacques*, n° 4. También puede consultarse la tesis nueva de André Florisoone, presentada en el VIIe. *Congrès International d’Astrologie* (C.I.A.), y la obra completamente original de Michel Auphau: *L’Astrologie confirmée par la Science*, cd. La Colombe, 1956.

De ahí que se contente con el reflejo negativo de desviar su mirada por no poder imputarle una falla técnica al operador. Estamos en presencia de un hecho que se sitúa al margen de las leyes físicas existentes. Parecería lógico decir que habría que descubrir nuevas leyes para integrar este hecho paradójico. No hay una base lo bastante firme como para rechazar la tesis física de la astrología solo porque ésta haya hipotecado el futuro. Después de todo, al optar por el sistema heliocéntrico contra el conservadurismo de los universitarios y de los teólogos, de Copérnico a Galileo, los astrólogos ya habían tenido razón contra el orden establecido de la ciencia oficial...

En la espera de los resultados, el practicante puede permitirse juzgar el valor de una teoría según su fecundidad. Hay que reconocer que esta teoría física no descubre nada. Las hipótesis avanzadas y las tentativas de explicación nada han aportado, ni han modificado, ni han enriquecido la *práctica* astrológica, aunque el conocimiento de los mecanismos de las leyes supuestas hubiera debido normalmente legitimar, corregir o completar las reglas de la interpretación. Este balance negativo ¿nos hará temer que la astrología física no sea más que una “racionalización” (en el sentido psicoanalítico, o sea una justificación superficial de la razón), o una *mitología de reemplazo*? La fe moderna exige una teoría científica para osar afirmarse.

Cada época de la humanidad tiene una óptica de las cosas que corresponde al estado de mentalidad colectiva que le es propia. Los Antiguos buscaron una explicación en la línea de su visión anímica del mundo; de igual manera... la explicación actual por las radiaciones está dentro de la línea de nuestra visión geofísica del universo. A decir verdad, la nuestra no hace sino reemplazar la anterior sin ser por ello más valiosa. Si ellos relacionaron las estrellas consteladas con formas animales, los planetas fueron los “intérpretes” de la voluntad de Dios, o bien, genios bienhechores o maléficos. De un milenio a otro no hemos hecho sino sustituir la presencia infantil de las voluntades divinas por una visión mecanicista que no da la validez suficiente a los fundamentos de la astrología. Hay que rendirse pues, ante la evidencia que muestra que las adquisiciones de la astrofísica no han añadido nada a la astrología: no le conciernen. Si no fuera así ¿por qué no haber integrado los aportes de Gauquelin a esta nueva disciplina? Los sabios no se han equivocado: se trata de “otra cosa”, de un cuerpo ajeno al balance ya inventariado que se inserta en línea recta en el aparato físico del mundo.

Al hablar así no tomo partido. Ya he señalado el hecho de que si los agrupamientos planetarios obtenidos por Gauquelin se sitúan después y no exactamente durante los momentos de la elevación y de la culminación, esto es un índice en favor de una acción física. Es preciso establecer aquí un paralelo con ciertos fenómenos naturales: la máxima y la mínima temperatura anual baja *luego* de los pasajes del sol por los solsticios; igualmente, las mareas también culminan *luego* de las fases lunares...

En la medida en que la relación astrológica astro-hombre está en presencia de un orden de valores físicos y de un orden de valores humanos, parece lógico pensar en la existencia de un sustrato físico en el condicionamiento del determinismo astral. Pero no podemos decir que los descubrimientos hechos en el orden de la astrofísica sean su expresión. Partiendo de esto, creemos que ha llegado el momento de hacer desaparecer del vocabulario astrológico esa mezcla imposible de elementos físico-simbólicos donde las correspondencias universales se codean con los “influjos” astrales, para no hablar del resto...

La teoría simbolista.

Si la respuesta al *cómo* del determinismo astral no ha podido ser dada recurriendo al factor celeste, ¿podremos encontrarla si miramos esta vez en dirección al hombre?

Un signo nos permite pensar que tendremos más suerte en este intento: cuando los sabios de las ciencias exactas piensan que no puede haber un lugar para la astrología en la ciencia (a pesar de que esta última no ha sido hecha sino de una serie de integraciones de hechos nuevos), los sabios de las ciencias del hombre (medicina, psicología...) son más receptivos, no porque su conocimiento sea menos acabado, sino porque a medida que avanzan en sus investigaciones se introducen en una “cosmicidad” del conocimiento. El retroceso del pensamiento mecanicista y causalista y la manera de abordar, cada vez con más frecuencia, las cosas orgánicamente en su totalidad, en su simultaneidad y en su interdependencia global, la suplantación de la lógica aristotélica por la dialéctica, todo esto acerca de manera singular el espíritu científico moderno a los fundamentos filosóficos de la astrología.

Raymond Abellio ha mostrado aquello que diferenciaba de otros al espíritu moderno de la Tradición: si la ciencia positiva se encarga de disipar las tinieblas exteriores, el otro conocimiento tiene como principal objetivo disipar las tinieblas interiores.

Esta definición sigue de cerca la diferenciación establecida por Robert Amadou (5) entre el universo científico y el cosmos astrológico. La doctrina astrológica reposa en “la unidad del cosmos y la interdependencia de las partes de este vasto conjunto, concebidas y percibidas según el modo analógico. Es ella la que constituye y justifica, a la astrología”. Se trata de una “ley universal de la naturaleza, diferente de la ley newtoniana (es decir, de la ley científica *stricto sensu* universalmente reconocida y aceptada), y de la que suplantó a la ley de Newton... La ley de Newton, escribió Thorndyke, suplantó a la ley astrológica”... “La astrología se inserta (con una corriente de pensamiento de singular permanencia) en una visión particular del mundo, en una *Weltanschauung* que ella misma ilustra y resume, puesto que la ley suprema del mundo es la ley astrológica. Esta visión es muy diferente de la Visión científica física y materialista del mundo a la que, sin embargo, no contradice”. La naturaleza de ese mundo “orgánico en tanto que organizado” es, como la de la ciencia, un cosmos: “es un universo donde reina el orden, un orden omnipresente. Pero el orden del cosmos astrológico no pertenece al orden del mundo científico; no está sometido al tiempo ni al espacio; no es expresable en términos de relaciones espacio-temporales. Es un orden *cualitativo*”. Los elementos del cosmos astrológico, precisa Amadou, *no actúan* los unos sobre los otros. En este mundo donde existe una armonía preestablecida, un acorde sinfónico liga a los hombres y a las cosas. Así como en el otro mundo la gravitación no puede ser abolida, todo se corresponde con todo, nada se sustrae al principio del simbolismo universal. La correspondencia quiere decir analogía y no causalidad, ni tampoco influencia sino acuerdo. La analogía es al primer mundo lo que la mecánica es al segundo; Robert Amadou concluye que hay que “concebir la coexistencia y las relaciones de los dos mundos o, mejor dicho, de las dos caras, interior y exterior, de un mundo único y viviente”, pues se trata de un único y mismo mundo abordado desde dos ángulos diferentes.

Si por su animismo los Antiguos tuvieron una suerte de angelología (*angélogologie*) (retomada por Tomás de Aquino), no era esa, sin embargo, su justificación esencial, puesto que los vemos justificar la astrología con un sistema filosófico aceptado por las grandes corrientes del pensamiento: pitagorismo, estoicismo, platonismo, neoplatonismo..., que uno reencuentra en las enseñanzas secretas y místicas de todos los pueblos. Las ciencias se formaron separándose del tronco común de la filosofía. En consecuencia los sabios desconfían de una pretendida ciencia que hecha raíces en un terreno tal, abandonado en lo sucesivo a la facilidad y a las “racionalizaciones”. No obstante, la psicología moderna nos ha permitido comprender la superioridad (en algunos aspectos) de la mentalidad primitiva sobre la mentalidad lógica, cuyas adquisiciones se traducen a veces por medio de sacrificios y privaciones. Si convenimos que, en su infancia, la humanidad se sentía más solidaria con el universo y más cercana a la naturaleza que nosotros (podemos evocar aquí la “participación mística” de la que habla Lévy-Bruhl), y si admitimos que en esa época se pensaba por medio de la imagen y se conocía por medio del símbolo, podremos comprender que los Antiguos hayan llegado, a través de una función sincrética, a una visión simbólica y sintética de la vida que nuestro pensamiento lógico y racional ha perdido de vista hace mucho tiempo.

En efecto, ¿existe algo que esté más conforme con nuestras ideas actuales sobre la constitución de la materia y la organización del mundo que esa ley que figura en un antiquísimo texto hermético, *La Table d’Emeraude*, que resume todo el pensamiento de la Antigüedad: *lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba?*

Esta doctrina —el cosmos astrológico del cual hablaba Amadou— hace del hombre un pequeño mundo (microcosmos) semejante al gran mundo del universo (macrocosmos). El cosmos es un ser inmenso cuyas partes son conexas, están sometidas a las mismas leyes y funcionan de manera semejante. La energía que anima los cuerpos celestes es de la *misma naturaleza* que la que anima a los hombres. Un principio único rige a los dioses planetarios y a los electrones, a las pasiones de Júpiter y a los amores incestuosos. Una misma vida circula del microcosmos al macrocosmos. Y dado que el hombre está hecho a la imagen del mundo, lo basta saber que para conocer lo que son el uno y el otro necesita sólo de un estudio. Entre estos dos mundos existe un sincronismo perfecto, y es por esto que las cosas se desarrollan paralelamente en la tierra y en el cielo. Partiendo de esta noción de armonía entre el individuo y el mundo, el mío y el otro tienen que poder ser confrontados, comparados a una hora y en un lugar dados: el horóscopo no es otra cosa que el algoritmo y la matriz de esa relación.

(5) *Astrología perenni*.y, La Taur Saint-Jacques, nº 4.

¿Hay que avergonzarse de esta filosofía primitiva? Esta teoría hermética toma, por el contrario, toda su significación en nuestro siglo, donde comprobamos las analogías entre el mundo infinitamente pequeño del átomo y el mundo astronómico infinitamente grande, como si las mismas leyes de organización operaran efectivamente en todos los niveles de la naturaleza. Los electrones forman sistemas atómicos; los átomos, sistemas de moléculas; las células orgánicas forman órganos y éstos, organismos enteros. La vida se edifica de unidad en unidad, de lo pequeño a lo grande y de lo simple a lo complejo, siguiendo un camino analógico donde todo se corresponde de nivel en nivel y donde, en consecuencia, si uno sabe leer los signos que propone un nivel descubre, al mismo tiempo, los signos de todos los otros niveles. La analogía opera también en la psiquis de cada individuo, determinando sus sueños, dirigiendo sus acciones y reacciones. Además, la célula viva, unidad básica del hombre, contiene todos los cuerpos simples del universo y está animada por todas las formas de la energía que existen en la naturaleza: cinética, térmica, eléctrica, magnética... A mitad de camino entre el átomo y el sistema solar se presenta el hombre, participando en los ritmos de la vida universal, y la materia fundamental donde se bañan las galaxias conjuntas de todo el universo semejante a organismo viviente único. Por consiguiente, es natural que la vida persiga una edificación sintética que va de individualidades primarias a individualidades secundarias más vastas, basándose en una escala infinita que va desde los electrones hasta los conjuntos estelares. Cada vez más, la ciencia del hombre toma al individuo por un elemento integrante del mundo. Las experiencias psiquiátricas demuestran que el hombre desintegrado por los métodos llamados convulsionantes (métodos comatógenos) presentan (Goldstein) una dependencia cada vez más íntima y profunda con el mundo: el dualismo *yo-no-yo* da lugar a un vínculo cada vez más inmediato e imperativo entre el ser desintegrado y el mundo. El abate Pierre Teilhard de Chardin acaba de definir al hombre bajo el aspecto de una “extrema complejidad psico-química que permite considerarlo como la forma más altamente sintética de la Materia que conocemos en el universo” y de “un alto grado de organización que hace de él, en el campo de nuestra experiencia, la partícula cósmica más perfecta y profundamente centrada”. Trata, finalmente, de definir la Vida como “la propiedad específica del Material del Universo llevado evolutivamente”, y al hombre como un proceso universal que empuja una cierta porción de material cósmico”.

Sin duda hay que cuidarse de las generalizaciones indefinidas al hacer de la unidad un principio logrado a bajo costo; pero rodemos añadir unas cuantas piezas más al legajo, que precisan y confirman esta teoría unitiva con base analógica.

Para los Antiguos, el conocimiento era un todo del cual la astrología, privilegiada por su ángulo de visión celeste, era el centro. La teoría de las *señales (signatures)*, tan preciada por J. E. Porta, Van Helmont, Paracelso y algunos otros, lleva a descubrir en la práctica los “signos” astrológicos en el rostro, la mano y la escritura; es decir, descubre el estilo que nos sitúa en cualquier parte. Desde el momento en que uno toma una unidad en el plano arquitectónico del hombre, y dado que la parte está hecha según la imagen del todo, se puede lograr un conocimiento del conjunto mediante el examen de una parte. ¿No es, acaso, en este principio donde uno encuentra la justificación de disciplinas tales como la iridología (el estudio del ojo), la morfofisiología (el estudio del rostro), la quirología (el estudio de las formas de la mano) y aún la grafología (la escritura refleja el carácter por medio del símbolo gráfico)? ¿No podemos decir lo mismo de los tests llamados “de proyección”, utilizados profusamente en la psicotécnica, en la pedagogía y en la psicoterapia?

El sujeto sometido a la prueba, estructura inconscientemente durante la misma su naturaleza psíquica; se reproduce simbólicamente en el “microcosmos” de la prueba, ya sea en una mancha de tinta, una frase, un dibujo: una fábula, un juego o un pueblo en miniatura (tests de Rorschach, Murray, Jung, Szondi, Düss, Arthus...). Podemos ir aún más lejos y sostener, con Allendy, que el mismo principio de analogía se halla en la base de técnicas. tales como la acupuntura, la centroterapia y las diversas reflejo-terapias: por medio de la excitación de una parte se logra modificar el cuerpo entero. La astrología no es, finalmente, más que la aplicación más extendida de este hecho universalmente probado: *lo pequeño y lo grande se estructuran según un plan común..*

¿Cómo concebir el proceso que nos lleva de un mundo a otro. de semejante disposición?

En su cuarta *Enéada*, Plotino (6) trató de dar una primera explicación. Según el gran teórico de la astrología, la acción de los: astros no es la de una fuerza natural, y menos la de una voluntad. Para comprender su género es preciso saber, en primer lugar, que el mundo es (como) un animal vivo dotado de un alma. única. Esta cosmología vitalista que se deriva del *Timeo*, mas

no sin numerosos toques de estoicismo, nos da el principio de la solución. En un ser vivo, la acción de una parte sobre la otra no depende de su proximidad mayor o menor, sino de su parecido; todas las partes similares, por más separadas que estén, se hallan sujetas naturalmente a la misma influencia que se propaga de la una a la otra: “las cosas similares que no son contiguas sino que están separadas por un intervalo, simpatizan en virtud de su parecido. Sin estar en contacto, las cosas actúan y tienen, por necesidad, una acción a distancia. Como el universo es un animal que logra la unidad, ninguna de sus partículas está en un lugar tan alejado que no resulte cercano como resultado de la tendencia a la simpatía que existe entre todas las partes de un animal único. Cuando el paciente es parecido al agente, sufre una influencia que no es ajena a su naturaleza; cuando no es similar, la pasión que sufre le es ajena, y nada hace que la sufra”. Esta *acción simpática* se manifiesta porque cada cosa no tiene su fin en sí, sino en un todo del cual ella es una parte: “es que ninguna arte es tratada como si estuviera sola, sino únicamente de acuerdo con el papel que tiene en la vida total del universo, donde no debe haber obstáculos para ninguna de sus partes”. En esta acción simpática hay una *correspondencia armónica*: “correspondencia análoga a aquella que a cada momento hace que, en la danza, las actitudes de cada miembro se respondan y se ordenen las unas a las otras; ninguna acción de una parte sobre, la otra nada para ligarlas más que la intención, total del bailarín que se realiza globalmente sin que él haya motivado por separado cada uno de sus gestos. Al ver los detalles de este conjunto corresponderse los unos a los otros podemos tomar la existencia de uno como un *signo* de la existencia del otro sin que, por otra parte, haya entre ellos la menor influencia mecánica o física. De tal suerte, las figuras de los astros no son más que las actitudes de ciertas partes del animal-universo, y a estas actitudes les corresponden aquéllas de las otras partes, según una regla necesaria”.

De acuerdo con esta concepción tradicional, si Venus, por ejemplo, “influye” sobre los amores del Sr. Dupont, no lo hace como cuerpo celeste que ejerce una acción transitiva y que irradia algún rayo durante la ocurrencia. Su influencia se debe a que este astro es un *símbolo* de lo que se desarrolla en el corazón de ese hombre, en virtud de esa “simpatía” interior que existe entre dos semejantes y en función de la dependencia cósmica de la naturaleza humana. No se establece entre el astro y el hombre una sucesión de causas y efectos; por el contrario, el astro y el hombre se conjugan en una simultaneidad global donde el astro es el signo del hombre así como el hombre es el signo del astro.

Símbolo y no referencia física integral o primaria. Si el cielo de los astrónomos es un sistema de hechos identificados mediante instrumentos de cálculo y de óptica, aquel de los astrólogos representa un sistema de valores para la clasificación humana; el uno es al exterior lo que el otro es al interior. Así como el oro alquímico no fue nunca aquel de la malla de un reloj, el sol astrológico no es idéntico a aquel del cual nos protegen los anteojos negros. Cabe aquí recordar que Cauquelin descubrió influencias planetarias antes que influencias lunares, y todavía espera, lograr resultados solares., cuando el Sol es el astro, el primero, del cual se pudieron calcular los resultados. En la astrología es un hecho que la importancia del Sol es apenas mayor que la de los otros planetas. Por lo tanto, en el terreno astronómico no hay ninguna medida común entre el lugar que ocupa el Sol por su posición y su masa, y aquél de cualquier planeta. Este ejemplo basta para demostrar que los astros no poseen más que una representatividad relativa, o que no tienen más que un valor de notación simbólica para el individuo. La astrología no trata de los cuerpos celestes, mensurables y contables en la realidad, sino de un orden simbólico. Ella es un lenguaje, en el que el cielo es el *significante* y el individuo el *significado*: la astrología trata, precisamente, de la *unión del significado y el significante en el plano simbólico*. Por ello, los astros no *determinan* lo que es el individuo, sino que lo *expresan*.

El viejo adagio latino, que todos repetimos sin haber extraído toda la sustancia, confirma este sentido: *Astra inclinant, non necessitant*. Comúnmente, creemos que aporta una atenuación del alcance del determinismo astral que no tiene nada de fatalidad; una suerte de consuelo para aquél que tiene un mal cielo... Pero antes de asignarle un papel moral hay que encontrarle un sentido psicológico. Si uno reflexiona bien, este refrán nos deja entender que si los astros nos determinan es porque nosotros llevamos la determinación en nosotros mismos. Dicho de otra manera, si tal configuración astral corresponde a tal conducta o a tal suceso; es porque el individuo posee la disposición u organización interior que lo predispone a esa conducta o a ese suceso. Si la “dirección” está “inscrita” en el cielo, la manifestación se desarrolla en el interior del hombre, donde todo sucede. En realidad, el destino no se “hará” fuera del individuo; éste no depende de una entidad exterior, de la ocurrencia de un cuerpo celeste: no es ni esclavo ni libre, excepto frente a sí mismo.

Plotino llega a esta conclusión por otra vía: “Como los sucesos de aquí abajo están en simpatía con las cosas celestes, es razonable preguntarse si estos sucesos siguen al cielo por un simple acuerdo con él, o si las figuras (celestes) poseen una energía eficaz y, finalmente, si esta energía les pertenece en tanto que figuras o bien porque son las figuras de los astros”. Por último, concluye con los estoicos que los astros son *signos* más que *cansas*. La versión simbolista de la astrología nos conduce a considerar estos astros como los “testigos” de aquello que se desarrolla en el alma y en el cuerpo del hombre, como los actores y no los autores del espectáculo de nuestro mundo interior. La carta del cielo se convierte en una suerte de *estereotipo* cuyas *medidas se toman según la escala del universo*.

Los trabajos de Choisnard sobre la herencia astral (retomados por Gauquelin en el plano del movimiento diurno y con resultados positivos) nos ofrecen la misma opinión al concluir que: “el niño no nace en un momento cualquiera sino bajo un cielo que presenta analogías con aquél de sus ascendentes; no tiene tal carácter porque nace en tal momento, sino que nace en tal momento porque tiene o tendrá tal carácter, de acuerdo con su herencia...”

La astrología simbolista no tiene base si no existe una dialéctica cielo-tierra: si hay un *exterior astronómico*, hay un *interior humano* que es su réplica, y la relación se establece sobre esa *conexión* entre el macrocosmos y el microcosmos. Paracelso logra convencernos: “Comprendan, por fin, que el astro superior y el astro inferior (en sí) son una misma cosa indivisible. Es el cielo exterior el que muestra el camino del cielo interior”... “Los dos cielos son un sólo y mismo cielo en dos partes, como el padre y el hijo son dos que poseen la misma anatomía”... El hombre posee un cielo que le es propio, que es como aquél de afuera y que posee la misma constelación. Es por esto que el hombre está sometido al tiempo: no por el cielo exterior, sino por el cielo interior. El planeta del firmamento no reina ni sobre ti ni sobre mi, sino sobre aquél en nuestro interior. El astrónomo que juzga el nacimiento según los planetas exteriores se equivoca; ellos no afectan al hombre; es el cielo interior con sus planetas el que actúa: el cielo exterior no hace más que demostrar e indicar el cielo interior”. Finalmente: “En el cielo existe un semejante que tiene su semejante en la tierra, y en la tierra existe un semejante que tiene su semejante en el cielo. Saturno no podría reinar sobre la tierra si no hubiera un Saturno terrestre: y en el lugar donde él existe, exalta: no obstante, no hay dos Saturnos, sino uno solo. Aquél en la tierra es el alimento del Saturno celeste, y éste sirve de alimento al Saturno terrestre” (7)

Para esta astrología simbolista no existe la necesidad mecánica de la acción física o de la relación causal, sin el “conocimiento de las correspondencias universales”. Tampoco existe un determinismo particular que se añade a los determinismos conocidos: el determinismo cósmico no hace más que *superponerse* a los determinismos humanos biológico, psicológico, económico, sociológico...; no se les añade, sino que *se expresa mediante ellos*.

En verdad, esta teoría simbolista no deja de presentar ciertos problemas en la medida en que se nos ofrece como un sistema incompleto, y difícil de concluir en el estado actual de nuestros conocimientos. Hablamos de efectos paralelos de una causa única común; evocamos también la simultaneidad de los fenómenos ligados a la extraña relación de “correspondencia”. Exigimos una verdad que es difícil de definir porque no la podemos comprender. Cada uno expresa las cosas a su manera, Gauquelin presenta dos versiones que resumen bastante acertadamente las posiciones física y simbolista: “O bien el momento del parto es independiente de la posición del astro. Es la primera idea que viene al espíritu. En esta primera perspectiva, una influencia puramente astronómica se injertará fortuitamente en las tendencias hereditarias del niño. O bien el momento del parto está ligado, por una razón X, a la posición del astro. En esta segunda perspectiva, el parto se producirá de manera electiva, en conjunto con la posición del astro y el estado fisiológico y constitucional particular de la madre y del recién nacido”.(8) C. O. Jung se dedicó bastante a este tópico: hizo entrar el “caso” de la astrología en su teoría de la *sincronicidad* en la que definía una conexión a-causal expresando las relaciones que no se dejan formular por la causalidad, tales como la precognición, la premonición, la sicokinesia y la telepatía. Es cierto que frente a los resultados estadísticos de Gauquelin, Jung habría admitido la hipótesis de una relación física. Sin duda pasará mucho tiempo antes de que se conozca la verdad sobre este misterio astrológico.

Mientras esperamos ¿puede esto suceda —nada nos impide postular una hipótesis de trabajo— la teoría simbolista hace aparecer una nueva luz sobre el plano de la *práctica* astrológica, y está bien! cerca de darnos una respuesta a ese *cómo* buscado (respuesta que contribuirá a resolver ese misterio), al reintegrar de una sola vez un lenguaje viejo en uno moderno, al reanudar el hilo de una tradición en vías de desaparecer con una de las disciplinas más actuales: el psicoanálisis.

(7) Cf. Henil Hunwald, *Paracelse et l'Astrologie médicale*, in *VIIe. Congrès International d'Astrologie*, C.I.A.

(8) Cf. Michel Gauquelin, *Les Hommes et les Astres*, p. 232.

La debilidad de la astrología provenía de aquello que sus fervientes seguidores consideraban como único término de la conexión: el exterior astronómico. No veían cuál sustancia conducía a las analogías ni cuáles vínculos circulaban entre la armadura, conceptual de sus teorías y las realidades individuales que aquéllas envolvían en su dinamismo.

Sin ver el otro lado de las cosas mientras estaban en plena dialéctica cielo-tierra, cosmos-individuo usaban un lenguaje determinista astral sin relacionarlo con una determinación humana, sin ver cómo podría actuar en el interior del hombre. No sabían que ni condicionamiento de ese determinismo astral respondía un condicionamiento físico análogo que justificaba su teoría y, asimismo que existía un “destino interior” que se conjugaba con el destino cósmico. Sin un contacto real con la realidad interior profunda de nuestro ser, les resultaba imposible hacer el *punte* entre el cosmos y lo humano que, sin embargo, era la única condición para lograr la realización de su programa teórico. Por ello, su interpretación operaba *sin contacto* con el objeto, si realmente descansa sobre él. De allí el carácter profundamente adivinatorio que se les imputa a sus juicios; podemos decir que estaban “suspendidos en el cielo”.

Por esta razón, la escuela de Choisnard se dedicó a la búsqueda de las correlaciones, sin responder por entero a las exigencias de esa tarea. Y se encontró con una dificultad aún mayor.

Contaba con el factor macrocósmico “cielo” que no presentaba mayores problemas. Si bien alterada y discutida, la tradición le había legado una adquisición inapreciable: la división zodiacal de la eclíptica, simbólica de los cuerpos celestes del sistema solar señalados en el zodiaco, el valor de los aspectos interplanetarios, la inserción de sus factores en función del horizonte y del meridiano, o sea, las coordenadas celestes y terrestres. Es decir que poseían todo un bagaje que, a pesar de las inexactitudes y de las revisiones posibles nos satisfacía en razón de la realidad —perceptible en tanto que exterior a nosotros mismos— del mundo astronómico y de su adecuación analógica. Aún si debemos suprimir algunas piezas o integrar otras nuevas; su indiscutida matemática nos ofrece “un armazón celeste”.

Pero, ¿podemos decir otro tanto del otro término de la conexión, del factor microcósmico “hombre”? Aquí no hay ninguna geometría, ninguna certeza. ¿Dónde está nuestro meridiano interior? ¿Dónde encontraremos a ese Saturno interior o inferior, del que habla tan claramente Paracelso y que es la réplica del Saturno exterior y superior? ¿Cómo identificar ese factor temático en nuestro ser y en nuestro destino? Precisamente, la crítica más pertinente hecha a la astrología es el hiato comprobado entre una referencia astronómica precisa y rigurosa en el comienzo de la tarea, y una conclusión interpretativa indecisa, vaga e inacabada al final. Ponemos aquí el dedo en la herida de la gran debilidad de nuestro conocimiento. ¿Cuál es su causa?

Es que a los astrólogos les faltan las “coordenadas humanas” que deben responder rigurosamente a las coordenadas celestes conocidas y utilizadas.

De acuerdo con mis conocimientos, el primero en sorprenderse al reconocer que hay una identidad entre lo que revela la investigación psicoanalítica y lo que devela el análisis de un tema fue el Dr. René Allendy.⁽⁹⁾ Luego le siguieron otros, C. G. Jung en particular; todos eran psicólogos por carrera y astrólogos en sus ratos de ocio. Se sorprendieron aún más al comprobar que el objeto de la astrología tiene el mismo modo de ser que el objeto psicoanalítico.

Personalmente, llegué al psicoanálisis casi al mismo tiempo que a la astrología, y pude comprobar, precisamente, que la disciplina freudiana, adleriana y jungiana, rehabilitaba el pensamiento analógico y simbólico al explorar un universo profundo que se reencuentra con el pensamiento astrológico. Aún si el psicoanálisis se ocupa directamente del hombre, en tanto que la astrología toma las referencias de su exterior, ambas disciplinas tratan la misma materia, tienen el mismo lenguaje y perciben la misma realidad. Me di cuenta rápidamente de que la nueva disciplina psicológica permitía a la astrología adquirir la facultad de *comprender* la interpretación de los fenómenos reales frente a los que nos sitúa y, al mismo tiempo, *justificar* esos fenómenos, por más extraños que fueran sus aspectos, por más desacostumbrada que fuera su presentación. Tuve, de alguna manera, la confirmación de la hipótesis mayor de la teoría simbolista: Si *hay un determinismo que viene “de lo alto”*, no puede manifestarse sino por intermedio de las “leyes humanas”.

(9) Dr. Allendy, *Le Problème de la Destinée*, N.R.F.; *La Psychoanalyse et les Névroses*, Payot; ver también su conocido artículo: *L'Objetif et le subjectif dans l'interprétation astrologique*.

Teóricamente, el ser que viene al mundo con-creta, simbólicamente, el estado del universo en función del instante y del lugar de su nacimiento. Pero si la “dirección” puede venir del cosmos, la “manifestación” tiene su lugar en el hombre, que no puede hacer otra cosa que reflejar ese universo en su propia organización biológica, fisiológica, psicológica... Así, el conocimiento de las leyes de ese organismo vivo, que regulan los grandes movimientos de la Vida humana es la condición preliminar de la interpretación del determinismo universal. *En efecto, es a través de este conocimiento del hombre, de su psiquis en particular, que podemos saber “cómo”, finalmente, “actúan los astros en nosotros*

Montaigne dijo: “Da más trabajo interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas”. Precisamente, *vamos a interpretar nuestras interpretaciones*; vamos a redescubrir la astrología al re-pensarla y, al mismo tiempo, tomaremos posesión de ella. Al constituir por primera vez una *astrología psicológica*, fundaremos una *psicología de la astrología*; ambas son inseparables.

Para lograr este fin, no se recurrirá a los esfuerzos de los autores no versados en psicología; es pretencioso y superficial pensar que sólo la intuición puede reemplazar una disciplina que, si bien es discutida, presenta un sólido bagaje que le permite evitar las contramarchas viciosas de los espíritus no formados. Buscar una conexión entre tal configuración y tal trazo pintoresco del carácter o del destino proponiendo la correspondencia de manera brutal es señal de un empirismo que pretende recibir sus lecciones directamente de un dato inmediato, y que se adhiere espontáneamente al objeto concreto tomado como “hecho” primitivo. No obstante hay que tener cuidado en considerar el objeto dado como un “objetivo inmediato” en la búsqueda de las correspondencias. La observación, dijo Bachelard, necesita de un. “conjunto de precauciones» que reforman casi siempre la primera impresión. La primera observación, precisa Bachelard, rara vez es buena: *se detiene en los datos inmediatos, en las apariencias superficiales, en el hecho colorido y pintoresco*. Esta observación de primera mano atrae fuertemente al ser sensible; involucra toda nuestra subjetividad.(10) Desde el momento en que el ser humano es un mundo que tiene sus leyes de organización, existe la posibilidad de buscar las correspondencias sin detenerse demasiado en las apariencias exteriores —dato inmediato y evidente— puesto que hay que dirigirse, por sobre todo, a la realidad escondida, a los datos interiores, a las estructuras que son, precisamente, las diversas leyes biológicas, psicológicas...

Al seguir el ejemplo de Allendy podemos realzar la astrología al nivel de la psicología, y hacer de esta última lo que la matemática es para las ciencias: un instrumento a disposición de una razón conciente de sí misma y dueña de ideas puras. Es una invitación a trabajar bajo el espacio, en el nivel de las relaciones esenciales que condicionan los fenómenos. En efecto, no es la superficie donde uno establecerá correspondencias sólidas, donde uno verá la relación entre significante y significado. Cada uno ve el lugar de las cosas con sus ojos, que no son los de los demás; de allí el riesgo de un aumento de las correlaciones, discutible en tanto que subjetivo. Para ver claro es necesario comenzar por desvestir los objetos para percibir, más allá de la variedad aparente, la estructura, la constitución *interior*. Es ella la que nos provee el *plano de referencia* apto para darnos las coordenadas por las cuales se encuentran el Signo y la cosa. *La astrología debe buscar sus medidas en las profundidades del ser humano. Es allí donde debe encontrar el sustrato de las correspondencias entre el macrocosmos y el microcosmos. Esta es la lección que nos enseñará la psicología del inconsciente.*

(10) Para tomar un fácil ejemplo, en la crisis de la urticaria la correspondencia inmediata se producirá sólo en el plano de una erupción cutánea lo que significará todo; no obstante, una observación apropiada, lo llevará al nivel de una función digestiva.

DETERMINISMO PSÍQUICO Y DETERMINISMO CÓSMICO

Al asomarnos a las civilizaciones antiguas, a la tradición antigua así como a los oráculos y los presagios de los dioses, vemos que el pensamiento de la Antigüedad está fuertemente impregnado de un sentimiento de fatalidad.

Para los Antiguos, el universo estaba dominado por una energía inflexible: el Destino ya sea que haya sido concebido como un conjunto de leyes misteriosas y de resoluciones que reglan el curso irrevocable de los destinos humanos, o como una fuerza ciega o caprichosa que se opone a la voluntad humana, el *Fatum*, tal como lo llamaban los Latinos, era por sobre todo, aquello que limitaba al hombre y lo doblegaba a su ley. Todo esfuerzo contrario de la voluntad y de la inteligencia era vano. “Nadie se escapa de su destino”, dice la sabiduría popular, y el fabulista añade: “uno encuentra a menudo su destino en los caminos que toma para evitarlo”, Asimismo, la grandeza del hombre consistía en sornearse a su fatalidad, en aceptarla con sabiduría y en madurar por medio de todas las consecuencias, felices o infelices.

La astrología tenía allí un ambiente soñado para expandirse: fue justamente a su alrededor que se cristalizó el fatalismo y que evolucionó hasta llegar a los primeros esbozos del determinismo.

El determinismo de los astros no estaba solamente en la naturaleza, con el retomo periódico de los días y las noches, de las lunaciones, de las estaciones y de los años. También existía para el hombre la alternancia de la vigilia y del sueño, paralela a aquélla del día y de la noche, aterradora; pero no se detenía allí el sincronismo entre la vida del universo y la del hombre. En la vasta sinfonía del universo, las leyes de los astros tenían su repercusión sobre todo el destino, y encadenaban la vida humana. “El Destino se ajusta al movimiento regular de los astros”. Si hay algo de fatal en nuestra vida es, por sobre todo, el hecho de que alguna estrella nos domina y nos arrastra”.(1)

Pero en nuestra civilización a medida que se edificó la ciencia con una y otra conquista, el hombre rompió la cáscara que constituía para el universo, y respiró un aire de independencia. Los filósofos proclamaron la libertad del individuo en el seno del mundo: el hombre era libre en su voluntad y en su pensamiento, el velo de fatalidad cósmica que lo encerraba como una túnica de Nessus fue finalmente desgarrado... La creencia en un ser libre nació no sólo del sentimiento de fuerza del hombre de ciencia “que sabe y que puede” según su voluntad en este universo, sino también de una necesidad moral instituida por la religión

A partir de, este momento, ¿qué podía venir a hacer en este nuevo mundo un conocimiento que implicaba por necesidad la noción de un determinismo humano? No podía encontrar otra cosa más que incomprensión y rechazo. Es aquí, justamente, donde debemos buscar las causas profundas del eclipse de la astrología. Sabemos que su rechazo está basado en un *a priori*, que su negación no reposa en ningún control científico; todas las razones invocadas para refutarla no aparecen hoy sino como simples “racionalizaciones”.

La ciencia vuelve sobre los pasos de los Antiguos. Luego de un cierto tiempo, a medida que penetramos más lejos en los secretos de la materia y del hombre, tomamos una conciencia más clara de los mecanismos rigurosos que rigen a ambos.

En tanto que la fisiología afirmaba, como en el siglo dieciocho, que el alma humana es toda conciencia, no podía tratarse de concebir un determinismo humano cualquiera. Sobre todo porque al hombre le repugna la idea de estar sometido a fuerzas oscuras que lo superan. Hasta el siglo diecinueve los sabios no sospecharon (hay algunas excepciones que no hacen a la regla) que pudiera existir en el alma humana cosa alguna que ésta no pudiera advertir. El descubrimiento de los fenómenos hipnóticos hizo entrever esta posibilidad.

El fin del siglo pasado marca la vuelta de tuerca después de la cual la psicología se encamina hacia esta noción de determinismo: son los reflejos condicionados de Pavlov, el conductismo de Watson y, sobre todo, las experiencias de Charcot y de Bernheim en la Salpêtrière con la hipnosis y la sugestión. Florecía toda una literatura documentaria (Binet, Janet, James, Fhournoy...) para citarnos el caso del desdoblamiento simultáneo, de conciencias alternantes, de la pluralidad de los centros de la conciencia... Un nuevo velo se desgarraba... esta vez en el otro sentido: sabios y filósofos perciben la noción de un inconsciente psicológico.

(1) Gastón Bachelard, *El nuevo espíritu científico*.

Esta cosecha nueva debía fecundar la corriente más importante de la psicología moderna: el psicoanálisis, que llegaría a descubrir un determinismo bastante riguroso en los hechos psíquicos.

He aquí que, con Freud, los gestos más automáticos, los pequeños errores, los *lapsus*, los olvidos, los actos fallidos en general, todas esas manifestaciones accidentales, esas fallas de la psiquis, surgen de voliciones inconscientes. La pura inadvertencia no es suficiente para explicar estos fenómenos “dirigidos”, “intencionales”, pues el inconsciente dispone, para manifestarse, de tal o cual vía de acceso al aparato sensorial y aún a la motricidad. ¿En qué se convierte el “azar”? ¿En un error de cálculo? ¿En un manto arrojado sobre nuestra ignorancia? Cuando vemos que todo en la naturaleza está organizado hasta en sus más mínimos detalles, ¿podemos imaginar que los movimientos más importantes de la humanidad sean fortuitos?

El estudio del sueño, notablemente, ha permitido confirmar y poner al día la realidad profunda de este determinismo. Prácticamente, el sentido final de nuestros actos más racionales se nos escapa, como se nos escapan los medios fisisicológicos que utilizamos. Ignoramos, la mayor parte del tiempo, el móvil de nuestros pensamientos y de nuestras acciones; el instinto se disimula en el hombre detrás de sus deducciones de su lógica. En efecto, los estados afectivos suscitan representaciones destinadas a justificar su existencia: uno encuentra siempre razones para legitimar a nivel de nuestra inteligencia el estado de ánimo que sufre: alegre o triste, agresivo o inhibido... Los psicoanalistas dicen, entonces que nosotros “racionalizamos”. Nos damos cuenta plenamente del error que cometemos al considerar nuestra inteligencia como una fuerza independiente, y al no tener en cuenta su subordinación a la vida emotiva. Nuestro intelecto no puede trabajar eficazmente en una vía objetiva sino en la medida en que se sustrae a las influencias afectivas demasiado intensas; si no, se comporta como un instrumento al servicio de un deseo que decide su utilización. Y uno sabe demasiado bien que los argumentos lógicos no pueden nada contra los sentimientos.

La experiencia del psicoanálisis conduce al descubrimiento de un aspecto diurno en el alma (naturalmente, este término no tiene aquí sino un sentido psicológico de *psiquis*): La conciencia; y de un aspecto nocturno, también activo: el inconsciente. En este último, todo sucede como si tuviera deseo, intención y fin. Nuestra vida palpita en esta noche del alma donde se encuentra lo mejor y lo peor, y de donde surgen las fuerzas más peligrosas, así como las más saludables.

Desde el principio, Freud concibió el inconsciente como un derivado del consciente, después admitió un universo inconsciente más vasto que no contenía sino elementos conscientes reprimidos; sus sucesores ampliaron todavía el ángulo de esta perspectiva. Las experiencias de Jung lo llevan a admitir que la existencia del Yo (esa entidad psíquica por la cual tenemos conciencia de nosotros mismos, y disponemos de nosotros) es una adquisición tardía, que la conciencia ha emergido lentamente de un inconsciente primordial. Nuestra parte consciente es por naturaleza —dice Jung— “una especie de capa superficial, de epidermis flotante sobre el Inconsciente que se extiende en las profundidades como un vasto océano de una perfecta continuidad”. En un universo tal, el reino de la lógica y de la voluntad, el único considerado anteriormente, no aparece más a partir de este momento sino como un islote en el océano de las fuerzas que lo bañan; islote siempre asediado, batido por las olas y que, en el sueño así como en los delirios, se sumerge nuevamente.

El balance más claro de esta revolución psicológica es, como lo declara el Dr. René Laforgue, que *el alma, como todas las energías de la naturaleza sufre el determinismo de las leyes universales.*(2) Y el eminente psicoanalista “viene en nuestra ayuda” cuando declara: “La lucha, cuya apuesta será la vida, no tiene lugar solamente entre los individuos, sino también en su misma conciencia, *pues cada uno es un microcosmo hecho a la imagen de un macrocosmos, y representa el campo de batalla donde se enfrentan las fuerzas del destino.* Cada uno es llevado en una dirección que ignora y sirve, aún con su muerte, a fines que se le escapan. Cada uno está dominado por influencias que, sin saberlo, lo someten a una obra de la cual no conoce ni el sentido, ni el fin, ni los medios empleados...” (3)

(2) Dr. H. Laforgue: *La psychanalyse et les Névroses*, Payot, 1924, p. 11

(3) *Ibidem*; *Talleyrand l'homme de la France*, Mont'. Blanc, p. 27.

Estamos lejos del mito del hombre libre. Ahora que tenemos el determinismo humano por un hecho adquirido, condición previa al determinismo astral. Conviene buscar los caracteres propios a

cada uno de ellos para ver si no se revisten, más allá de su naturaleza, del mismo significado. Sólo luego de haber establecido que expresan en su propio plano la misma realidad, nos será permitido abocarnos al camino que nos hemos trazado: aportar una contribución al establecimiento de una relación entre el mundo y el hombre bajo la forma de una conexión entre las fuerzas humanas y las energías naturales reflejadas en el cosmos.

En lo que concierne al determinismo humano, la observación nos permite situarla en el *plano afectivo-instintivo*, al nivel de los deseos y de los sentimientos.

Los hombres serán como niños llenos de buena voluntad, que quisieran ser sabios, pero que ceden siempre a la violencia de sus impulsos. Las fuerzas del corazón, ¿no son ellas con frecuencia los factores que, en última instancia, ofuscan la decisión tanto en el bien como en el mal? Dado que no se apresuran a socorrer a nuestra razón, ésta se halla casi siempre desfalleciente e impotente. “Son los sentimientos los que conducen al hombre” dice Rihot. El ser humano, añade, siente en sí mismo necesidades, deseos, problemas a los cuales la razón pura no aporta satisfacción, ni respuesta ni remedio: el Sentimiento y la imaginación toman su lugar.

Es en esta esfera existencial del individuo, la esfera misma donde se siente vivir, donde se desarrollan los intereses más profundos y donde se elabora la materia misma de su destino, donde se juega, en suma, todo el determinismo humano.

Por otra parte, la “felicidad”, ese fin subjetivo hacia el cual tiende cada uno, no es cuestión de la voluntad consciente. Ciertas condiciones inconscientes son necesarias para su realización. En su *Psychopathologie de l’Echech*, el Dr. Laforgue nos ha mostrado que una felicidad impuesta se convierte, en una fuente certera de infortunios y de desgracias hasta tanto las condiciones afectivas necesarias para aceptarlos no se integren. Y esto es así tanto para la felicidad material y moral de las comunidades como para la de los individuos.

En cuanto a la libertad humana, psicológica, tendremos que buscarla, sin duda, en el camino de la razón. Pero ya hemos visto como esta razón es un instrumento frágil. El instinto polariza la vida psicológica consciente de manera insidiosa. La razón puede transformarse —y de hecho se transforma generalmente— en la cómplice del determinismo afectivo.

Sólo la voluntad puede ser el instrumento de nuestra libertad. Aún nos falta comprender aquí la voluntad en su verdadero significado psicológico, como la forma plenamente consciente de la actividad, la sola forma de actividad auténticamente *autónoma* del ser, de la que podemos decir que es una conducta en la que el ser “dispone de sí”. El comportamiento voluntario más corriente está lejos de cumplir este papel, y los diversos desfallecimientos de la voluntad, tan claramente analizados por la Dra. Juliette Boutonier,(4) son, precisamente, la expresión y el instrumento de las fuerzas que nos determinan. Vemos, en consecuencia, que si la libertad encuentra su lugar en el seno del determinismo en el hombre, ella no existe en estado natural como una disposición recibida; debe ser edificada, adquirida al precio de un esfuerzo, de una tensión psicológica seria: uno no nace libre, uno se convierte en libre. En efecto, el acto voluntario reclama un alto grado de síntesis mental. Y si es posible escapar a la fatalidad y construir un destino para realizar *la persona*, no podremos negar que, en general, la vida del hombre es, con más frecuencia la obra del determinismo y no de la libertad; pues pocos son aquellos que pueden elevarse hasta la autonomía de la voluntad.

Para concebir el determinismo astrológico poseemos dos máximas transmitidas de siglo en siglo desde la Antigüedad, y que nos hacen pensar que los Antiguos no consideraban el determinismo y la libertad humana de otra forma.

Ya hemos tomado conocimiento de la primera: *Astra inclinant, non necessitant*. El contenido más amplio que podemos dar a esta máxima es que los astros “predisponen”, y no limitan, es que su influencia no es una dominación del exterior sino una incitación del interior: ella se ejercita por medio de las tendencias, de la naturaleza del individuo.

(4) Dr. J. Boutonier, *Les Défaillances de la Volonté*, PUF, 1945.

Aquello que confirma esta interpretación es el otro adagio, que resulta aún más significativo: *El sabio gobierna su estrella, el ignorante está gobernado por ella*, Santo Tomás de Aquino la retorna

(*Sapiens dominabitur astris*) al citar a Ptolomeo, quien ya observaba esta máxima de los astrólogos de la más alta Antigüedad. ¿No nos revela con claridad que puede existir realmente una libertad humana, pero que esta libertad está condicionada por una evolución psicológica y, quien sabe, también espiritual, que debe ser conquistada por medio de una disciplina interior (que no debemos confundir con una compulsión), o por medio de un conocimiento de su naturaleza? En suma, es bien explícito que cuanto más se eleva uno en la escala humana tanto más se escapa del determinismo cósmico. Si el neurótico, encadenado a sus automatismos, y el impulsivo, esclavo de sus pasiones, son prisioneros tanto de los astros como de sí mismos, el sabio —y, ¿qué es un sabio sino un ser que se posee en su plena conciencia?— está liberado de su cuadro cósmico en la medida en que lo está en sus determinaciones psico-fisiológicas. Por otro lado, no se trata de “escaparse” de nuestro universo sino de expresarlo y de asumirlo lo más ricamente posible. Asimismo, nos hace falta reconocer que la impresión astral está *en la parte inferior de la escala humana*, en la pesada carga de ancestralidad y de inconsciencia del hombre, con toda su infancia confusa y contingente. Si los astros se inclinan, nosotros asumimos esa inclinación, y esta inclinación emana del Primitivo que habita en nosotros; ella pertenece a nuestras raíces instintivas, a nuestros orígenes familiares, raciales, animales, terrestres...

Luego de esta clara visión general, nos resultaría difícil no reconocer que el antiguo determinismo astrológico no es tan diferente del determinismo psicológico contemporáneo. Para el uno como para el otro, la libertad —es decir, la autonomía del ser— se agranda a medida que uno se eleva en la escala de la humanidad.

Universo cósmico y universo humano, destino celeste y destino interior no se podrían concebir, en lo sucesivo, sino como la expresión de la misma realidad.

El nacimiento será el testigo del plan estructural del individuo, y la persona que éste deberá elaborar en el curso de su vida lo será conforme a su fórmula astral.

La vida del hombre estará “determinada” por las leyes cósmicas en la medida en que el hombre sufra su organización física y psíquica, en el nivel de su naturaleza, de sus impulsos, deseos y sentimientos.

El psicoanálisis nos revela que un dinamismo interior impulsa a la psiquis a la realización de su destino; el hombre, se conduce instintivamente hacia aquello que está en él, bajo la forma de imágenes o de símbolos. Asimismo, su futuro no depende tanto como uno cree habitualmente de las circunstancias exteriores. En realidad, el hombre elige, entre las situaciones que se le presentan, aquellas que se conforman a su naturaleza. Sabemos que ninguna fuerza exterior puede actuar duradera y fuertemente sobre un alma sin la complicidad de una fuerza interior. El carácter y el destino son dos aspectos del mismo determinismo natural, hasta el punto en que no podríamos separar al hombre de su destino si no es artificialmente, pues sus tendencias profundas no se distinguen de su existencia.

En la vida, uno no se encuentra jamás con otra cosa que no sea uno mismo, y el destino no es “ineluctable” sino en la medida en que nos resulta imposible escaparnos de nosotros mismos. El destino no se logra “a pesar de” nuestros esfuerzos y nuestras aspiraciones, sino más bien “a causa” de esos esfuerzos y de esas aspiraciones. Y nada es más saludable para el hombre que reconocer y aceptar ese “destino interior” (5)

Los astros no son esos mundos lejanos, esas fuerzas autónomas y extrañas que pesan sobre nuestros destinos como entidades exteriores. Viven en nosotros, son nuestra propia realidad; progresan sobre nuestro zodiaco interior y se mueven en nuestro propio universo: hacen cuerpo con las energías de nuestra naturaleza. En suma: el cielo está *en nuestro interior*, y los astrólogos pueden hacer suyo el lema que Schiller envió a Wallenstein por medio de su ayuda de campo: *In deiner Brust sind deines Schicksals Sterne: Es in tu corazón donde se encuentran las estrellas. de tu destino.*

(5) Dr. Allendy, *Le Problème de la Destinée*, N.R.F., 1927.

EL AUTOMATISMO DE LA REPETICIÓN

A poco que cada hombre examine su vida, no tardará en comprobar que ciertos terrenos” de la existencia le resultan fáciles: descubre éxitos regulares, mientras se siente incómodo respecto de otros, donde acumula obstáculos. Es corriente escuchar, por ejemplo, que tal hombre tiene “buena suerte” en sus “asuntos” y una suerte “negra” en el amor; en efecto: su vida consiste en éxitos constantes en su profesión y en repetidas desgracias en sus relaciones amorosas.

Estos caprichos del destino humano no pueden justificarse sólo por las cualidades y los defectos del carácter. Sin duda, el individuo puede creer que su voluntad dirige el encadenamiento de las causas y de los efectos determinados, pero hay, con frecuencia, una separación inexplicable, inconcebible, entre las capacidades, los medios de que dispone y los resultados que obtiene en la vida, así como entre sus defectos y las pruebas por las que atraviesa. A menudo vemos a seres inteligentes y dotados, que tienen todos los elementos para triunfar y que, sin embargo, fracasan; así como otros tienen un éxito rotundo con pocos medios: una “suerte” loca los ayuda en sus pasos y en sus gestos... La vida, fuertemente irracional, no está hecha más que de situaciones confusas que testimonian la relativa eficacia práctica de la inteligencia humana.

La psicología del instinto acaba de darnos explicaciones valiosas acerca de estos enigmas. Freud se detuvo en el problema del destino durante su estudio de la vida instintiva.

El padre del psicoanálisis descubrió, al comenzar dicho estudio, que si el ser adulto se conduce en la vida según el “principio de la realidad” cuando trata de ser objetivo en su comportamiento, en la medida en que es infantil se comporta según el “principio de placer” Una tendencia instintiva lo empuja al bienestar inmediato, lo lleva mediante la fuerza irresistible de su sentimiento, a satisfacer sus necesidades, a buscar el placer, la voluptuosidad, así como a evitar el dolor y el sufrimiento.

Pero no tardó en descubrir, al poco tiempo, y despojándose del “principio de placer”, una fuerza mucho más primitiva, más elemental, más impulsiva: la tendencia a la repetición. Freud percibió que existía un modo de reacción simple, que tiende a repetirse en todos los planos de la vida humana, revistiendo cada vez la forma apropiada. A esto lo llamó *traspaso*.

Según es” determinismo, las direcciones inconscientes del individuo son precisas y lo llevan a reaccionar de manera semejante en todas las circunstancias análogas de la vida.

El *traspaso* —subraya Laforgue— *es el hecho psicológico por el cual la reacción que ha determinado una cierta situación se reproduce ulteriormente en todas las situaciones que tienen con la primera analogía afectiva cualquiera. Una primera situación ha creado, en suma, una reacción-tipo que la psiquis tiende, por una suerte de inclinación natural, a transferir a situaciones nuevas, sentidas afectivamente como análogas a la primera*”.(1) Es decir, añade Laforgue, que el *traspaso* es un fenómeno muy general, que encuentra su aplicación en toda la afectividad humana.

Vemos, así, que una *orientación psicológica inicial* produce por reacción, múltiples manifestaciones y engendra de tal manera la serie de consecuencias de un “complejo”. Esos resultados se encadenan mediante una *conexión por analogía* absolutamente idéntica a aquella de la astrología.

Toda la literatura psicoanalítica nos habla acerca de la reacción tipo frente al padre, que se volcará naturalmente sobre toda persona o entidad susceptible de ser asimilada afectivamente, es decir sobre el hermano mayor, el jefe, el esposo, los nobles, las autoridades civiles, Dios..., etc. Pero reconocemos, al pasar los personajes que en todos los tiempos fueron considerados por los astrólogos como personificaciones o atributos de un mismo astro: el Sol.

Si un sujeto tiene un complejo de rebelión contra el padre, realizará ciertos tipos de conducta en su vida. Afirmará sus instintos agresivos, se mostrará brutal; será indisciplinado en la vida social, estará en rivalidad con sus hermanos, no soportará la autoridad de los superiores, de sus maestros educado-

(1)Dr. R. Laforgue, *La rêve et la psychanalyse*, ed. Maloine, 1926, p. 169.

res, de sus jefes y patrones; sustentará opiniones revolucionarias y será ateo... Precisamente, todas

estas consecuencias pueden ser encontradas en el caso astrológico de una disonancia entre el Sol y Marte, por ejemplo, el símbolo de la agresividad.

Asimismo, el sentimiento experimentado en la infancia hacia la madre determinará en el individuo su actitud frente a sus hermanas, las sirvientas, la esposa y las mujeres en general. Aquí volvemos a encontrarnos en estos personajes femeninos con todo el simbolismo lunar.

A consecuencia del traspaso, *“nuestra manera de vivir —agrega Laforgue—, no es más que la repetición continua de nuestras reacciones afectivas, que hemos sido llevados a producir a partir de nuestro desarrollo en el seno familiar.* Es desde niños, y en nuestra familia, que aprendemos a amar, a odiar, a vivir. Es en la infancia donde construimos nuestro teclado afectivo y cuando aprendemos a tocarlo”.(2)

Al estudiar a los neuróticos, Freud pudo descubrir este *automatismo de la repetición.* Comprendió que el neurótico, favorecido por el traspaso, reproduce y reánima con bastante habilidad todas las circunstancias indeseables y todas las situaciones afectivas dolorosas. Si está, contra su voluntad, “detenido”, fijado en esas situaciones penosas, es porque en su infancia, durante la época en que sufría su acción, tardaba en encontrar el placer. Por más que sabe por experiencia que este intento ha fracasado, “se comporta como alguien que no ha sabido beneficiarse con las lecciones del pasado: tiende a reproducir esa situación a pesar de todo; está empujado por una fuerza obsesiva”.

“Aquello que el psicoanálisis descubre mediante el estudio del traspaso en los neuróticos —dice Freud en sus *Ensayos de Psicoanálisis* (3) se reencuentra igualmente en la vida de las personas no neuróticas. En efecto, ciertas personas dan la impresión de ser perseguidas por el destino; *podríamos decir que hay algo de demoníaco en todo lo que les sucede,* y el psicoanálisis ha formulado, luego de mucho tiempo, la siguiente opinión: *un destino parecido se establece independientemente de los sucesos exteriores* (4) y se deja llevar por las influencias sufridas por los sujetos durante la primera infancia. La obsesión que se manifiesta en esta ocasión no difiere de aquélla que empuja al neurótico a reproducir los acontecimientos y la situación afectiva de su infancia, aunque las personas involucradas no presenten los signos de un conflicto neurótico que haya llegado a formar síntomas”. (5)

Freud nos cita algunos ejemplos: esos bienhechores que, cada vez que inundan a sus protegidos con buenos actos, son traicionados; esos amigos que son regularmente abandonados por sus mejores amigos; esos partidarios que idolatran a una persona tras otra para hacerlas caer siempre de la misma manera; esos amantes cuyos amores nacen, se desarrollan y mueren bajo el mismo signo fatal.

“Este eterno retorno de lo mismo —añade—, nos sorprende poco en tanto se trata de una actitud activa; al descubrir el trazo del carácter permanente, la esencia misma de la personalidad interesada, nos decimos que ese trazo, esa esencia no puede manifestarse sino a través de la repetición de las mismas experiencias psíquicas. Pero nos sorprende aún más la presencia de acontecimientos que se repiten en la vida de una persona mientras ésta se comporta pasivamente frente a lo que le sucede, sin intervenir de manera alguna”.(6)

Tal el caso citado de la mujer, casada tres veces, y que perdió a sus maridos poco tiempo después del casamiento.

Sin duda, hay que ampliar el ángulo de la perspectiva psicoanalítica hasta lograr una dimensión cósmica para comprender el fenómeno invocado. Pero continuemos: “En presencia de esos casos tomados ya sea del comportamiento de los neuróticos durante el traspaso, o *de los destinos de un gran número de sujetos normales* —concluye Freud—, no podemos abstenemos de admitir que existe en la vida psicológica una tendencia irresistible a la reproducción y a la repetición, tendencia que se afirma sin tener en cuenta el principio de placer al colocarse por encima de éste”.

(2) Ibid., p. 160

(3) Freud, Ensayos sobre el psicoanálisis

(4), (5), (6) La bastardilla es nuestra (Nota del Autor)

Así, existe en la vida psíquica una tendencia irresistible a la repetición, y los neuróticos no son los únicos que obedecen a este automatismo: de manera más o menos visible, este automatismo domina la vida de cada uno. Este elemento, que no pretendía al principio más que rendir cuentas de la etiología de la neurosis, se revela como inherente a toda conducta humana.

Sabemos ya, con la psicología clásica, que el instinto es un mecanismo que ya está totalmente montado; que una vez que el impulso está dado en el instinto, la acción recae en el automatismo y repite el encadenamiento de los actos pasados. El psicoanálisis nos enseña que el destino humano se juega en los primeros años de vida. Todos los acontecimientos, felices o desgraciados, no son más que “un retorno al estado anterior”; a cada vuelta de la vida del adulto trata de reproducir las circunstancias de su primera edad.

Esta compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*) —dice Laforgue— “tiene el carácter de la fatalidad, y condena al fracaso todos los esfuerzos de un individuo que quiera enfrentarla. Siempre lo mantiene prisionero de las mismas obligaciones, lo obliga siempre a cometer los mismos errores. El oráculo de los Antiguos encuentra así su significado, ya que los acontecimientos de un destino no estaban librados ni al azar ni a la voluntad de los seres...” (7)

Los Antiguos tuvieron la preciencia, pues la encontramos en las tradiciones egipcias, órficas y tibetanas, cuando éstas representaban los castigos del infierno mediante la repetición de la vida de los hombres hasta el infinito (mitos de Sísifo, de Danaides...). Maryse Choisy nos recuerda respecto de este tópico el aforismo del *Radja Yoga*: “Siembra un pensamiento y recogerás un acto; siembra un acto y recogerás un hábito; siembra un hábito y recogerás un carácter siembra un carácter recogerás un destino”. Y añade este *nanké Hindú*: “En cuanto al resto, toda su doctrina tan matizada por el *karma*, ¿no es sino el principio de la repetición llevado más allá de los límites de una sola vida?” (8)

Este determinismo del instinto presenta analogías con la determinación astrológica, a tal punto que “el automatismo de la repetición” aparece como la base que justifica y explica, como la manera operativa del determinismo cósmico.

En el nivel de la estructura, la técnica astrológica hace intervenir el juego de dos elementos esenciales que se superponen: la esfera celeste y la esfera terrestre.

La *esfera celeste* es la ecuación geocéntrica del sistema solar; es la constelación de los diez planetas en los doce signos y en sus aspectos. Estos factores del “estado celeste” determinan tendencias psicológicas. Todo astro representa, en razón de su naturaleza propia y de su posición por signo y por aspectos, una característica psíquica, un valor humano, Por ejemplo, el Sol en Leo y en aspecto armónico con Júpiter representa una disposición extravertida de energía, de autoridad, de amplitud de la manifestación...

La *esfera terrestre* es la perspectiva del cielo registrada para un lugar definido del globo, es decir, ese estado celeste localizado según una latitud y una longitud de la Tierra. El “estado terrestre” resultante está constituido por doce sectores orientados por el horizonte y el meridiano. Estas porciones horarias, llamadas “casas”, tienen asignados “departamentos” de la existencia: situación, fortuna, amistades, amores, salud, viajes... Todo astro toma en los diversos puntos de su recorrido diurno y nocturno, un significado variable con referencia a los diferentes dominios de la vida. Es así que a cierta hora de la mañana el Sol ocupa el tercer sector, relacionado con el ambiente familiar; colocado de esta manera, especializa su dinamismo en las relaciones con las personas cercanas. A las once de la mañana se encuentra en el décimo sector, relacionado con la carrera y la reputación; en esta posición, el astro diurno está determinado hacia la actividad profesional y el éxito social.

La esfera celeste y la terrestre se superponen. También, al alojarse en esos compartimentos, las Casas, los planetas canalizan sus corrientes en las diferentes direcciones de la vida. Para retomar los ejemplos precedentes, diremos que el Sol en Leo en casa III tiende a traducirse por una suerte de complejo positivo de superioridad en el entorno familiar; el sujeto afirma una fuerza máxima en sus relaciones con los hermanos, en sus relaciones con los camaradas, en sus estudios...; y el Sol de Leo

(7) Dr. II. Laforgue, *Psychopathologie de l'Échec*, Payot, 1944, p. 30.

(8) Maryse Choisy, *L'anneau de Poicyrate*, ed. Psyché, 1948, y. 92.

en casa X permite, sobre todo, el brillo en la vida social, así como también e firmar la “voluntad de energía” en su carrera y la posibilidad de triunfar de manera espectacular...

Luego de haber definido esta modalidad de la determinación astrológica, Morin de Villefranche, astrólogo del siglo XVII, nos precisa que: “El lugar del cielo por donde aparece un astro en la nati- vidad de un individuo toma, *durante todo el tiempo de vida ese individuo*, y con relación a él solamente, la virtud de ese astro”.

La cualidad del “estado celeste” es una propiedad fundamental; al especializarse, en razón del “estado terrestre”, en un dominio de la vida, se ejerce —precisa Morin— *duradera e invariablemente* a lo largo de toda la existencia; ella imprime una influencia determinada *que sigue al individuo desde su nacimiento hasta su muerte*.

Varios ejemplos nos ayudarán a comprender esto:

Aquél que tiene Júpiter (el astro cuya cualidad propia es la expansión física, la abundancia, la fortuna, la expansión) en la Casa V (sector del juego y de la especulación) presenta (a pesar de que el astro no esté bien ubicado) una disposición que podría traducirse en una suerte bastante regular en el juego y en la especulación. Su vida no transcurrirá sin que tenga una serie de éxitos en este ámbito.

Aquél que tiene a Marte (el astro de la agresividad) en Casa XI (sector de las relaciones amistosas) se arriesga a vivir siempre amistades apasionadas, tormentosas, amenazadas por la ruptura brusca y por peleas...

En la misma Casa XI el Sol permitirá realizar su “voluntad de energía” en el campo de las relaciones amistosas; el sujeto se rodeará de una corte de amigos que contribuirán a su brillo en la vida, o tendrá el don de ganarse la amistad de gente de un rango superior al suyo, que contribuirán a elevarlo en la sociedad...

La presencia de Saturno (el astro del celibato, de la soledad, del renunciamiento) en Casa VII (casamiento), a pesar de que esté mal configurado (inhibición, impotencia, esterilidad), tiende a aportar una serie de situaciones: soltería, casamiento tardío, uniones desamoradas, casamiento desgraciado, separación, viudez..., que expresa la misma tonalidad general: una restricción o un infortunio ligado al problema de la unión. Durante toda su vida el sujeto corre el riesgo de ver que una serie de acontecimientos se suceden, bajo tal o cual forma, repitiendo un mismo tema directriz: la imposibilidad de la felicidad conyugal.

Este tipo de condicionamiento de la vida está también, y por sobre todo, ligado a la *rotación*. *¿te Los astros en el zodiaco*: en la medida en que los planetas pasan y vuelven a pasar por el lugar del planeta en el nacimiento (fenómeno que se conoce como *tránsito*), actualizan y reactualizan en el tiempo esta estructura de base que acabamos de examinar.

Aquí abordamos un tema importante: la revolución sideral de los astros, expresión de la periodicidad de sus movimientos. En nuestro cielo que es el zodiaco, *cada astro vuelve sobre sí mismo*, y cada retorno se efectúa según un período y fases determinadas. De esto surge la idea del tiempo que, a través de la idea de cielo, nos conduce a la idea de *ritmo*; éste es el carácter de todo movimiento que retorna a su punto de partida, que ni el ve a pasar por su origen. El ritmo es un elemento inmediato del mundo y del hombre; nos bañamos en un universo ritmado, en virtud de fenómenos ritmados donde todo es un eterno retorno. De allí a pensar que la historia del universo se reproduce periódica e indefinidamente en el intervalo entre dos cielos no hay más que un paso: ¿no era, acaso, la idea de los Pitagóricos y de los Estoicos, aquella misma de Platón cuando nos habla del Gran Año precesional de 25.000 años? Esta idea de ritmo, inscrita en la estructura del universo, está en todas partes. Todo lo que existe, desde el movimiento interior de los átomos y las revoluciones de las estrellas hasta los fenómenos espirituales más ele- vados, pasando por todas las formas de la vida, está sometida a su ley. Esta se encuentra en el mundo vegetal (Lineo pudo establecer un reloj de la Flora que indica la hora mediante el nombre de la flor que se abre), en el mundo animal, desde el más infinitamente pequeño hasta el hombre, en su cuerpo y conciencia, en los grupos humanos...

¿Quién puede dudar que esos ritmos de la naturaleza estén íntimamente ligados a los ritmos astrales? Jean Guittou nos recuerda:

“Soñamos con la alternancia de los días y las noches que podrían no ser más que un corte o un objeto de la razón si nuestro sistema nervioso no tuviera esa misteriosa relajación de las tensiones que es el sueño, qué no es, quien sabe, susceptible de otra explicación que no sea la metafísica. Soñamos, por sobre todo, con ese retorno de las estaciones, con esa vida de la planta que muere y resucita, como si fue esclava de las coincidencias astronómicas, como si debiera hacer recordar al geómetra, por la vanidad de los colores y la insinuación de los perfumes, que un astro se reencuentra infinitamente lejos, en el mismo punto de su órbita” (9)

El hombre, que es la cima y el compendio del universo, sufre más que todos y de manera más compleja, la influencia de todos los ritmos que, escanden las variadas manifestaciones del cosmos. Hace falta haber alcanzado un inquietante grado de esquizofrenia para perder la noción en nuestro mundo moderno y racional. Los golpes de nuestra vida están en concordancia con los períodos del universo; aquéllos de nuestro corazón les hacen eco. Al punto tal que el sabio Jean Thibaud, ex director del Instituto de Física Atómica, luego de haber declarado: “La alegría que el viejo Juan Sebastián vuelca en nuestros corazones mediante las vibraciones particularmente bien escogidas de sus instrumentos de cuerda, y aquélla que el físico-matemático descubre en un universo atómico, ¿no tienen la misma esencia?”(10) llega a la siguiente conclusión:

“Si le negamos todo embrión de conciencia a la ameba que se apura, contrayéndose hacia su presa infinitesimal (el espermatozoide ineluctablemente polarizado por el óvulo) tendremos que ver en la vida misma sólo una clase particular de imbricaciones atómicas (aquéllas de los elementos hidrógeno, oxígeno, carbono y ázoe, especialmente) en el inmenso rompecabezas cósmico así como en el Universo entero con sus múltiples actividades, o sólo un contrapunto de armonías particulares donde cada uno, ya sea átomo animal o estrella, modula su variación propia al menos por un tiempo antes de ceder su lugar a otro. Tal podría ser nuestro destino: existir no es más que el resultado precario de una armonía especialmente feliz de átomos, unida a condiciones favorables establecidas momentáneamente”. (11)

Esta noción de ritmo está muy mezclada con la trama con-creta de la vida, muy íntimamente ligada al tiempo y, en consecuencia, muy impregnada de misterio como para satisfacer fácilmente el principio de economía de pensamiento inapreciable para el espíritu del sabio. Por lo demás, para el sabio “la acción de los elementos del universo unos sobre otros no está representada por una causalidad necesaria del uno sobre el otro sino, más bien, por un acuerdo de su ritmo y de su resonancia”.(12) Jean Thihaud vuelve al término “armonía” y nosotros recaemos en nuestra concepción de la astrología simbolista. En resumen, en la hora actual el ritmo es aún un misterio al que se siente con más facilidad que cuando se lo define, y que ocupa cada vez más lugar en el pensamiento del sabio.

Se lo ha definido como el retorno de un mismo fenómeno a intervalos regulares; implica, a la vez, la *repetición* y la *periodicidad* de los fenómenos intermitentes, de naturaleza idéntica o análoga.

Al colocarnos en el plano fisiológico también lo vemos operar, más claramente que en el plano psíquico. En el hombre se lo ha estudiado en el ritmo respiratorio (aspiración, espiración), en el ritmo cardíaco (sístole, diástole), en el aparato neuromotor, en el ciclo menstrual, en los centros nerviosos (aptitud del elemento excitable para responder de manera ritmada a un estímulo permanente y de intensidad constante).. . A propósito de la ritmicidad observada en la célula nerviosa del centro respiratorio, y en la célula contractible del corazón, ciertos investigadores (los profesores H. Cardot y O. Morin) hablan, sin poder definirla bien y desconfiando del término a pesar de encontrarlo legítimo, de una *propiedad de automatismo*.

Hacer un paralelo entre esta propiedad de automatismo en el plano fisiológico y ese “automatismo de repetición” en el plano psicológico, asimilándolos a una función del ritmo que es repetición y periodicidad es un punto de vista apenas teñido de osadía. Volviendo al terreno psicológico, podría llevarse la analogía aún más lejos: la característica del instinto es una tendencia a

(9) Jean Guilton, *Les Rythmes et la Vie*, col. *Présences*, ed. Lion, 1947, p. 7.

(10) *Ibid.*, p. 48.

(11) *Ibid.*, p. 51.

(12) *Ibid.*, p. 6.

volver sobre sus pasos, a dar vueltas en redondo, en suma, a realizar y renovar un movimiento circular: los astros se desplazan en un ciclo perpetuo. *El automatismo de la repetición es semejante a*

la revolución sideral de nuestros planetas.

Ciertamente, este Eterno Retorno no es un simple “retorno a lo mismo”; tendremos ocasión de volver sobre el tema. El pasaje de lo mismo a lo otro y de lo otro a lo mismo no se hace nunca de la misma manera, sino que se modela en nuevas formas; el ser no vuelve para atrás, y la disolución que sigue a la madurez no es un retomo a las formas primitivas. Pero hay más verdad en la idea del retorno que en la del progreso, pues la idea del retorno a los modelos anteriores está fundada en el hombre con sus instintos y sus pasiones fundamentales. Así lo expresa Jean Chevalier a propósito de la vida económica:

“Si la turbina que trabaja a 10.000 revoluciones por minuto no ha hecho que el mundo vaya más rápido de lo que iba con la rueda a molino; si el avión, con toda la fuerza de sus cuatro motores de 200 caballos atraviesa mares y continentes a la velocidad de 400 kilómetros por hora; si las ondas que hacen del planeta un vasto mercado abierto a todos los rumores no han logrado cambiar el ritmo de las actividades es porque los progresos, que trastornan -a la industria al acelerar el movimiento de las máquinas más allá de lo razonable, no cambian el ritmo de la vida. El hombre permanece el mismo eternamente. Su corazón late siempre al mismo ritmo dentro de su pecho. Su cuerpo tiene siempre los mismos apetitos. Su alma se mueve con las mismas aspiraciones, su espíritu se mece al compás de las mismas ilusiones” (13)

La astrología no pretende responder a una evolución asociada a esta idea de progreso, sino que, en el nivel de *constantes* de la experiencia humana, de su condición existencial de memoria del hombre, da la impresión (a juzgar por su interpretación misma) que existen en el individuo, ya sea que éste posca en él la causa de su funcionamiento o que le sea impuesta desde afuera, mecanismos montados que reproducen los acontecimientos bajo diversas formas, pero orientados en una dirección precisa, como si se tratara de una actividad adaptada a ciertos fines y que responde a ciertos objetivos. En lo que respecta a este determinismo, todo sucede como si existiera una necesidad de reproducir siempre las mismas situaciones, o situaciones análogas, felices o desgraciadas.

Podemos definir técnicamente esta comprobación: *El planeta en el sector donde se encuentra se presenta como una plataforma sobre la cual se edifica una serie indefinida de construcciones del mismo tipo. Elia es un principio del cual se desprende una constante expresión de un estado que permanece invariable toda la vida y que se manifiesta por medio de una serie de situaciones, aparentemente diferentes pero fuertemente semejantes.*

¿Por qué no decir ahora que la *reacción-tipo* del traspaso, creada por la primera situación y que se transporta ulteriormente a todas las situaciones nuevas afectivamente análogas, se liga directamente a ese principio de manifestación planetaria? Este manifiesta, en efecto, una orientación psicológica inicial de la que surgen las múltiples manifestaciones o la serie de consecuencias del complejo.

Tanto para el psicoanálisis como para la astrología, la existencia humana está recorrida por “redes” a lo largo de las cuales se afirman fuerzas positivas y negativas, de tonalidades diferentes y matizadas. Estas redes se canalizan en direcciones bastante precisas y de manera definitiva. Al dar a cada dominio de la existencia su “clima”, condicionan la existencia entera, si es que nada se opone o le sucede a la configuración, cosa que puede suceder en cualquier momento. Esta regla del destino es la misma que la del automatismo de la repetición según la cual la misma energía psíquica se polariza alrededor de una representación que se inscribe en una “serie” de alegrías, de placeres, de relajación de las tensiones o, según los casos, de desgracias, de humillaciones, de fracasos...

El psicoanálisis ha llegado a descubrir más de una sutileza del automatismo de la repetición, y a ver en ese fenómeno uno de los fundamentos esenciales de la existencia humana.

Cuando en el suceso que se repite la acción del sujeto es activa, el mecanismo es fácil de comprender: la actividad del sujeto justifica lo que le sucede; podemos verlo durante la obra, modelando su destino. Pero en la actitud pasiva el lazo, más sutil, sin embargo se reencuentra; en ese caso, en efecto, el instinto que quiere repetirse es engañado al punto de proyectar, en apariencia, todo el error sobre las circunstancias exteriores que ha provocado, mientras tanto, inconscientemente.

(13) *Ibid.*, p. 227.

Por este mecanismo de repetición, el individuo realizará automáticamente la representación fijada en su psiquis, ya sea que ésta sea objeto de placer o de miedo. El individuo continúa indefinidamente

el gesto comenzado, revive la escena que lo ha emocionado o el miedo que lo persigue. “Una vez impresa en la materia misma del inconsciente, la imagen-destino —declara el Dr. Allendy— tiende activamente a su realización; se convierte en una entidad viviente que actúa como una energía de orientación, una suerte de atracción insensible pero segura, que organiza la vida según un plan de una sutileza inconcebible y de un comportamiento bien definido”.(14)

Cuando uno estudia la neurosis, donde el automatismo de la repetición es más aparente, diríamos que el neurótico “lleva en sí la representación de un cierto *sketch* que busca interpretar desde el momento en que las circunstancias se lo permitan”. (15)

Pero lo que distingue a un psicópata de un hombre normal es la naturaleza, la cualidad de las representaciones; En el primero, la representación es esencialmente una escena fascinantemente desgraciada, en vez de buscar la alegría, el placer o el éxito. Y lo hace siempre prisionero de las mismas complicaciones, de las mismas contradicciones, obligándolo a cometer siempre los mismos errores. En efecto, es bastante desconcertante ver que este individuo emplea toda su actividad en realizar aquello sobre lo que más tiene dudas, como si algo en él deseara lo que va a hacerlo sufrir. En él, el desequilibrio consiste en estar perseguido por una imagen dolorosa y en realizar, automática e invariablemente, su propia desgracia.

El destino aparece, entonces, como una fuerza evolutiva que cada uno lleva en sí; de allí el término “destino interior”. Según si persiguen una imagen de éxito o de fracaso, de fortuna o de desastre, el destino es atraído por todo lo que, como él, está misteriosamente consagrado a la felicidad o a la desgracia, al realizar él mismo su propio paraíso o infierno.

(14) Dr. E. Aflendy, *Le ProbUrne de la Destinée*, ed. N.B.Ft, p. 200.

(15) *Ibid.*, p. 92.

TENDENCIAS, COMPLEJOS, LIBIDO

Al encontrar sus primeras justificaciones, hemos dado cuerpo a la hipótesis simbolista que postula que los astros “inclinan” es porque son *inmanentes* a la naturaleza humana. Si continuamos la investigación sobre la base de esta hipótesis fecunda, también deberíamos admitir que los acontecimientos del destino no son los resultados que llamamos enfermedad, casamiento, fortuna, viajes. . . que están “inscriptos” en la carta del cielo, sino las fuerzas profundas que los condicionan y generan. La ecuación astrológica coloca frente a la configuración ante todo un estado humano: tendencia psíquica, trazo de carácter, mecanismo de conducta. . . y sólo a continuación aparece un destino posible y probable, en tanto que consecuente, pues el destino astrológico es contiguo a ese “interior humano” que es la réplica del “exterior astronómico”.

Como base de la interpretación, aún nos falta considerar las causas profundas de la conducta humana, las motivaciones psicológicas y los comportamientos que agitan el alma y empujan al individuo hacia tal o cual acto o realización. Sólo podremos fundar un conocimiento sintético si nos remontamos a las fuentes y, al mismo tiempo, a la unidad de esas corrientes, que se ramifican en múltiples direcciones para manifestarse de mil y una formas.

La misma operación astrológica lo exige. No olvidemos que sólo tenemos diez planetas, diez factores fundamentales que condicionan todas las manifestaciones temporales y espaciales del hombre y del mundo. Ciertamente, hay también doce signos zodiacales y doce sectores, sin contar los aspectos; así como innumerables combinaciones posibles para cada planeta, lo que convierte las

constelaciones en prácticamente *infinitas*, y *especifica* cada tema individual. Pero no es menos cierto que *estas diez astros permanecen como los principios de toda la personalidad y del destino humanos* hasta la integración de nuevos factores, a pesar de todo 10 diferenciados que puedan estar por la configuración original que forman en un momento dado, sobre un fondo movible y variable. Todo lo que se extrae de ellos, a saber: acciones, representaciones, sentimientos, acontecimientos de la vida orgánica, social, material, afectiva..., se condensa alrededor de ciertos factores, en una acumulación que trata siempre de ser ordenada. Si cada astro centraliza, como si fuera alrededor de una médula condensadora, una serie tal de elementos en el orden de las manifestaciones más diversas, no nos será posible reencontrarnos si no buscamos la unidad directriz, el plan arquitectónico de esta especie de polípero.

Ya hemos adquirido una cosa: *con el automatismo de la repetición, la vida es un recomenzar perpetuo. Las situaciones se injertan las unas en las otras, según el mismo modelo; a través de su sucesión se repite el tipo inicial.* En consecuencia, no hay necesidad de recurrir a una multiplicidad infinita de factores para justificar las mil peripecias de la vida. En su calidad de impresión fundamental nuestros diez planetas nos resultan suficientes, piles comprobamos, al fin de cuentas, que todas las expresiones de la vida se mueven dentro de los estrechos límites de la repetición; y que existe, por otra parte, una cierta uniformidad en los intereses fundamentales y permanentes de la humanidad.

Pero si el automatismo de la repetición revela, mediante el juego del traspaso, el modo de la actividad del planeta, no define por su intermedio nada más que un cierto *orden* de manifestación; nos queda por conocer el *contenido*. De allí la necesidad de remontarnos a la raíz de esas fuerzas humanas que operan en el traspaso y en todos los fenómenos psíquicos profundos. Debemos ir aún a la conquista de esas bases que no han sido todavía despejadas.

Si bien los astrólogos serios fundan su conocimiento casi unánimemente en los elementos psicológicos, se han contentado con ligar las diversas manifestaciones de un mismo factor con las propiedades de la psicología clásica con funciones psíquicas concientes. Por ejemplo, la Luna es el astro de la imaginación y hace tanto a los poetas, a los iluminados y a los soñadores como a los tontos; así, se considera la imaginación como la razón psicológica de esas categorías humanas; es el denominador común de esos personajes lunares. Pero debemos reconocer que tal correspondencia astropsicológica, por válida que sea, es casi siempre superficial; y lo será en tanto limitemos la investigación a la esfera conciente del psiquismo.

Debemos persuadirnos de que los elementos astrológicos no pueden expresar directamente más que los “elementos” de la base de la psiquis, las *fuerzas primitivas* que constituyen los valores profundos del ser humano y de donde fluyen los estados de conciencia. ¿No es lógico pensar que las tendencias psíquicas por las cuales los astros actúan en nosotros tienen su lugar en el inconsciente más que en la periferia de la conciencia ulteriormente elaborada? Si ellas emergen a la conciencia, no están menos “preformadas” en el ser profundo, hundido en la oscuridad de sus orígenes. Más aún, podríamos decir que estos “dinamismos iniciales” se hunden en la “prehistoria” del individuo y van a fundirse con ese vasto océano de fuerzas del inconsciente colectivo ancestral. ¿No será por allí que hombre y mundo se comunican, que se funden en un medio común, desde lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño?

Por de pronto; si el hombre participa en la vida colectiva de la humanidad, y aún en la vida universal del globo, si permanece como hijo de la naturaleza, ¿no es por el juego del instinto, de los instintos que lo habitan? Precisamente, esos instintos abarcan un universo psíquico que desborda en mucho los límites de la conciencia: tienen su lugar en el inconsciente. Los dos adagios clásicos de la astrología nos han abierto el camino: si cuanto más nos elevamos en la escala humana tanto más escapamos al determinismo cósmico, esto es así porque *ese determinismo existe en el plano inferior del psiquismo, en e inconsciente, en la raíz de los instintos.*

P. Janet nos ha familiarizado con la noción de “jerarquía” de los fenómenos psicológicos que se manifiestan en diversos grados de complejidad. Hay hechos psicológicos inferiores que se hacen a “baja tensión” y que se caracterizan por su simplicidad, por una unidad mental débil, a la que le falta la adaptación a la realidad y que está dominada por la actividad conservadora. Hay hechos psíquicos superiores, operaciones de alta tensión, “complejos ricos que resultan del funcionamiento armonioso de todo un sistema, cuyos elementos son numerosos y cuya unidad es grande”, es decir que la síntesis mental es fuerte y que domina la “función de la realidad”, como en las operaciones plenamente concientes y sobre todo aquéllas que tienen un carácter social.

El instinto aparece, precisamente, en la parte inferior de la escala. Es la expresión de una necesidad biológica elemental y fundamental; surgido de una situación psico-química que conocemos mal, es el representante psíquico de un estímulo de origen somático, y apunta a la supresión de una necesidad, al relajamiento aportado por la satisfacción de esa necesidad suprimiendo la condición

física de la excitación (hambre, sed, deseo sexual...) Con él, la actividad conservadora se manifiesta en su forma más pura: su acción recae en el automatismo como si fuera impermeable a la experiencia, inadaptada al presente y a la realidad; impotente para romper el círculo, permanece esclavo del pasado. El instinto. es realmente el “cordón umbilical” que liga al hombre al cosmos. Pero no es el único; otro antiguo sistema psíquico lo atestigua: *la asociación de ideas*.

Recordemos que Hume comparaba la asociación de ideas, en su carácter puramente automático, con una suerte de *atracción* que “produce en el mundo mental efectos tan extraordinarios, y se manifiesta mediante formas tan numerosas y variadas como la atracción universal en el dominio físico, Por su parte, Stuart Mill, quien veía en las leyes de la asociación las leyes fundamentales de la psicología, decía que aquéllas son a la psicología “lo que la ley de la gravitación es a la astronomía, lo que las propiedades elementales de los tejidos son a la fisiología”.

En virtud de esta asociación, los estados psíquicos dotados de un tono afectivo semejante se asocian fácilmente. Por ejemplo, resulta que el modo de expresión que conviene a uno se transfiere a los otros por analogía. Es así que los estados morales se expresan como las sensaciones físicas correspondientes. Hay aquí algo así como una *condensación que coloca bajo la misma línea directriz a todos los estados análogos, sean cuales fueren sus planos*.

Ribot nos describe la asociación afectiva en estos términos: “Las representaciones que han estado acompañadas por un mismo estado afectivo tienden a asociarse ulteriormente: la semejanza afectiva reúne y encadena a las representaciones dispares. (...) Los estados de conciencia se combinan (...), porque tienen un tono afectivo común. La alegría, la tristeza, el amor, el odio, la admiración, el aburrimiento, el orgullo, la fatiga, etc..., pueden convertirse en un centro de atracción que agrupa a representaciones o acontecimientos sin conexiones racionales entre sí, pero que tienen la misma marca emotiva: alegre, melancólico, erótico, etcétera.(1)

En astrología reencontramos estos “centros de atracción” con los planetas que se caracterizan precisamente por una tonalidad afectiva: hay un planeta “alegre” (Júpiter); un planeta “triste” (Saturno); un planeta erótico (Venus)... y cada uno de estos planetas es una “médula de condensación” de todos los estados y acontecimientos que tienen una analogía con la característica afectiva que ella representa. Todos los acontecimientos alegres de la vida, tales como el dinero, el éxito, las ganancias... son propios de Júpiter, así como todos los acontecimientos tristes: enfermedades, penas, pruebas... están signados por Saturno. Igualmente, todo lo caracterizado por el amor está ligado a Venus... *Como en -la asociación, la condensación planetaria “a pila” estados, objetos, acontecimientos aparentemente desconexos, pero coloreados por el mismo matiz afectivo.*

La asociación se presenta, por lo demás, en estrecha relación con el instinto; si no es una función, es al menos la condición natural de su manifestación; es por esto que la psicología recurre a ella con gran frecuencia (análisis de los sueños, abandono del analizado a sus asociaciones, test de Jung): el instinto se expresa por la vía de la asociación de ideas. Partiendo de este material podemos ahora sentar las bases psicológicas de la astrología.

(1) Th. Ribot, *Essai sur l'Imagination créatrice*, Alcan, 1900.

Después de Ribot los psicólogos admiten unánimemente que el elemento fundamental de toda vida psíquica es una forma espontánea y primordial de la actividad (derivada del instinto): la *tendencia*.

Esta se alimenta en las fuentes de nuestra energía vital y se presenta así como el eje común de todos los fenómenos que resultan de las tres “facultades” clásicas: acción, sentimiento, pensamiento. El fin normal de todo ser vivo es el ejercicio de las actividades que llevan a su realización.

Las fuerzas activas del alma no son los pensamientos sino más bien las tendencias; si las representaciones intervienen no lo hacen sino indirectamente a través del intermediario de las tendencias que ellas suscitan, Asimismo la afectividad es de formación secundaria derivada: el placer no es sino una suerte de fin secundario que se añade al acto; esta actividad -no es más que la toma de conciencia de la realidad más profunda de las tendencias. La tendencia es la acción en estado potencial y la acción no es otra cosa que su actualización. Hacer el retrato psicológico de alguien es distinguir sus tendencias pues el carácter de un ser se define por las tendencias que le son propias.

Este término “tendencia” es según la Dra. Juliette Boutonier, “uno de aquéllos gracias a los cuales se concilian las exigencias, opuestas en apariencia, de una ciencia que quiere seguir siendo positiva y de una inteligencia que reconoce una finalidad. Pues podemos decir con una precisión matemática que una grandeza *tiende hacia el infinito*, o que la plomada *tiende hacia abajo*, hacia el centro de la tierra... Decimos, también, que la planta *tiende hacia la luz*, que el animal *tiende a escaparse de su jaula*, que el hombre *tiende a ser feliz*.. En estos casos diversos, pasamos insensiblemente de la idea de una simple *orientación* a aquélla de una verdadera *organización*, y del determinismo a una

suerte de finalismo. La tendencia es esa energía que orienta y organiza los actos y los pensamientos y que, invisible, se revela mediante los actos (objetivos o subjetivos) que dependen de ella. Más indeterminado que sus sinónimos parciales: instinto, inclinación, necesidad, apetito, deseo, pulsión, el término “tendencia” es más conveniente que todos los otros para designar y caracterizar las formas más elementales de la actividad”.(2)

Esta noción de tendencia acerca la concepción biológica freudiana a la otra, más sociológica, de los psicoanalistas norteamericanos, que tienden a ver en los complejos formaciones modeladas por lo social más que por las fuerzas instintivas, innatas e inmutables. La definición de la Dra. Boutonier tiene, además del mérito de la claridad, el de generalizar el acento dinámico de la tendencia que se traduce, en suma, en todos los movimientos de la vida.

¿Hay en el orden universal un equivalente de la tendencia? Soñamos inmediatamente con la actividad planetaria del sistema solar.

El planeta es un cuerpo que se mueve en el tiempo y en el espacio; por su *movimiento*, representa el elemento viviente de la procreación puesto que es el punto vital del espacio. Es, fundamentalmente, la expresión de un *dinamismo*, de un *potencial de energía*. Las correspondencias de los planetas atañen, esencialmente, a las fuerzas afectivas. Cada una de ellas tiene su registro específico, asimilable a las *funciones* biológicas, fisiológicas y psicológicas que le corresponden.

No podríamos separar el caballo de la pista: el planeta se integra en el signo, en cuyo interior se mueve en el circuito del zodiaco. El signo olida de *ámbito*. Sus propiedades tienden a desarrollar el dinamismo planetario en una de sus direcciones, a actualizar ciertas direcciones posibles con exclusión de otras que permanecen latentes; las propiedades se refuerzan o disminuyen según el valor del acuerdo. El planeta toma tonalidades diversas en los doce signos, siempre conformes con su tendencia inicial, pero adecuadas cada vez al signo. El zodiaco, esa “matriz del mundo”, se asemeja bastante al océano insondable del inconsciente colectivo en el firmamento de la psiquis humana. Hablando de la determinación zodiacal, Morin declara: “Ella es común a toda la tierra y, sobre la tierra, a todas las especies; ella es perpetua e inmutable hasta el fin de nuestro mundo”. Por su parte, Jung considera al inconsciente colectivo como “el precipitado de toda la experiencia de todo el universo y de todos los tiempos”.

La unidad astrológica: el planeta en el signo, no representa una sola tendencia, sino todo un conjunto; es decir, una *familia* de tendencias homogéneas, escalonada en toda una gama de niveles, pero que realiza una misma característica vital. Sabemos, además, que la misma tendencia puede entrar en actividad de maneras y grados diversos. La mayoría de nuestros actos suponen la entrada en juego de muchas tendencias que son, ellas mismas, susceptibles de activación en niveles diferentes

Nuestra conducta no es un caos. Nuestra energía sigue ciertas vías de reacciones bien definidas, al punto que podemos decir que nuestra conducta se elabora alrededor de conjuntos de tendencias, de

(2) Dr. J. Boutonier, *Les Défaillances de la Volanté*, p. 29.

la misma manera que nuestro organismo se edifica sobre funciones fisiológicas complejas. No operando jamás en forma aislada, cimentadas por los accidentes de la experiencia individual, las tendencias no funcionan sino por medio de haces dotados de una cierta fijeza. Asistimos, así, al agrupamiento de las tendencias, afines o extrañas, que condicionan actividades variadas e importantes; son estas asociaciones, estos ligamentos, estas imbricaciones, las que constituyen lo que llamamos complejos. El complejo es, precisamente, una *red*, un *haz* de tendencias asociadas y solidarias, cuyo conjunto constituye un sistema de vías de reacción que produce un comportamiento que tiene una estructura y que se repite siguiendo una forma. Para manifestarse, usa (lo sabemos) el medio del traspaso; pero esa médula de cristalización puede expresarse, tal como lo veremos más adelante, de maneras diferentes (desarrollo directo, reacción, compensación, sustitución de tendencia...).

¿Hay necesidad de precisar que *el análogo del complejo psicológico es el aspecto planetario*?

El aspecto no es otra cosa que una *conexión* definida que se establece entre dos planetas, y cuyo tipo representativo es la luna en sus diferentes fases a medida que se aleja del Sol. El principio del aspecto se desprende de la noción de “conjunción”, cuando dos astros están situados en la misma longitud, cuando se cruzan en el zodiaco (para la Luna, es la “luna-nueva” o la conjunción Sol-Luna). Los dos astros, fundidos de alguna manera el uno en el otro (al menos en la conjunción perfecta), están indisolublemente ligados en su acción; por esta razón, las tendencias que ellos representan están también ligadas de la misma manera. Surgidos de polígonos regulares, los aspectos son tanto benéficos (es el caso del trígono que forma un ángulo de 120° y del sextil, que forma uno de 60°) o maléficos (es el caso de la oposición, que presenta a los dos astros frente a frente, a 180° y del cuartil

—decimos también cuadratura— a 90°) “Dos planetas en aspecto mutuo se comportan, desde el punto de vista de su acción, simplemente como asociados”, dice Morin. Que sean “asociados” en el aspecto armónico, o “adversarios” en el inarmónico, su acción es, en todo caso, *común*, ya que el juego de uno desencadena el del otro. Así como el complejo liga y agrupa las tendencias, el aspecto astrológico expresa un *vínculo* asociativo o disociativo, una *combinación* de principios representados por los planetas en aspecto. El aspecto traduce la interferencia de las energías instintivas que encarnan los planetas. Pone en contacto las múltiples tendencias del carácter y del destino. Es por cierto ese sistema de vías de reacción, ese haz identificado por el complejo psicoanalítico.

Además, sabemos que esos complejos no están tan aislados los unos de los otros; con frecuencia, están ligados entre sí, como lo están las tendencias en el interior de cada uno de nosotros. Una situación interior tal no se manifiesta menos en la carta del cielo. En efecto, si el aspecto planetario representa, un complejo, los planetas forman generalmente dos, tres o más aspectos, de suerte tal que esos aspectos, como los complejos, se interpenetran.

Un “encaje” tal de síntesis, desde las tendencias hasta los complejos, termina por representar una sola y vasta red, floja o apretada según los lugares (esto, sin embargo no es constante: hay temas en los que podemos ver dos o tres grupos de aspectos que no se comunican entre sí; en estos casos, tenemos personalidades en las cuales los grupos psíquicos permanecen ajenos los unos a los otros), y que nos conducen a la noción de unidad de nuestra energía psíquica.

Pero la naturaleza de esta energía vital que alimenta las tendencias y los complejos está ligada a la cualidad del instinto mismo, que uno reencuentra en la base de las emociones, de los sentimientos y de las pasiones. Es la savia que nutre toda nuestra afectividad, la fuente primera de toda energía psíquica. Para señalar esta síntesis dinámica del ser Freud utilizó el término *libido*, dándole un contenido sexual que fue fuertemente criticado (se ha hablado de pansexualismo) pero que es en verdad muy amplio:

“*Libido* es un término tomado de la teoría de la afectividad. Designamos así a la energía (considerada como una grandeza cuantitativa, pero aún no mensurable) de las tendencias que se sujetan a aquello que resumimos con el nombre de amor, y que esta formada, naturalmente por aquello que es comúnmente conocido como amor y que cantan los poetas; es decir, por el amor sexual, en el cual el último término lo constituye la unión sexual. Pero no separamos todas las variedades del amor, tales como el amor a sí mismo, el amor hacia los padres y los niños, la amistad, el amor a los hombres en general, así como no separamos el vínculo con los objetos concretos y las ideas abstractas. Para justificar la extensión que le damos al término “amor”, podríamos citar los resultados que nos ha revelado la investigación psicoanalítica: todas las variedades del amor son otras tantas expresiones de un solo y mismo conjunto de tendencias, las que, en ciertos casos, invitan a la unión sexual, mientras que en otros se apartan de este fin o impiden su realización, conservando suficientemente los trazos característicos de su naturaleza para que no podamos equivocarnos acerca de su identidad (sacrificio de sí mismo, búsqueda del contacto íntimo)...” (3)

Todas las interpretaciones dadas a la libido se unen y se completan: “Es la fuente única de todos los instintos que da cuenta de todo el psiquismo humano bajo aspectos diversos” (Allendy); “la energía psíquica de la que dispone el hombre para edificar su organismo y, paralelamente a este desarrollo, para hacer la síntesis de la personalidad” (Laforgué) ...A esta altura, la noción freudiana se diferencia poco de la noción jungiana de libido, “fuente de la que procede el dinamismo de la vida psíquica”, a la que se integran las nociones de inconsciente colectivo y del arquetipo considerado como “... una forma heredada de mecanismos psíquicos, que corresponde a la manera innata en que un pollo sale del huevo, en que un pájaro construye su nido, en que la avispa pica el ganglio motor de la oruga, en que las anguilas encuentran el camino de las Bermudas”.

Todas estas interpretaciones dan razón de la *unidad* del dinamismo del ser humano y de la fuerza motriz del universo. Ellas agrupan tanto la noción de *Karma* de los Hindúes como la del *Eros* de Platón o la del *élan* vital de Bergson, así como otras tantas fórmulas que, a través de las civilizaciones, expresan la misma realidad: la VIDA.

Es sobre estas bases fundamentales que debemos afirmar los cimientos de la astrología.

EL DINAMISMO PSÍQUICO

De lo que antecede hemos llegado a hacer un paralelo entre los elementos de la vida universal: planetas, signos, aspectos.. por una parte y, por la otra, los elementos de la vida psicológica: tendencias y complejos.

Nos encontramos en presencia de dos clases de fenómenos, externos e internos, entre los cuales se trata de establecer una *relación*.

Una es matemáticamente cognoscible en todo instante, desde el pasado más remoto hasta el futuro más lejano. Es la sede de las configuraciones celestes. La otra es la serie de los fenómenos humanos que nos revela la psicología. Sin duda, esta clase de fenómenos es de naturaleza más sutil y su conocimiento es más complejo, puesto que se trata de nuestro mundo interior.

Si comprobamos que, en circunstancias idénticas, la presencia de un fenómeno astronómico A está regularmente acompañada por la presencia de un fenómeno psicológico B, podemos inducir la existencia de una relación fija entre A y B. Nuestro papel consiste, precisamente, en establecer entre ambos una relación analógica, de tal manera que podamos deducir de la existencia de tal hecho celeste, la existencia probable de tal hecho humano.

Una condición preliminar al establecimiento de esta ley de relación era la de encontrar frente a la realidad fundamentalmente dinámica del universo, una realidad igualmente energética de la naturaleza humana.

En efecto, la carta del cielo *es*, ante todo, la expresión de un *juego de fuerzas* representado por la disposición de los planetas alrededor de la esfera celeste geocéntrica, el lugar de los encuentros. Ella es un tablero donde se oponen fuerzas que actúan cada una por su propia cuenta, estableciendo entre ellas relaciones diversas.

Pero, precisamente, el psicoanálisis ha llegado a una concepción dinámica de los fenómenos psicológicos. Freud es el primer psicólogo que le dio pleno sentido al término *dinámica psíquica*. Con él, la psicología describe, clasifica y concibe los fenómenos humanos como si fueran los índices de un “juego de fuerzas” que se logra en el alma, teniendo las tendencias un fin definido y tratándose en diferentes direcciones, ya sean paralelas u opuestas. Así, el fenómeno psíquico se convierte en el resultado de una interacción de pulsiones diversas; en consecuencia nuestro “tablero de controles” macrocósmico no desentona frente a ese microcosmo definido por Laforgue: “Ese campo de batalla donde se enfrentan las fuerzas del destino”.

Una vez asegurada esta comunidad de puntos de vista desde el comienzo, importa ahora seguir los procesos y los modos operacionales que surgen de cada uno de los factores en presencia.

En lo que concierne a los planetas, asimilados a las fuerzas vivas del ser humano, sabemos que en razón de su escaso número tocan fuerzas psíquicas fundamentales, verdaderos “arsenales” de posibilidades. Siguiendo la opinión de los Antiguos, los cuerpos celestes representan “causas universales”. Es decir, son, astrológicamente hablando, la fuente de todo. *Cada planeta representa todo un universo. En el plano humano, simboliza un aspecto de todos los modos de la existencia biológica, psicológica fisiológica, material, afectiva; social, espiritual...* Al colocarnos en el terreno psíquico, tendremos las mejores oportunidades de entender la secuencia temática por la cual estos diferentes planos de vida se cruzan y se coligan; es sobre esta plataforma que se presenta la mejor síntesis del ser humano. En todo caso, podemos decir del dinamismo planetario *que se ejerce en el hombre por entero*, que es un aspecto de la vida de este hombre tomada en su conjunto. Es así que

podemos hacer corresponder a cada planeta: un sistema de reacciones fisiológicas, un sistema de reacciones psíquicas, un cuadro endocrino, una constitución morfológica, un tipo de mentalidad y de sensibilidad cuya tendencia extrema desemboca en una psicosis constitucional, pasando por una constitución psicopática. Particularidades corporales, modalidades de las reacciones fisiológicas, naturaleza de los instintos, trazos del carácter, formas de inteligencia. . . se organizan así en una *unidad*, en la cual cada factor puede ser tomado como centro, realizando la unidad el *tipo planetario*.

Una tal determinación astral presupone que existe una estrecha sinergia entre las diferentes actividades humanas (fisiológica, psíquica, social, afectiva, intelectual...) que serán, de alguna manera, “calcadas” sobre un mismo plano.

Luego de oponerse a tal concepción de la realidad humana, la psicología se vuelve hacia un punto de vista sintético, que corrobora esta manera de ver. Con el psicoanálisis, al menos, el hombre se convierte en una realidad viviente. Antes, sin duda, se concebía una correspondencia entre los hechos psíquicos y los fisiológicos correspondientes. Pero hoy dicha unidad viviente del individuo se expande desmesuradamente; no sólo el hombre físico y el hombre moral, sino también el hombre social no son sino aspectos: la noción de *una unidad de la vida que se expresa paralelamente sobre los diferentes planos de la existencia* —postulado indispensable de la astrología— sigue su camino, aun más allá de la psicología. Louis de Broglie así lo testimonia cuando evoca “la unidad de los fenómenos que designamos con la ayuda de los adjetivos «psico-químicos», «biológicos» o aún «psíquicos».

Pero si el planeta es representativo de una base tan grande, debemos atenernos al hecho de que de él se derivan los efectos más diversos en el orden de las manifestaciones vitales.

La complejidad existe aún en el mismo plano. Al observar los fenómenos fisiológicos, vemos, por ejemplo, que el mismo agente patógeno —el estreptococo— da, según el terreno en el que se desarrolla y las modalidades de su infiltración en el organismo, enfermedades tan diferentes como la otitis, la pleuresía, la meningitis, la erisipela, la fiebre puerperal... Igualmente, en el área psicopatológica, comprobamos que la inhibición, según los terrenos psíquicos donde se ejerce, engendra problemas tan diversos como la histeria, la angustia, la fobia, la obsesión, la impotencia. . . Preparémosnos para ver la fuerza energética del planeta deslizarse en todas las direcciones posibles.

En su *Meta psicología*, Freud se abocó al estudio del destino reservado a las pulsiones sexuales (pero sabemos que lo “sexual” de Freud desborda en mucho la esfera precisa de la simple genitalidad) en el curso de su desarrollo. Demostró que la evolución de este instinto se efectúa en cuatro direcciones principales:

- 1) El retomo hacia su contrario (por ejemplo la transformación del amor en odio, el paisaje de la actividad a la pasividad, o el del sadismo al masoquismo);
- 2) El retorno contra el sujeto mismo (por ejemplo: el “voyeurista” que se transforma en exhibicionista);
- 3) La inhibición;
- 4) La sublimación.

La evolución en una de estas cuatro direcciones depende esencialmente de la influencia que sufre el instinto de las tres grandes polaridades que gobiernan la vida psíquica: polaridad biológica de actividad-pasividad, polaridad real del Yo-mundo exterior, y polaridad económica del placer-dolor. Freud califica de “metapsicológica” a una exposición en la que logremos descubrir un proceso psíquico según sus relaciones dinámicas, tópicas y económicas”.(1)

Si nosotros queremos seguir las diferentes canalizaciones de las corrientes planetarias, tenemos que adoptar el mismo plan.

(1) S. Freud, *Metapsicología*, N.H.F., 1940

En la base del estudio de estas operaciones diferenciadoras se desprende la noción de la *plasticidad* de la tendencia.

Una tendencia no indica sino una dirección general de la conducta. Nosotros “tendemos” hacia ciertos tipos de acción, pero no estamos sujetos a formas de acción inmutables. Es este principio de la plasticidad de las tendencias que nos permite concebir una evolución de los instintos.

En su notable estudio sobre las tendencias, *L’Ame et l’Action* (2) Charles Baudoin precisa esta noción:

“Cuando decimos que el carácter de un hombre ha cambiado, cuando comprobamos que no amamos más lo que amábamos, que tenemos gustos nuevos, nuevas inclinaciones, que una pasión surge o se extingue, expresamos en todo esto que las modificaciones han intervenido en las tendencias. Pero comprenderemos mejor los hechos si consideramos en el esquema de una tendencia —o de una acción— dos elementos. Una tendencia o una acción es un cierto comportamiento frente a un ser o a una cosa. Hay que considerar entonces, por una parte este comportamiento, y por la otra, el ser o la cosa sobre el cual se ejerce. La distinción ha sido hecha para el lenguaje, que es una fisiología espontánea en la cual podemos inspirarnos a menudo. La cosa o el ser sobre el cual se ejerce la conducta del sujeto es *el objeto* de su tendencia o de su acción; pero la frase —que es la expresión de una acción— no se compone sólo de un sujeto y de un objeto; ella contiene esencialmente un verbo, que expresa la conducta del sujeto frente al objeto. En el mismo sentido, nosotros podríamos hablar del *verbo* de una acción o de una tendencia”.

“Toda tendencia —explica más adelante— da prueba, en su ejercicio, de un mínimo de plasticidad. Esta es inevitable, ya que no existen en el mundo real dos objetos que sean absolutamente idénticos. Así, una tendencia buscará un tipo de objeto, pero los objetos reales con los cuales se satisface no coincidirán nunca entre ellos. “El lobo se come al cordero”, pero no existen dos corderos idénticos, ni estos se presentan al raptor en forma idéntica. Esta variación mínima en el objeto puede, hasta un cierto límite, pasar inadvertida; sin embargo, ella es el punto de partida de la plasticidad mayor que se manifestará el día en que, al no encontrar su objeto propio, la tendencia se acomode a otro objeto, que se parece en algo al objeto primero: el día en que la gallina adopte a los patitos, el día en que “a falta de pan, buenas son las tortas”. Ese día no habrá milagros; la naturaleza no ha “cambiado”; la tendencia sólo ha extendido un poco más que de costumbre su plasticidad natural; hablamos entonces de un *desplazamiento*. (3)

Este movimiento elemental de la tendencia está incluido de alguna manera en la sola disposición del elemento planetario. *Cada planeta representa una familia de tendencias que tienen la misma tonalidad afectiva, pero cuyas propiedades son susceptibles de aplicación a una pluralidad de situaciones y de expresiones sobre una vasta gama de estados dispuestos en una serie continua, desde lo patológico hasta lo sublime, pasando por todos los matices positivos y negativos de la normalidad.*

(2) Ch. Baudoin, *L’Ame et l’Action*, ed. du Mont-Blanc, 1944.

(3) *Ibid.*, p. 64-65.

Así; desde el momento en que consideramos al Sol como un símbolo de superioridad, de “voluntad de energía”, no debemos sorprendernos porque pueda representar situaciones tan diferentes (según el caso) como el vigor físico (fuerza atlética), la grandeza moral (aptitud intelectual, don artístico, calificación profesional. . .), la fuerza material (superioridad económica, fortuna), el prestigio social (proeza deportiva u otra, acto heroico, posición de jefe, de guía...) o la irradiación espiritual... Y esta forma puede tomar toda suerte de caracteres: egocentrismo, tiranía, orgullo, generosidad, magnanimidad, nobleza... El anillo mercuriano es bastante grande en lo que se refiere al principio del intercambio, pues incluye al comerciante que se pone al nivel material y al intelectual dedicado a la manifestación puramente mental. Júpiter abarca un horizonte vasto, desde el gastrónomo hasta cierto tipo de eclesiástico, pasando por el financista y el juez de paz. En cuanto a Neptuno, sus valores de exceso tienen lugar en la perversidad así como en la santidad, en la locura así como en el genio. . . La plasticidad de la tendencia, en lo que ella tiene de fundamental y tal como la presentamos aquí en el proceso de *desplazamiento*, se efectúa en el seno mismo de la unidad planetaria.

Pero puede intervenir otra forma de desplazamiento. Las variaciones del objeto acarrear modificaciones del juego de la tendencia. Un objeto diferente llama a una acción diferente, y un cambio demasiado radical del objeto termina por provocar una conducta totalmente nueva, un cambio del verbo mismo.

“Sin embargo —dice Boudoin—, la historia detallada de esta transformación, y ciertas semejanzas que subsisten en el comportamiento de las dos acciones no nos dejan ninguna duda: es la primera acción que se ha transformado en una nueva, cuya continuidad es comprensible. A decir verdad, se ha convertido en comprensible sobre todo después que el psicoanálisis nos permite escudriñar las reacciones inconscientes. Entre dos comportamientos concientes bastante distantes el uno del otro, podemos así descubrir una serie de intermediarios inconscientes que trazan la línea del uno al otro, Y esas líneas son, a veces, tanto imprevistas como rigurosas”. -

Veamos este ejemplo:

“Cuándo el cazador de caza mayor se transforma, por las circunstancias, en cazador de perdices, su tendencia se ha desplazado al nivel del objeto. Pero si nuevas circunstancias (edad, matrimonio o salud) le impiden su actividad favorita, lo veremos convertirse en coleccionista de piezas de caza, de viejos libros de montería y, más tarde, en un bibliófilo (pero él dirá que ‘caza libros’) podremos tener por seguro que se ha producido esta vez un desplazamiento no sólo a nivel del objeto sino también a nivel del verbo; en lugar de *cazar animales colecciona libros*. En el primer caso, diremos que el *potencial se ha desplazado sobre un objeto nuevo* (o, según la terminología psicológica, que ha *invertido* un objeto nuevo); en el segundo caso diremos (ya que una tendencia está caracterizada esencialmente por su verbo) que *el potencial se ha desplazado de una tendencia a la otra*”. (4)

Desplazamiento sobre el plano del objeto, desplazamiento por destigamiento sobre el plano del verbo: toda esta plasticidad está contenida en el interior mismo del sistema del planeta.

Tomemos un astro: Marte. Lo vemos en conexión con una serie de objetos a la vez: los enemigos, los rivales, los colegas... y con una serie de verbos: destruir, odiar, reivindicar, rivalizar, imitar por emulación... Estos objetos, así como los verbos, constituyen las notas de un mismo teclado; asimismo, el “pasaje” puede efectuarse de un objeto al otro, o de un verbo al otro, aunque la posición particular del astro pueda fijar de manera preferencial en la serie:

atracción hacia un cierto objeto, disposición por tal verbo. No obstante, es permisible, o eventualmente-posible, “deslizarse” a lo largo de esta serie.

De todas maneras, estos desplazamientos tienen más fuerza en el cuadro del complejo. Pues, en lugar de jugar sobre el teclado a pesar de todo limitado del mismo astro, se producen en el interior del aspecto planetario mismo que hace intervenir un par de tendencias diferentes.

Podemos ilustrar esto por medio del caso de un amigo nacido en Nièvre, el 29 de setiembre de 1914, a las 2 lis. 30 mm., con una conjunción Mercurio-Marte en Escorpio en Casa III. Esta configuración pone en contacto la tendencia mercuriana de movilidad, de habilidad, de espíritu, de inteligencia, y la tendencia Marte-Escorpio, reveladora de un componente combativo, agresivo, destructivo, cuyo todo resulta en un espíritu agresivo, a la vez curioso, analítico, crítico, inclinado a estar “en contra”... En el curso de la vida vemos al sujeto volcarse a la acción política extremista apasionadamente; luego, se entrega con no menos fervor a las competencias deportivas, hasta llegar a ser árbitro; más tarde, se apasiona por la crítica literaria y, finalmente, se convierte en un bibliófilo avezado. En este caso, es fácil ver que el militante, el deportista, el crítico y el bibliófilo se inscriben en línea recta en la misma serie: expresan la misma tendencia de la conjunción Mercurio-Marte; detrás de las diferencias aparentes de estos personajes sucesivos y en parte simultáneos se discierne un tema común: la realización de la mentalidad agresiva del sujeto. A lo más, hay, entre el primer término y el último, entre el militante y el bibliófilo, un desplazamiento del potencial de los valores de la tendencia marciana a la tendencia mercuriana.

Hasta aquí hemos visto desplazamientos que se producen desde un término hacia otro término vecino, a través de diferencias del mismo tono; podemos hablar de un “deslizamiento” simple. Pero existen modificaciones más profundas de las tendencias, verdaderos vuelcos, que Baudoin designa con el nombre de *reversión*. Esta consiste en un trastorno radical del verbo; se trata de una sustitución del verbo *ser* por el verbo *tener*, y el verbo pasa de la voz activa a la pasiva.

“Un hecho particularmente típico es el de la reciprocidad, que pone en juego *parejas de tendencias* bien caracterizadas: en un caso, es la pareja formada por el papel de agresor y el de víctima (sadismo y masoquismo en el sentido freudiano); en el otro, es la pareja de las tendencias masculinas y femeninas. El conjunto de nuestras experiencias nos da la impresión de que la una o la otra de estas parejas de tendencias aparece, más o menos, detrás de la mayoría de las situaciones de reciprocidad entre lo activo y lo pasivo. Ciertas de estas situaciones son ya clásicas en psicoanálisis. Una es, precisamente, la asociación estrecha de las tendencias sádicas y las masoquistas, que uno se ha acostumbrado a ver balancearse entre sí- y sustituirse la una a la otra; aquél ama sufrir por otro quien, ante todo, ama hacer sufrir, y ha reprimido esta tendencia». (5) El mismo “juego de balanza” existe entre las tendencias activas y pasivas del grupo espectacular (ver-mostrarse); el instinto combativo tiene, también, como doble, al instinto de retirada.

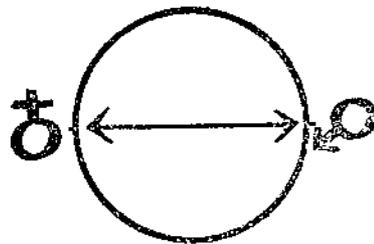
Tal fenómeno de reversión, que ha hecho intervenir una “pareja de tendencias” de polaridad diferente y opuesta, se presenta, en la situación astrológica, cuando hay un vínculo entre planetas de polaridad complementaria y opuesta: vínculo por cuartil o por oposición, que establece por naturaleza, ese “juego de la balanza” entre las tendencias. Vemos claramente cómo el lenguaje psicoanalítico permite transcribir directamente la situación psíquica en la situación astrológica, utilizando término por término.

Es así que el sado-masoquismo aparece en la disonancia entre Marte (tendencia activa, agresiva, sádica) o a veces Plutón, y Saturno (tendencia pasiva, inhibitoria, masoquista), en particular cuando un factor afectivo (Luna, Venus o Sol) participa en la disonancia. Veamos la constelación del Marqués de Sade (nacido el 2 de Junio de 1740) y la de Sader-Masoch (nacido el 29 de Enero de 1836). Ambos presentan una cuadratura Marte-Saturno. En Sade, Venus está en conjunción con Saturno en Cáncer (polo pasivo), al cuartil de Marte en Aries (polo activo); en Masoch, el Sol y Neptuno están en conjunción con Marte al comienzo de Acuario y en cuadratura con Saturno en Escorpio.

Una situación planetaria vecina se presenta en el fenómeno de la *ambivalencia*, donde la asociación de dos tendencias opuestas desemboca en una reversión del verbo, tal como se produce en los dramas pasionales donde el objeto de amor se convierte en el objeto de odio, y en las situaciones en que uno quema lo que había adorado y adora lo que había quemado... En la ambivalencia, las emociones tienden a estar ligadas a la tendencia hostil, como lo serían dos raíces de un mismo componente instintivo: el amor y el odio están tan cerca el uno del otro como el beso de la mordedura; ¿dónde comienza uno y termina el otro?

El ser ambivalente lleva en sí la misma representación de sentimientos contrarios; experimenta por la misma persona atracción y repulsión, ternura y hostilidad, admiración y desprecio; y experimenta, al extremo, la mezcla explosiva del amor y del odio... La mezcla es tal, que a veces es “la simpatía antipática, doble de la antipatía simpática” de Kierkegaard; el ser llega, a veces, a huir del que ama, a buscar a aquél que lo odia, tan compleja es su situación psíquica.

Hay un signo astrológico típico de la ambivalencia en el amor: es el cuartil o la oposición de Venus y Marte. Cuando este aspecto no es la expresión de una disociación de dos polos



del amor (el sujeto que ama sin desear y que desea sin amar; cuando la atracción física es tanto más fuerte que el objeto amado, no puede suscitar el afecto y la estima, y, por otra parte, cuando la ternura es tanto más profunda que el objeto amado no inspira la pasión carnal), y Venus simboliza el sentimiento tierno y Marte la atracción física, el deseo, el aspecto muestra la tensión de los contrarios polares: la atracción, la simpatía, el amor con Venus y, con Marte, la repulsión, la antipatía, la agresividad, el odio. Esta es la relación típica de la ambivalencia por simultaneidad o sucesión: el amor-odio de todos los días si no el amor puro al comienzo que desemboca finalmente en la aversión pura, en el odio irreductible... Es suficiente con mirar este esquema para sentirnos satisfechos: la ventaja de la astrología es que puede colocar la situación psicológica, de alguna manera, “en ecuación”. Nos da una topografía, un plano de la fachada.

El desplazamiento puede ser más o menos completo.

“Luego —dice Baudoin—, se conserva el objeto o el verbo anterior, y una parte solamente del potencial de la tendencia se desplaza sobre el objeto o el verbo nuevos. Luego, por el contrario, las posiciones anteriores son radicalmente abandonadas. En un caso, la tribu

coloniza; en el otro, emigra. En el primer caso hablamos de *derivación*, en el segundo de *traspaso*. Al artista le está permitido conocer a la mujer que es, por sobre todo, la inspiradora de su obra, pero puede ocurrir también que la obra tenga lugar verdaderamente en lugar del amor, que el arte sustituya a la vida, como sucede en ese cuento impresionante de Edgar Poe, en el que el modelo empalidece y muere a medida que sus colores se fijan sobre la tela y que el retrato cobra vida, es decir, en la medida en que- le toma *su vida*". (6)

Aquello que diferencia más a los dos grupos de aspectos que los Antiguos llamaban "benéficos" y "maléficos", es su modo de conectarse.

El aspecto -que consideramos armónico (trígono, sextil y derivados) introduce un vínculo entre los dos focos de vida que representan los planetas en aspecto, un vínculo de *continuidad*; las dos tendencias que representan se refuerzan, se enriquecen en un diálogo donde uno es el eco del otro; el pasaje es continuo y la red, por donde se puede pasar de uno a otro; está bien tendida. Es en el aspecto armónico donde se establece el fenómeno de derivación tal como lo describimos aquí.

Por el contrario, es en el aspecto considerado como disonante (oposición, cuadratura, etc.) donde se produce el traspaso, diferenciado aquí de la derivación.

Sin duda, el traspaso, considerado en el sentido de desplazamiento de un sentimiento a un objeto hacia otro asociado, "se efectúa en el seno del mismo símbolo". También pueden presentarse situaciones complejas; la fobia que manifiesta un individuo frente a animales inofensivos puede muy bien disimular una situación infantil de temor ante el padre; como consecuencia del traspaso hay entonces una sustitución del padre por los animales. Pero nosotros permaneceremos dentro de la simbólica solar.

Mientras que en el caso del cuento de Edgar Poe, podemos concebir dos tendencias: una es el amor, la vida, y la otra es el arte, la obra pictórica; allí se efectúa un *traspaso del potencial de la primera a la segunda tendencia*. Precisamente, no es inusual descubrir en ciertos artistas que presentan este fenómeno, un cuadrado de Venus (asimilable a un plano de la realidad) a la Luna (asimilable a un plano del sueño).

En este aspecto disonante, sobretodo en la cuadratura (pero también, en gran medida, en la oposición), las dos tendencias actúan en relación, como una pareja indisoluble, pero excluyéndose.

En lugar de una prolongación, hay una ruptura de nivel: es un deseo anulado por un deseo contrario o incompatible. Puede manifestarse un "juego de balanza"; ya sea lo uno o lo otro, pero jamás ambos simultáneamente, excepto cuando ocurra algo' extraordinario. Hay allí una escisión en el seno de la personalidad, y es por eso que el potencial, en lugar de hacer el puente, "salta" a una u otra de las dos tendencias.

En el aspecto armónico, el sujeto se adapta a la vida; evoluciona espontáneamente sin problemas y se desarrolla naturalmente. No ocurre así con el aspecto disonante, que es la expresión de un conflicto: en la oposición los dos planetas se enfrentan, y en la cuadratura están en ángulo recto, es decir, en dos planos diferentes.

Por lo tanto, los astrólogos no consideran estos aspectos disonantes como necesariamente negativos. La cuadratura, en especial, se les aparece como una palanca que les permite evasiones, ya sea por encima o por debajo del nivel de la vida ordinaria: es la inadaptación por retraso o por exceso. En la cuadratura, el torrente de la libido se sale de su cauce: si el ser descende, es la perversión o la neurosis; si se eleva, es la sublimación. La cuadratura es la fuente de los desequilibrios más profundos así como de las grandes creaciones humanas.

(6) *ibid.*, p. 67.

No nos sorprende, ahora, que los estados mórbidos y las disposiciones superiores sean el resultado de la misma fuente o del mismo proceso conflictivo; sabemos que la inadaptación que trae consigo el conflicto favorece la toma de conciencia, de suerte que si ella es una fuente de mal es también un factor de progreso (mientras que bajo el régimen del aspecto armónico, el bienestar es fuente de facilidad y de abandono de sí mismo, y, finalmente, de sueño). El psicoanálisis no enseña que la *neurosis* y la *perversión* proceden de un mismo origen instintivo, y que la sublimación es el desvío de esta misma facultad instintiva hacia fines superiores. También nos enseña que el instinto que se transforma y evoluciona es, sobre todo, un instinto que ha sido contrarrestado, que ha retrocedido; la pulsión, detenida por la barrera de retroceso, en lugar de seguir su curso natural, alimenta nuevos intereses.

El retroceso aparece cuando una tendencia instintiva, generalmente impulsiva o más o menos perversa, choca con una fuerza represiva de origen didáctico y de naturaleza moral (es el caso de la disonancia de un planeta con el -Sol, Saturno o Urano). La personalidad busca rechazar, mantener fuera de la conciencia al deseo que perturba su adaptación a la realidad y las relaciones con el medio ambiente. La carga afectiva del deseo que ha retrocedido busca, así, una vía derivada para liberarse. Estos sentimientos y deseos reprimidos, no pudiendo manifestarse verdaderamente, se crean un escape por caminos desviados, bajo apariencias creadas para manifestar el cambio en lo que atañe a su verdadera naturaleza.

Es así, particularmente, como se producen los síntomas neuróticos, verdaderas satisfacciones disfrazadas de la impulsión perversa. Sabemos que la teoría freudiana de las neurosis por el conflicto de instancias psíquicas contrarias fue magistralmente confirmada por Pavlov y su escuela, quienes lograron con éxito realizar en los perros verdaderas “neurosis sentimentales” al provocar el encuentro de “dos procesos psíquicos antagónicos: excitación e inhibición” (experiencias de Jerofura, de Pavlov-Schengen-Krestovsky...). Freud descubrió que los síntomas tenían por fin ya procurar una satisfacción instintiva o preservar al ser de ella. Es por ejemplo, el carácter positivo, en el sentido de la satisfacción, el que predomina en la histeria, en tanto que en la neurosis obsesiva, es el carácter negativo de orden ascético. . Para resolver el conflicto de sus instintos, el histérico descubre un compromiso que expresa a la vez dos términos de la oposición que lo divide, en tanto que el obsesivo los satisface uno después de otro, al evocarlos sucesivamente; para el primero la neurosis es la expresión de un *modus, vivendi* entre las dos tendencias, y para el segundo, es la expresión de la victoria de una de las partes interesadas. Freud definió estas soluciones en términos imposibles de traducir en lenguaje astrológico: “si los síntomas pueden servir ya sea a la satisfacción sexual o a su contrario, este doble destino o esta bipolaridad puede explicarse muy bien por medio del resorte de sus mecanismos (...) Son, especialmente (...) efectos de compromiso, resultantes de la interferencia de dos *respuestas opuestas* (astrológicamente en oposición, o en cuadratura), y expresan tanto lo que ha retrocedido como lo que ha sido causa de su retroceso y ha contribuido a su producción. La sustitución puede hacerse en mayor beneficio de una de esas tendencias, En la histeria, las dos intenciones se expresan, con más frecuencia, mediante un solo y mismo síntoma, en la neurosis obsesiva, hay una separación entre las dos intenciones: el síntoma de dos tiempos está formado por dos acciones que se logran una luego de la otra y que se anulan recíprocamente. (7) Nosotros, los astrólogos, entendemos al menos este hecho, hasta ahora oscuro de la siguiente forma: el aspecto disonante tiene varias maneras de manifestarse según su naturaleza y oposición.

En cuanto a la *sublimación*, decimos que deriva también de un conflicto de tendencias. La neurosis y la perversión son el aspecto de la sublimación en un sentido negativo; el primero, pasivo, por supremacía de la inhibición, y el segundo, activo, por supremacía de la excitación; la sublimación es el aspecto positivo. Es así que hemos podido decir que la neurosis es una perversión que no tiene el coraje de llegar hasta el final en tanto que es una sublimación que ha fracasado. Freud ha bosquejado las contiendas que desencadenan en el inconsciente los resultados extremos, negativo y positivo, del mismo conflicto: “podríamos decir que una histeria es una obra de arte deformada; que una neurosis obsesiva es una religión formada y que una manía paranoica es un sistema filosófico deformado”. Vemos, así, el camino que lleva de la neurosis a la sublimación. Esta aparece como una derivación instintiva que satisface en un sentido intelectual, moral, estético y religioso; la pulsión es canalizada de acuerdo con los valores culturales del medio ambiente, y constituye un aporte constructivo de la sociedad para la sociedad. Por ejemplo, vemos con frecuencia que el artista -realiza en un poema, un cuadro, una estatua o una sinfonía, su tendencia afectiva más problemática y su tormento más profundo. En realidad la perversión, la neurosis y la sublimación son los tres dedos de una misma mano, las tres resultantes del mismo conflicto psíquico, los tres productos de la misma constelación. Por otra parte, no existen límites netos ni fronteras bien trazadas entre estas tres manifestaciones. La perversión tiene sus trucos y seducciones que pueden acercarla al comportamiento artístico; en cuanto a la neurosis, utiliza con frecuencia el escudo de la alta ética y se defiende, como dice el Dr. André Berge, “a la manera de esas aventureras que se hacen pasar por grandes damas y que se escandalizan si uno intenta poner en su lugar los títulos nobiliarios con que se adornan”.(8) Es por esto que no hay que sorprenderse, si en el mismo individuo, la mayoría de las veces, la misma impulsión instintiva produce a la vez perversión, neurosis y sublimación. El ejemplo que podemos tomar aquí es el de Baudelaire cuyo cuadrado de la Luna-Cáncer a conjunción Sol-Saturno-Acuario ha “dado” a la vez la bebida, la impotencia y la poesía. Pero debemos reconocer que la sublimación es el producto más raro, y que los conflictos interiores de los individuos se balancean con más frecuencia entre la perversión y la neurosis.

Para diferenciar las instancias psíquicas que se enfrentan en el individuo, el psicoanálisis utiliza una representación topológica de la personalidad muy útil; ha desprendido tres grandes “centrales” del psiquismo llamadas el *ello*, el *yo* y el *superyo*. Según una imagen del abate Paul Jury, el primero es a un automóvil lo que el segundo es al chofer y el tercero al código de la ruta.

El *ello* es la masa del ser inconsciente con la cual nace el niño; es el diablo en el cuerpo, esa marmita del diablo donde hierven, fermentan y explotan fuerzas oscuras: los instintos representan la zona inferior del psiquismo y la esfera nocturna de nuestros tropismos, de nuestras pulsiones instintivas, eróticas, agresivas... con todo lo que tienen de mejor y peor.

El *superyo* designa la distancia que todo a lo largo de la vida, perpetúa- las directivas morales y las defensas derivadas del adiestramiento y de la educación, y las restricciones sobre la actividad primaria del *ello*. Es una suerte de supervisor del psiquis no que exige renunciamentos instintivos; se comporta frente al yo como los padres(en particular, el padre) se comportarían frente al niño. André Berge lo compara a un gendarme útil a la sociedad pero que puede hacer tanto el mal como el bien, puesto que puede comportarse como un tirano frente al ciudadano honesto; y de hecho, es el principal artesano de las neurosis.

En cuanto al *yo*, órgano de coordinación entre las pulsiones primitivas. del *ello* y el mundo exterior, es el producto de una evolución mediante la cual el inconsciente se convierte en consciente.

Las conexiones entre estas tres instancias psíquicas son variables. El *yo* se alía con el *ello* cuando el ideal moral es débil a causa de la presión de la vida instintiva; también puede obedecer al superyo contra el *ello* cuando la conciencia moral es severa; el superyo puede aún movilizar contra el *yo* toda la energía salvaje del *ello*. El *yo* es, en suma, la paz interior entre el *ello* y el superyo que constituye el secreto del buen equilibrio psíquico.

En tanto que Freud se interesó, sobre todo, por las conexiones entre el *ello* y el superyo, los psicoanalistas posteriores se ocuparon exclusivamente del *yo*. Las funciones de éste se centran alrededor de la relación con la realidad, con la afirmación del juicio; este *yo*, mediador entre el *ello* y el mundo exterior, es el encargado de canalizar, de dirigir y utilizar la energía de los instintos conforme a las exigencias de la realidad, y deja de utilizar al superyo como aliado. Debe afrontar diferentes miedos: aquellos de los instintos, de la conciencia moral y de la realidad misma; y para afirmar su seguridad, que consiste en evitar el displacer, utiliza diferentes actos defensivos que son otras tantas actitudes caracteriológicas: la tendencia a negar lo real por medio de fantasmas, y a colocarse en el lugar de aquel que engendra el miedo. (9)

Al finalizar este estudio de la dinámica psíquica, podemos hacer un balance y una cosecha.

En primer lugar, el lenguaje que emplea el psicoanalista cuando desarma las estructuras psíquicas es el mismo que utiliza el astrólogo cuando descifra las constelaciones. Descompuesta en sus elementos, la situación psíquica se deja llevar a un juego de fuerzas donde se expresa la interferencia de las tendencias -que tienen su naturaleza propia y que luchan por sí mismas. El fenómeno humano se encuentra casi convertido en una fórmula astral: si hubiera que representar topográficamente las tendencias, habría que colocarlas sobre un círculo, alrededor de un punto central, lugar de la composición de las fuerzas; exactamente como se presenta la realidad cosmológica para el hombre con los desplazamientos, las distancias y los movimientos de los planetas alrededor del zodiaco..

La representación del hecho psíquico es tal que el psicólogo emplea cada vez con más frecuencia el término de “constelación psicológica”.

En el seno de esta constelación psíquica asistimos a una evolución de las tendencias en función de dos variables: y el verbo y O el objeto, acción y aplicación de la energía efectiva. Como consecuencia de la plasticidad y del desplazamiento de la tendencia circular de un verbo, de una acción a la otra, así como sustituye un objeto por otro. La tendencia “planetaria” se desliza de V1 a V2, a V3, a V4... y de O1 a O2, a O3, a O4. ...; sobre todas las series se despliega la misma fuerza.

El astrólogo no tiene una verdadera comprensión excepto sobre un plano estrictamente funcional: el verbo y su variabilidad posible. El objeto se le escapa, pues el arsenal de los objetos a los cuales puede aplicar la misma tendencia es ilimitado. El plano del verbo es sintético en relación al plano del objeto que es múltiple: es la forma plurivalente de la tendencia que se vuelve siempre hacia un contenido nuevo. Sabemos, en efecto, que la tendencia tiene una materia” que le es propia, pero que no tiene (o que no lo tiene sino rara vez) un objeto específico; tiene solamente un verbo bien definido. *Pero, ese verbo puede con jugarse de muchas maneras*; sin duda, hay preferencias por ciertos objetos, pero puede

adaptarse a otros objetos extraños, más o menos “en la nota”. Nuestro vocabulario debe ser siempre el de la *acción*; permanece más o menos indefinido en cuanto al lugar de esta acción.

(9) Anna Freud; *Le Moi et ses mécanismes de défense*, PUF, 1949.

Venus especifica esencialmente *el verbo amar*. En el nivel del verbo mismo, la experiencia amorosa es constante y está relativamente limitada como para hacerla reconocible, aun si su línea conductora interior va de la Venus de la calle a la Venus de Santa Teresa. Por el contrario este verbo amar es susceptible de ser conjugado con objetos asexuados, heteróclitos: un padre, un auto, la música, la danza, el juego...

Sabemos ahora de una manera más precisa que en este desplazamiento de la energía psíquica, ciertas líneas de fuerza, polarizadoras deben ser tomadas en consideración: actividad/pasividad, yo/mundo exterior...

No hay dificultad, es cierto, en descifrar un planeta que no tiene aspecto, pues se manifiesta siempre de un solo modo: la exteriorización simple de su tendencia natural, original que sigue el desplazamiento lineal ordinario. Asimismo, Marte aislado derrama siempre sobre la vida una corriente de agresividad continua.

No hay tampoco dificultades cuando el astro sólo presenta aspectos armónicos. Allí donde envía un trígono, se produce brevemente expansión de esa tendencia; es el impulso natural, feliz y sencillo, ofrecido por un concurso exterior de intereses extraños. Marte en trígono de Mercurio es el impulso agresivo que encuentra en las fuentes del espíritu sus mejores medios de expresión.

Pero en cuanto el planeta hace un aspecto disonante con un planeta de naturaleza contraria, se produce una diferente y compleja conducta. Si Marte está en cuadratura con el Sol, hay una perspectiva de “trastocamiento” de la agresividad en su contrario, o de una vuelta contra el sujeto (tema de la autoagresividad; inferioridad, falta de habilidad, imprudencia..., y, sobre todo, opera-clon, accidente, mutilación). El bloqueo de Marte por una disonancia Saturniana es bastante semejante si Saturno no hiciera regresar la agresividad a la edad de piedra. A partir de estas relaciones conflictivas, debemos buscar las soluciones posibles, el compromiso entre las dos tendencias o su alternado juego de balanza, la formación perversa, la reacción neurótica, la fórmula de sublimación...

Asimismo, el *hecho astrológico*, tomado en estado bruto como una ley de correspondencia convalidada por la estadística, es, en principio, la expresión de una dinámica realidad humana. Veremos ahora cómo se manifiesta al mismo tiempo bajo un aspecto simbólico.

EL SIMBOLISMO PSÍQUICO

No hay crítica que haya hecho reír tanto a los racionalistas como aquella relacionada con el carácter simbólico de la práctica astrológica, que quita valor a la adivinación y que asimila las adivinaciones menos honorables: la borra de café, la bola de cristal... El astrónomo Paul

Couderc no se ha andado con rodeos, Luego de haber adelantado que las cualidades ligadas a los planetas no son sino los atributos de los dioses del Partenón griego (sin preguntarse de donde vienen éstos), y que recibieron su influencia de la significación acordada a estos nombres, concluye, coherente consigo mismo: “Este simbolismo se parece al de las cartas de juego, y tiene el mismo valor: uno imprime un corazón sobre un pedazo de cartón y el cartón debe, entonces, esclarecernos los asuntos del corazón”. (1)

Debemos reconocer, al menos, que hasta comienzos de este siglo el astrólogo ignoraba sobre qué se basaba el simbolismo que utilizaba y a qué podía corresponder en el hombre; *estos* símbolos astrales se presentaban como clasificaciones convencionales sin fundamento humano: no existían sino en el macrocosmos. Diferentes disciplinas nuevas en este siglo han descubierto el simbolismo en el microcosmos y lo consideran, a partir de entonces, como una *realidad interior*, un elemento estructural de la vida, ya se trate del psicoanálisis, de la psicología infantil o de la astrología.

El día en que el psicoanálisis descubrió las condiciones en que se efectúa el desplazamiento de la energía, se dio un gran paso hacia adelante. Fue el momento en que percibió el simbolismo, que tiene tan importante lugar en la naturaleza psíquica del hombre.

Es en el estudio del sueño donde Freud descubrió este simbolismo. Se dio cuenta de que en el sueño, el afecto tiene la costumbre de desplazarse de su aspecto propio a un objeto asociado; el sentimiento de hostilidad hacia-el padre, por ejemplo, se descaiga en el sueño contra un sustituto de aquél: un profesor, un jefe, un rey. Comprobó, a continuación, que los trasposos que se manifiestan en la vida son análogos a esos desplazamientos afectivos en la esfera onírica.

Estos desplazamientos, no se efectúan por azar, sobre un objeto o cosa sino que siguen un cierto orden. Se producen sólo en el interior de *sistemas-estadios de asociaciones del sujeto*.

“Las sustituciones que condicionan el simbolismo no se producen por azar. Tomemos un objeto A (el padre) que ha sido reemplazado en un sueño por un objeto E (un animal). Antes que nada, hay que mostrar que no se trata de una sustitución pura y simple: los dos objetos han formado una condensación, una suerte de centauro; luego, en su conjunto, *el acento se desplaza* de un elemento a otro. El animal del sueño ha podido guardar ciertos trazos que recuerdan a un individuo: tiene la mirada del padre, su manera de mover el cuello... Así, los dos objetos se han fusionado íntimamente. Hay entre los dos conexiones sin duda muy estrechas”.(2)

La primera comprobación que haremos será la existencia de un *simbolismo universal*, es decir, *válido para todos los individuos*.

Si tomamos en un gran número de casos, los objetos que sirven de símbolos para el objeto padre, nos sorprenderemos por la repetición frecuente de un número relativamente restringido de objetos.

(1) Paul Couderc, *L'Astrologie*, coll., “Que sais-je?”, PUF., p. 56.

(2) Charles Bandoín, *L'Âme et l'Action*, p. 96.

“Podemos convenir en colocar esos objetos en una misma lista. Obtendremos así lo que he propuesto en llamar *un sistema simbólico*: en el caso particular, el sistema simbólico *padre*. Este sistema comprende, entre otros, los términos: padre, hermano, tío, padrino, patrón, jefe, soberano, Estado, Dios, autoridad, y, en otro sentido, la serie de los animales pujantes como el oso, el león, el águila, el caballo. Estos elementos se reencuentran en el sistema *padre en todos los sujetos*. En otro sistema, cada sujeto lo modifica, en lo que lo atañe, eligiendo elementos personales tomados de su experiencia individual, pero estrechamente asociados a los procedentes, y que no son más que una especificación: ¿será cierto profesor?, el perro de

guardia del granjero, Napoleón o Guillermo II, un médico, un vecino barbudo, etc. *Así sucede en todos los sistemas simbólicos. Están formados por una médula de objetos, idénticos en todo, alrededor de los cuales se agrupan, en cada uno, objetos individuales, injertados en los primeros*"(3)

Este descubrimiento del simbolismo constituye la contribución más esencial y original del psicoanálisis; es, asimismo, la piedra angular de este edificio. "Los críticos generosos nos aseguran que aceptarían nuestra tesis si nosotros renunciáramos a este malhadado simbolismo. ¡Ay! Está en la base de todo. Es tan poco arbitrario que es cuestión de comprobación, casi diría de estadística". (4)

Este simbolismo aparece como *un proceso psicológico fundamental, que se encuentra en la base de todas las manifestaciones psíquicas* y es la llave que permite descifrar los fenómenos humanos más profundos.

Un viejo refrán astrológico nos ha llevado a pensar que si el hombre es fina partícula infinitesimal del universo sometido a sus leyes, esto determinismo cósmico tiene sus raíces en el nivel inferior del psiquismo. Ya hemos visto que tendía, de esta manera, a estar en el nivel de las más fundamentales funciones psíquicas, las más primitivas, tales como el instinto y la asociación de ideas. Pero, *el simbolismo forma, también él, parte de los cimientos de la naturaleza humana.*

Sus orígenes se encuentran, en efecto, en las formas más humildes del pensamiento. El simbolismo aparece como la lengua "fundamental" de la vida psíquica inconsciente, de la afectividad, y está separado por milenios del verbalismo actual. Los modos de pensamiento simbólico son primitivos, tanto desde el punto de vista ontogénico, como filogénico, y representan una regresión hacia fases de evolución mental más antigua. Veamos, por ejemplo, lo que dice Ernest Jones, el eminente psicoanalista británico: "La tendencia del espíritu primitivo, tal como la observamos, en el niño, en el salvaje, en el espíritu, en los sueños, en la locura, y en otros productos de funcionamiento inconsciente, a identificar diferentes objetos y a fusionar diferentes ideas, a notar las semejanzas y no las diferencias, esta tendencia es universal, decimos, y característica, pero solamente aquellos que están familiarizados con el material que manejamos, podrán apreciar la colosal escala en la que ella se manifiesta. Tenemos la impresión de encontrarnos en presencia de uno de los atributos más fundamentales y más primitivos del espíritu". (5)

Rank y Sachs insisten igualmente en presentar al simbolismo como una regresión a un modo de pensamiento más primitivo: "El simbolismo aparece como un residuo inconsciente de medios primitivos que han dejado de usarse, de adaptación a la realidad, como una especie de depósito de la civilización del cual el adulto, en tanto que su energía de adaptación ha sufrido una disminución, o algún otro tipo de daño, tiene fáciles recursos para retirar sus

(3) *Ibid.*, p. 97.

(4) Chailles Baudoin, *L'Ame enfantine et la Psychanalyse*, ed. Delachaux et Niestle, 1942.

(5) Ernest Jones, *Traité théorique et pratique de Psychanalyse*, Payot, 1925,

viejos juguetes de uno, olvidados desde hace mucho tiempo. Aquello que las generaciones más avanzadas no consideran más que como un símbolo tuvo, en fases más primitivas de la evolución mental, un valor y una significación no menos reales" (6) En la teoría freudiana, puesta al servicio de la clínica, el simbolismo se presenta como la "lengua materna" del instinto; a los ojos de Freud, la simbolización constituye un "legado filogénico" y es el modo primitivo de la representación en el estadio del pensamiento prelógico. Piaget, así como Politzer, la consideran igualmente como la forma primitiva y espontánea del pensamiento,, pues es por intermedio del símbolo como tendencia espontánea, que se presenta la actitud

antropocéntrica del hombre. En efecto, es un proceso de menor esfuerzo. “En el origen la comprensión del mundo estaba basada sobre la consideración de los objetos como fuente de satisfacción o de amenaza, de suerte que los estímulos que provocan la misma reacción son concebidos como idénticos. Este hecho se ilustra (por ejemplo) por la actuación simbólica corriente entre “la partida” y “la muerte”. (7) La generalización de la expresión simbólica, en el nivel de las condiciones primitivas o inferiores de la vida humana hace que Levy-Strauss considere el inconsciente como «la ley de las estructuras simbólicas” todo aquello que mana de él obedece, en efecto, a procesos simbolizantes. Si se trata de grupos, lo comprobamos con el primer jefe en las sociedades primitivas. Desde las primeras manifestaciones del hombre notamos el uso del símbolo como modo de expresión natural. Por ejemplo, pensamos en las manos dibujadas sobre las paredes de las grutas prehistóricas, que se superponen a las imágenes del animal. Encontramos aquí el sistema más simple del símbolo: al superponer las imágenes, asocia dos ideas, de cuyo encuentro se desprende un cierto dinamismo. Al fijar así esta mano sobre el flanco de los animales, el deseo del cazador de apropiarse de sus presas coloca al pensamiento al servicio de una acción mágica, como si la asociación creada tuviera el poder de echar un maleficio a osos animales, de detenerlos en su salto. Si se trata del hombre, lo comprobamos más naturalmente en la infancia... Piaget ha demostrado cómo el comportamiento verbal de los niños: confirma directamente el uso continuo que hacen de las ecuaciones simbólicas. Lo comprobamos también, y sobre todo, en la neurosis y en la psicosis que constituyen un retorno del adulto) a la infancia, del ser civilizado a la edad primitiva. De suerte que para el psicoanalista, “el conocimiento del lenguaje simbólico tiene la misma importancia cuando se trata de comprender el *ello* que las fórmulas matemáticas cuando se trata de resolver ciertos problemas tipo”. (8) Y es gracias a la traducción de los símbolos que nosotros podemos develar los contenidos del inconsciente. El símbolo se expresa más directamente en el *homo faber* y en el animal. La estilización de los signos zodiacales: una espiga para Virgo, una urna inclinada para Acuario, un dardo para Escorpio...se parece al comportamiento de los chimpancés con los cuales se hicieron experiencias. “Unos de los monos queriendo reproducir la habitación en la cual estaba encerrado, dibujó el rasgo sobresaliente de la pieza: la ventana; otro, al querer representar a su guardián, se afanó en dibujar un ojo dominante moldeado en un tronco sin importancia” (9) ¿Cómo explicar mejor que la habitación es sobre todo la ventana por donde uno puede saltar y que el guardián es la mirada molesta que impide la fuga? Acción virtual u obstáculos a esta acción, el símbolo lleva en sí todo su sentido biológico y su dinamismo.

(6) Rank y Sachs, *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften*

(7)Gerald S. Blum, *Les théories psychanalytiques de la Personnalité*, PUF, 1955, p. 56.

(8) Anna Freud, *Le Moi et ses mécanismes de défense*, PUF, 1949.

(9) Dr. Fernand Mery, *Bêtes et gens devant l'amour*, p. 95.

Aquí, como en otras ocasiones, la escuela freudiana ha visto los fundamentos del hecho, y la escuela junguiana ha buscado ampliar los resultados. Con Silberer, se trata de un significado “anagógico” del simbolismo, es decir, de la doctrina mística, hermética o religiosa que se considera que el símbolo contiene. Este es, entonces, considerado como la expresión de una aspiración hacia un ideal moral superior, encontrándose este último en el símbolo y representado por él. El simbolismo es, de hecho, el vocabulario por el cual se expresa toda la vida afectiva, aún el sentimiento bajo sus formas superiores. Si es la manera de expresarse, involuntaria y automática, del hombre primitivo y del neurótico, del niño y del hombre que sueña, es también el lenguaje del amante y aquel del cual se sirve el hombre que

trabaja. En un extremo de la escala, el artista, el poeta y el místico, utilizan también el lenguaje analógico y liberan los símbolos de su inconsciente, los medios mejor adaptados al mensaje que quieten transmitir. Finalmente, una civilización logra su perfección cuando los grandes artistas del verbo, del pincel y de la piedra, llegan a fijar concretamente los símbolos más puros que responden mejor a la aspiración de su época y que sintetizan esa civilización. Desde los primeros balbuceos hasta las cimas de la condición humana, el simbolismo está allí, siempre presente. Hay, entonces, un acuerdo entre la base y la cima: cuando Charles Baudouin pide a sus pacientes -luego de asegurarse de antemano que ignoran el significado recibido- que se abandonen a sus asociaciones de ideas sobre el emblema chino tai-ghi-tou, todas las respuestas convergen en los mismos temas y las mismas reacciones, precisamente aquellas que los maestros del taoísmo han inscripto y resumido en ese símbolo. Según C. O. Jung y Mircea Eliade, el pensamiento simbólico es consustancial al ser humano. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad -los más profundos- y desafía a todo otro medio de conocimiento. Imágenes, símbolos y mitos no son creaciones irresponsables de la psiquis; responden a una necesidad y completan una función: poner al desnudo las más secretas modalidades del ser. Uno puede disfrazarlos, mutuarlos, degradarlos, pero jamás los extirpará, una mitología profusa que no huye jamás de la actualidad psíquica sobrevive en el subconsciente del hombre moderno; símbolos y mitos pueden cambiar de aspecto, pero su función permanece la misma, no es más que la de levantar las nuevas máscaras.

Si en la psicología moderna el simbolismo se ha convertido de pronto en un problema esencial del conocimiento del psiquismo humano, es que ha sido desde siempre la base de la astrología.

Desde Caldea, donde situamos su cuna hasta nuestros días, los astrólogos se esfuerzan por adaptar al juego restringido de los símbolos astronómicos todos los significados posibles relacionados con las circunstancias de la vida: las cualidades del cuerpo, del espíritu y del alma, las tendencias de la existencia, tanto las materiales como las espirituales, sentimentales y espirituales... De manera que no hay objeto; verbo o idea, sentimiento o suceso que no corresponda a un símbolo astral. Y toda esta síntesis se efectúa en virtud de la ley de analogía. En tanto que la técnica psicoanalítica procede por asociación de ideas, donde el simbolismo constituye el principal modo de asociación, las operaciones astrológicas se efectúan de manera semejante. Pero, basta aquí los astrólogos no han podido elucidar la noción de simbolismo; la ley de analogía se presenta como una relación que yuxtapone figuras, esquemas, o impresiones semejantes, sin preocuparse por el resto; esta ley permanece ligada al principio de la tradición hermética.

Por lo tanto, habría que elaborar todo un mundo, como lo incita a realizar la reflexión sobre la historia misma de la astrología. Su origen simbólico se adhiere a la mitología, verdadero evangelio astrológico. En épocas más lejanas, y hasta la civilización griega, la astrología se confunde con una mitología y con un culto astral, presentándose a la vez como una ciencia, una poesía y una religión. Los astrólogos, imbuidos de racionalismo, se sintieron molestos ante la acusación de fundar su "influencia" astral en fantasías mitológicas: son siempre los dioses del panteón griego los que hacen la ley en las operaciones astrológicas (Conderc, J. Porte *dixit*). La reacción corriente consiste en exigir al crítico que dé una prueba de que la mitología ha sido verdaderamente precedida por la astrología: después de todo, puede ser que la primera haya "plagiado" a la segunda, al hacer de Marte el dios de la guerra; hay una correspondencia establecida anteriormente que señala una relación entre el astro y las tendencias agresivas. Por lo tanto, a pesar de que esto sea difícil al comienzo, el conocimiento que nos da la antropología no nos lleva por este camino, Todo nos hace pensar, por el contrario, que, al preceder el sueño a la conciencia como la noche precede al día, la imaginación creadora de donde surgió el mito ha precedido al pensamiento razonado de donde ha surgido la astrología. Es sobre el fondo del inconsciente colectivo donde se han

tejido los primeros conocimientos, y la mitología ha debido, probablemente, ser la madre, la materia prima, la sustancia nutritiva de la astrología. Ella es, ya, un entañamiento astrológico. De la una a la otra tenemos la impresión de pasar de una cosmogonía a una cosmología, como desde la lujuria de los relatos a la fundamentalidad de los tipos. En todo caso, la una y la otra tienen una fuente creadora común y pareciera que el mismo espíritu ha concebido al mito y fecundado a la astrología. Lo mismo podemos decir de la religión. Los sociólogos estiman cada vez más que la creencia sideral es una fase primordial de la evolución general de las religiones, las que van en general del animismo y fetichismo a las formas superiores del culto. El llamado divino fue en buena hora proyectado al cielo hacia esos astros que allá, en otro universo, se mueven; también comprendemos que la observación del cielo se haya transformado en un servicio divino. Para los pioneros del cielo, los primeros babilónicos, el signo cuneiforme que designaba a Dios es una estrella, y en muchas lenguas el nombre Dios deriva de una raíz sánscrita común “div” que significa “esclarecer” o “brillar”. Si las imágenes de los dioses planetarios se han conservado sin modificaciones a través de milenios, es porque ellas son la expresión de fuerzas psíquicas y espirituales profundamente humanas y permanentes; tienen siempre resonancia en cada uno de nosotros. Los herméticos no han dejado nunca de declarar que las fuerzas planetarias divinizadas son, hablando con propiedad, nosotros mismos, son las imágenes primitivas de energías psíquicas que, en otros tiempos, el hombre ha proyectado al cielo.

El problema que plantea este origen tan misterioso de la astrología ha sido resuelto por sus adversarios, de la manera más simplista, sin saber en qué terreno se aventuraban. Una deleitable explicación nos ha venido no hace mucho de Claude Roy: “Los prisioneros en su celda escriben y dibujan sobre los muros. El cielo es la celda de la humanidad prisionera, que desde sus orígenes no ha dejado de cubrir el espacio con sus pueriles *graffitti*. Lo mismo que sobre el yeso de la pared, el prisionero reuniendo manchas y agujeros, configura un animal o una flor, así las constelaciones, sus estrellas, superficialmente ligadas por un trazo imaginario, tejen sobre la pared de la inmensidad las grandes patas imaginarias de la Osa Mayor, las pinzas del escorpión, los cuernos Aries, o el fiel de la balanza. El cielo es el pizarrón donde la clase infantil del planeta Tierra ha borroneado gentilhombres y bestias. Y luego, una noche, a puerta cenada, un alumno ha vuelto a la clase desierta para salir corriendo y gritando: ‘Había una gran Osa que quería comerme, y un arquero que me acribilló con sus flechas’. Los *graffitti* de la bóveda celeste habían tomado cuerpo. El hombre creía en sus criaturas, la astrología acababa de nacer”.(10)

La desgracia es que, parafraseando a Couderc, Claude Roy ha querido ilustrarnos su idea sobre el carácter agresivo atribuido a Marte: “No dudamos, pero nos preguntamos qué hubiera pasado si Marte en vez de haber sido visible y de haber sido bautizado hace muchos siglos con el nombre del dios romano de la guerra, no hubiera aparecido sino en los telescopios astrológicos modernos y se hubiera llamado como los dos satélites de la nebulosa de Andrómeda, M32 y N.G.C.205”.

(10) *Pourquoi je ne crois pas a l’Astrologie*, Arts, n° 75, del 30 de diciembre de 1959.

No podía haber elegido un ejemplo peor: Claude Roy descubrió poco tiempo después que entre los 3142 grandes jefes militares de Europa Occidental, ¿cerca de los cuales se ha estado hablando desde hace un siglo, el planeta Marte (no la nebulosa de Andrómeda) había “hecho de las suyas” en el momento de sus nacimientos, hasta el punto de dibujar para el conjunto una curva de distribución de sus particiones diurnas que ni el azar puro podía presentar más que una vez en un millón en la lotería de las cifras.

En el momento mismo en que creía enterrar a la astrología, esta nace más bella. ¿De dónde viene el misterio? Al creer en sus criaturas, ¿el hombre les habría conferido un poder

mágico? Al tomar cuerpo, ¿los *graffitti* de la bóveda celeste habrían adquirido un significado objetivo? ¿La clase infantil del planeta Tierra habría tenido la intuición de una correspondencia, más allá de las indagaciones racionales? Aquí también se plantea el misterioso problema de la dialéctica por el cual un significado se coloca bajo el significante que le corresponde. Lo que dice Claude Roy puede ser cierto; sólo que están también Marte y los militares; entonces, hay más en la mitología de lo que los racionalistas quieren poner en ella, siendo algo más que el fruto simple de la fantasía imaginativa de un escolar perezoso o de un romancero...

El conocimiento de los procesos del inconsciente ha revolucionado el estudio de la psicología de los primitivos, del folklore, de la mitología y de la historia comparada de las religiones, nos abre horizontes en la dialéctica por medio de la cual el significado se coloca bajo el significante correspondiente. “El hombre primitivo no elegía a sus dioses consciente o deliberadamente; esto se hacía de modo diferente. La volición parecía estar en el símbolo que se imponía a la conciencia del hombre. Ejercía sobre él una fascinación, *manna*, exigía la atención y el culto. No podía ser olvidado o suprimido, estaba dotado de un poder particular que obligaba al hombre a tener una cierta actitud frente a él. La historia de las religiones es la historia del poder de estos símbolos. Sabemos ahora que ese poder viene del inconsciente y que allí está el secreto de la fascinación que ejercía sobre los seres humanos”.(11) Un ejemplo nos mostrará que la acción mitológica no se efectuaba por azar, sino que obedecía a una ley humana precisa:

“El símbolo que más que ningún otro se ha mantenido a través de los siglos como el símbolo de la mujer, no en lo que ella tiene de común con el hombre, *homo sapiens*, sino en lo que la distingue, el elemento femenino por oposición al elemento masculino, es la luna. En la poesía, tanto la moderna como la clásica y desde tiempos inmemoriales, tanto en los mitos como en las leyendas, la luna ha representado la divinidad de la mujer, el principio femenino, así como el sol y sus héroes simbolizaron el principio masculino. Para los hombres primitivos, así como para los poetas de hoy, el sol es masculino y la luna, femenina. A través de los siglos hemos considerado que había entre la luna y las mujeres (por su influencia fertilizante en tanto que divinidad) un vínculo particular. Es ella la que les permitía poner a sus hijos en el mundo, la que velaba sobre ellas. Esta creencia se ha discutido mucho. Se encuentra entre los indios de América del Norte y del Sur, entre las tribus de África, y de la Polinesia, entre los pueblos aborígenes del Asia y los más primitivos de Groenlandia. Los campesinos de Europa tienen leyendas similares que aparecen en casi todos los cuentos populares; en tanto que los pueblos de la India, China, Mongolia, Arabia, Asia, Siria, Grecia, Roma. antigua> los celtas del norte de Europa han incorporado esta creencia sobre la luna en el corazón mismo de su estructura religiosa” (12)

(11) Dr. E. Harding; *Les Mysteres de la Femme* Payot, 1953, p. 74.

(12) *Ibid.*, ps. 30-31

Ante estas leyendas un mito con orígenes tan poco comunes -percibidos por pueblos tan diversos- pero que se asemejan sorprendentemente al punto de fundar un simbolismo universal de un mismo tono, la única explicación posible es que esta mitología representa una necesidad psicológica surgida de los trasfondos del alma colectiva (inconsciente colectivo), la imagen arcaica del mito ha sido “proyectada” sobre el cosmos bajo la apariencia de una entidad divinizada. En el siglo pasado, no veíamos la mitología sino bajo el aspecto de una representación de los fenómenos naturales. Ahora sabemos que su contenido es a la vez más profundo y más vasto: es una de las creaciones más antiguas, más primitivas, de la imaginación popular que llega hasta la prehistoria de la raza, Los mitos son, ante todo, la

expresión de sentimientos vividos por los pueblos, la proyección de elementos inmutables de sus deseos en el momento del nacimiento, los acontecimientos y las aventuras de héroes y de dioses. “El mito es un sueño colectivo del pueblo”, dice Rank, en tanto que Jung precisa: “La mitología astral no es más que la proyección en el ciclo de la psicología inconsciente”. Si estas imágenes arcaicas pertenecen indudablemente a los mitos, a las leyendas, a los cuentos, a las religiones, si ellas pueblan la imaginación del hombre despierto así como la del durmiente, es que han habitado siempre el inconsciente de la humanidad. De hecho, las imágenes mitológicas están aún vivas en nosotros, en las capas profundas de la psiquis que Jung asimila al inconsciente colectivo. La pasión de Júpiter que destrona a su padre Kronos —dice Allendy— es un mito que habita en el alma de cada uno, y que Freud ha redescubierto al bautizarlo como “complejo de Edipo”. Los psicoanalistas se han sorprendido por la increíble implicancia de los conflictos infantiles en los grandes temas mitológicos; a cada instante la imaginación infantil recrea los mitos ancestrales, y todo sucede como si los elementos de los símbolos colectivos, al superponerse sobre los elementos de una asociación individual, tuvieran la necesidad de revivir en la experiencia de cada ser humano. Encontramos aquí la noción jungueana de *arquetipo*, estas imágenes primordiales, esta “predisposición del espíritu a considerar una situación desde la Impresión inconsciente dejada por millones de situaciones semejantes, vividas ancestralmente”.

Al fin de cuentas, no estamos lejos de reencontrar en el símbolo la última realidad. Pitágoras veía el simbolismo de los números detrás de la forma aprehendida por nuestros sentidos, un poco como la ciencia moderna vacía la sustancia sensible de la realidad con sus fórmulas abstractas, que no tienen ningún lazo con nuestro mundo cotidiano. El símbolo termina por convertirse en rey para la psicología que se dice más objetiva (la reflexología). Según ésta, un excitante condicionado en el hombre comunica su poder a sus equivalentes simbólicos, especialmente a los verbales. Inversamente, el reflejo condicionado se establece con la ayuda de un símbolo, la cosa simbolizada adquiere la misma eficacia que aquél. En cuanto a las reacciones humanas, son de una gran complejidad e involucran una variabilidad de respuestas que, así como el excitante, pueden ser simbólicas y forman conjuntos organizados. Además, la realidad profunda de la naturaleza simbólica de la psiquis está admirablemente confirmada por la terapéutica psicoanalítica que consiste en revivir situaciones de la primera infancia que han tenido una acción traumatizante. Para obtener la cura de los problemas psíquicos que éstas han tenido como consecuencia, el psicoanálisis no considera necesario reencontrar la misma situación o volver a pasar por la misma escena traumática, sino sólo revivir una situación *análoga* más actual pero idéntica a la primera, así como sufrir, de alguna manera, una experiencia *simbólica*. El símbolo no es exterior al pensamiento, sino que se aúna a él. Por su intermedio se efectúa el proceso de la reintegración psíquica. “Toda la terapéutica psicoanalítica reposa sobre este postulado,

verificado por la cura: el desacondicionamiento puede hacerse gracias a los símbolos o en situaciones que no recuerdan más que simbólicamente a aquellas que han desembocado en la formación de un síntoma” (13)

El símbolo formará un vínculo de continuidad entre las experiencias sucesivas análogas, y constituirá *la unidad afectiva de la realidad*, Sólo la forma varía, pero la forma, en todo caso, no es lo esencial, no es más que una manifestación fenomenológica detrás de aquello que permanece: el símbolo.

Después de todo lo que acabamos de decir, la mitología se justifica plenamente en tanto que es la tase simbólica de la astrología. Sería pueril rechazarla porque no está del todo de

acuerdo con el gusto “científico” de nuestra época. Debemos considerarla como una revelación anímica del conocimiento que estudiamos. Para los Antiguos, los afectos se encarnaban en la piel de un personaje, el “enamoramiento a primera vista” aparecía con los trazos del dios Eros. Así como la personalidad divina que animaba el planeta Marte, gustaba también de los combates y se complacía con la vista de la sangre, el astro estaba cargado con la representación de los instintos agresivos. Estos elementos primitivos de la mitología concuerdan con la observación experimental. No se trata, por cierto, de permanecer en ellos, pero un regreso al mito, a ese estado naciente, que es el estado de vigor psíquico, contribuye plenamente a fundar una astrología racional.

Ciertamente, la mitología astral no podía pretender poseer la objetividad astronómica; no se trataba de percibir el objeto celeste por sí mismo, más bien de obtener a través de él la visión de uno mismo. Por el mito, el hombre interpretaba la naturaleza según su propia naturaleza. Cuando Coudere evoca la arbitrariedad del corte, de la composición y de la designación de los signos y de las constelaciones, “podríamos sustituir a Virgo por una ballesta un despertador sin que la convención sea mayor”, dice una verdad astronómica, pero pierde de vista el sujeto al pasar al lado del problema. Pues los psicólogos afirman que los mitos no han sido leídos en el cielo para descender de allí; inversamente, han partido del corazón del hombre para poblar la bóveda celeste; y, partiendo de allí, los signos y las constelaciones significan, antes que nada, *para* el hombre, y testimonian *acerca* de su naturaleza. De manera que sí es Virgo quien ha sido “visto” y no una ballesta. o un despertador, en razón de un imperativo que excluye la arbitrariedad, de una selección profunda que tiene su lógica. Gastón Bachelard ha obtenido espiritualmente de esta proyección una lección: “Sobre esta inmensa tela de la noche cerúlea la fantasía matemática ha diagramado planos. Estas constelaciones, son todas falsas, deliciosamente falsas! Unen en una misma figura astros: totalmente extraños. Entre los puntos reales, entre las estrellas aisladas como diamantes solitarios, el sueño de la constelación traza líneas imaginadas. En un punteado reducido al mínimo, ese gran maestro de la pintura abstracta que es el sueño, ve todos los animales del zodiaco. El *homo faber* —perezoso constructor de carretas— pone en el cielo el carro sin la rueda. El campesino que sueña con sus cosechas levanta una simple espiga dorada. Ante semejante exhuberancia de las fuerzas de la imaginación proyectiva, la siguiente definición lógica de un diccionario resulta realmente divertida: Constelación: conjunto de un cierto número de-estrellas fijas al cual, para ayudar a la memoria, hemos superpuesto una figura, ya sea de hombre o de animal o de planta, y dado un nombre para distinguirlos de los otros conjuntos de la misma especie (Beseherelle)”. Nombrar las estrellas para “ayudar a la memoria”. Qué falta de conocimiento de las fuerzas hablantes del sueño! Qué ignorancia de los principios de la proyección imaginaria, de la fantasía! El Zodiaco es el test de Rorschach de la humanidad infantil”.(14)

(13) Dr. J. Boutonier, *L'Angoisse*, PUF.

(14) Gastón Bachelard, *El Aire y los Sueños*.

Precisamente, si la astronomía mitológica es simplemente infantil, no podríamos decir lo mismo de la psicología mitológica. Esta es un testimonio precioso de lo que el hombre podía, inconscientemente, llevar en él, y este interés le concierne asimismo al psicólogo que rechaza todo crédito para la astrología. En ese test de Rorschach de la humanidad que es el zodiaco, el hombre se ha dado por entero con la sinceridad, la superficialidad y la pureza del niño. Veremos más adelante que, especialmente en el caso de ciertos signos zodiacales, la constelación de los trazos caracterológicos que les han sido atribuidos, recobra con una precisión excelente el registro psicológico de los tipos descubiertos por el psicoanálisis...

Pero lo que resulta más perturbador es que esta psicología mitológica no es más que un

simple tapiz del firmamento bordado con mil y un secretos de la naturaleza humana: tan precaria como sea la astronomía mitológica le hace un eco a esta psicología mitológica; en otras palabras los astros realmente explican!. Estos astros testimonian que existe una correspondencia *objetiva* entre la tendencia del sujeto que ha sido proyectada y el objeto sobre cual esta tendencia se ha posado...

¿Qué mecanismo ha ajustado esta “proyección” al punto de que la psiquis colectiva haya *reencontrado* el objeto exterior que simboliza auténticamente la tendencia proyectada? ¿Mediante qué radar, o por la virtud de qué antena el hombre microcosmos se ha reconocido en el universo macrocosmos?. De lo contrario, ¿qué azar ha querido que sea Marte, y no Júpiter o Venus quien lleve el nombre del dios de la guerra? La explicación que proponía Képler en el cuarto libro de su *Harmonice Mundi* no ha pasado de moda cuando declara que la influencia astral tiene su origen en la preexistencia de una relación de armonía entre los fenómenos exteriores, la facultad psíquica que los recibe y el alma; esta última reconocía las relaciones armónicas existentes entre los objetos del mundo exterior por comparación con un cierto arquetipo de armonía que reside en ella. Empíricamente, esto se une a la comprobación de un hecho: el de la elección del instinto profundo, el de convivencia con el mundo, que guía a tal mariposa a través de tantos kilómetros para unirse a la hembra de su elección, que hace que Tristán se reencuentre con Isolda, que empuja al castrado masoquista a tirarse en los brazos de una amante religiosa, o a una futura víctima a someterse a aquel que será su verdugo... Lo más sorprendente de todo esto, no es sólo que la atribución mitológica “conviene” a los planetas del viejo sistema conocido por los antiguos, sino que esto sea también aplicable a los planetas *nuevos* desconocidos para aquellos, sucediendo todo como si la mitología hubiera tenido su Mendeleiev en astrología. En efecto, los dioses Neptuno y Plutón (tenemos menos precisiones para Urano) explican perfectamente, sin necesidad de esfuerzo alguno, el simbolismo de los planetas que llevan esos nombres. El “bautismo” de un planeta desbarata los cálculos racionales. Se sabe que Leverrier quiso dar su nombre al planeta que sus cálculos contribuyeron a descubrir. Como consecuencia de un sueño (que creyó que realmente había ocurrido el día anterior) en el cual un sabio proponía darle al planeta el nombre de Neptuno (en el sueño esto enfureció a Leverrier), él mismo al despertarse y contar su sueño, dijo por primera vez el nombre Neptuno. Este nombre fue conservado a pesar de los fallidos intentos de Leverrier por imponer el suyo.

Luego de este resumen podremos reducir el campo semántico del simbolismo tal como se presenta en la práctica de la psicología moderna y de la astrología antigua.

Para la astrología también existe un simbolismo universal; el símbolo tiene la función del signo y el jeroglífico o la imagen significativa frente al significado, que es la experiencia íntima del hombre. En términos tradicionales, lo designamos como *significador universal*. Vemos aquí, que el planeta representa un contenido de propiedades intrínsecas cuya significación es invariable y válida para todos los individuos. *Cada planeta simboliza —en si— lo mismo para cada uno*. Sólo varían a cada instante las propiedades extrínsecas ligadas a la posición siempre renovada del astro en el espacio.

Estos significadores universales corresponden a *sistemas simbólicos* que se superponen estrechamente a aquellos descubiertos por el psicoanálisis.

Así, el sistema simbólico *padre* del que habla Baudouin y que hemos presentado al comienzo de este capítulo, responde en todos sus puntos al *simbolismo solar* más tradicional. Hemos visto que los otros términos de ese sistema estaban en todos los sujetos: el hermano, el tío, el padrino, el patrón, el jefe, el soberano, el Estado, Dios, la autoridad, los animales mayores. En nuestro sistema de correspondencia el Sol representa, de una manera universal, al padre, el hermano (mayor), el iniciador, el esposo, el patrón, el jefe, el Estado, el Rey; en una palabra, los atributos masculinos de la autoridad, así como los animales “reales”, ya sean

reyes de las montañas, de la jungla, de las cismas, o de los fosos...

Tenemos aquí realmente, la médula de objetos (solares) idénticos en todo”.

Naturalmente, para cada uno de nosotros, el Sol ocupa una posición particular en el momento de nuestro nacimiento. Las propiedades extrínsecas que se desprenden, explican por qué, astrológicamente, alrededor de esta médula invariable, los elementos impersonales constituidos por el símbolo específico del astro diurno se agrupan en cada uno de los objetos individuales que, por provenir de la experiencia personal, no están menos estrictamente determinados. Así, entre estos personajes solares, será con más frecuencia el hermano mayor o el profesor, si el Sol está en el sector III, el médico si está en el VI, el Presidente o el Gobernador si está en aspecto con Júpiter, un militar si aspecta a Marte; y, entre los animales, un caballo si el sol aspecta a Júpiter, un oso si está relacionado con Saturno.

Otro sistema simbólico del psicoanálisis es el de la *madre* comprende, entre otros términos, la hermana, la prima, la sirvienta, la esposa, la reina... Son, precisamente, los personajes ubicados en la categoría del mismo principio: *la luna*.

El sistema simbólico psíquico —al cual, como acabamos de ver, le corresponde el simbolismo planetario— es un sistema de asociación estable cuyos términos, en virtud del desplazamiento o del proceso de traspaso, pueden ser representados y reemplazados los unos por los otros. En los sueños, así como en la vida real, vemos que la energía afectiva se mueve dentro de su estrecho sistema simbólico entre los elementos diferentes que la componen. Estos son equivalentes entre sí con respecto a la efectividad y por esto, son intercambiables, es decir, capaces de sustituirse los unos a los otros en la psiquis. Esto puede ser concebido astrológicamente puesto que los elementos *diferentes* del mismo simbolismo están representados por el mismo factor, como si estuvieran fundados en la unidad del símbolo.

Los psicoanalistas tienen una cierta dificultad para designar estos sistemas. El término básico (como “el padre” en el sistema que acabamos de ver correspondiendo al Sol), está sujeto a discusión. En este aspecto, se presentan problemas terminológicos; pero es de dejar que logremos descubrir la expresión más sintética que englobe todos los términos que respondan al espíritu del sistema.

Existen otros sistemas simbólicos psíquicos, pero no han sido tomados en cuenta en su totalidad. En tanto que los sistemas Padre y Madre (Sol y Luna) reposan en el plano de los objetos, hay otros que se definen mejor en el plano del verbo.

“El simbolismo expresa tanto una acción mediante otra acción, así como un objeto mediante otro objeto; hay sistemas simbólicos de verbos así como hay sistemas simbólicos de objetos, y, tanto en uno como en otro caso, es en el seno de un sistema simbólico dado donde se producen los deslizamientos».

Vemos así que se presentan:

“*El amor* que comprende el amor sexual, la ternura, la admiración, hasta la tendencia a identificarse con el objeto amado. *Lo hostilidad* que se transforma en emulación, deseo de imitar, y que termina, ella también, en una identificación, aunque diferente de la anterior; el *retraimiento* que se expresa tanto por el retroceso así como la pena y la lentitud física o mental, o la fantasía, el amor a la soledad, el misticismo; estos son algunos de los sistemas más constantes. Agrupan acciones cuya simple observación nos hizo sentir siempre su parentesco o en las que, por el contrario su acercamiento nos sorprende y nos instruye. Vemos, por otra parte, que el mismo sistema coloca juntas acciones cuyo valor moral y social es muy desigual”.(15)

Estos tres sistemas son inmediatamente identificables desde el punto de vista astrológico: el sistema *amor*, con todas las tendencias que se le atribuyen, corresponde a *Venas*, cuyo simbolismo es bien conocido. Sucede lo mismo con el sistema *hostilidad* y *Marte*. En cuanto al sistema *retraimiento* tiene como analogía perfecta al simbolismo de *Saturno*.

Algunos de estos sistemas no son bienes de un solo planeta sino una combinación

planetaria. Es cierto que entramos aquí en un complejo:

El curioso sistema simbólico, que podemos llamar sistema *virilidad*, y que comprende objetos muy dispares tales como la virilidad en el sentido sexual y la virilidad en el sentido general (coraje, audacia, energía, etc.), la agresividad, el órgano sexual masculino, son una serie de objetos asociados por su forma a este último (objetos largos y puntiagudos) pero que en general también están asociados a la idea de agresión (serpiente, bastón, espada, pistola, cañón, armas en general); así como en otros sentidos: la caben, la mano derecha, la afirmación de sí mismo, la personalidad, el nombre familiar, etc. Si uno se pregunta aquí cuál es el término básico, debe reconocer que se encuentra en dificultades. Es en lo concerniente a esta cuestión que los autores disienten. Para Freud el sistema básico es el falo; mientras que para Adler la búsqueda se hace en dirección abstracta: afirmación, energía. Es decir, que en la primera escuela, los términos diferentes serán símbolos fálicos y en la segunda símbolos de energía. La misma duda se repite en lo que se refiere al sistema opuesto al precedente: el sistema *mutilación*. Este agrupa imágenes e ideas también diferentes como la *castración*, la decapitación, el brazo roto o arrancado, la importancia o la inferioridad; para Freud, estas imágenes diferentes representan la castración, para Adler, la inferioridad; podemos decir que el ¿complejo de castración? para uno es el complejo de inferioridad, para el otro.” (16)

El sistema *virilidad* y el sistema *mutilación* son los dos aspectos negativo y positivo de un mismo sistema, de un mismo complejo. Están “representados” por la asociación de los dos mismos planetas. Pero *el aspecto Sol-Marte* es *armónico* en el primer caso, y *disonante* en el segundo. La conexión entre ambos sistemas es natural (los “materiales” son los mismos); su diferencia es una diferencia de composición: uno tiene éxito con los materiales, el otro no; uno produce una fuerza, el otro una debilidad. Entre los elementos de ambos, resulta fácil descubrir la materia simbólica de los dos planetas. A Marte le pertenece la virilidad sexual, la agresividad, el órgano masculino y sus diferentes sustitutos: serpiente, bastón, espada, pistola, cañón, etc. En cuanto al Sol domina la virilidad en el sentido general y moral, así como se relaciona, con distintos títulos, con la cabeza, la mano derecha, la afirmación de sí mismo, la personalidad, el nombre familiar, etc....

Al colocarnos en el terreno astrológico comprendemos muy bien la razón de la divergencia entre Freud y Adler. El primero puso más especialmente el acento sobre un componente del complejo, y el segundo recalcó la importancia del otro componente. Freud percibió, ante todo, el lado “marciano” del sistema (virilidad fálica, castración, brazo roto, arrancado...); Adler, por el contrario retuvo el aspecto ‘solar’ del sistema (virilidad moral, inferioridad, impotencia...). El complejo no es solamente marciano o solar, es un compuesto del Sol, de Marte; el término doble que mejor lo define es el de “virilidad-mutilación”.

(15) Charles Baudouin, *L'Ame et l'Action*, p. 106.

(16) *Ibid.*, p. 98.

La tradición da, en el estado huta, la siguiente explicación a la disonancia entre el Sol y Marte: peligroso para la vida, amenaza de herida, de accidente, operación, dilapidación, daño a la vista o a un órgano importante, de combate o de conflicto en el que uno resulta la víctima dé muerte violenta...Tenemos aquí un componente psicológico que se traduce en representaciones, comportamientos y acontecimientos del orden de la castración, de la mutilación, de la inferioridad, de la humillación... Lo que constituye una serie simbólica a lo largo de la cual se desplaza la energía del “complejo de mutilación».

Es preciso hacer hincapié en este importante punto, el que concierne a los traspasos que se realizan en el sistema simbólico. La movilidad de la energía afectiva y la facilidad de los

desplazamientos va, en sentido decreciente del sueño al juego, y del juego a la vida real. En efecto, en la existencia, en el sentido en el que habitualmente se la entiende, el traspaso no alcanza más que un pequeño número de términos del sistema, siendo la afectividad relativamente estable. Desde ya, los trasposos son más numerosos en el juego, donde pasamos fácilmente de un objeto a otro. En el sueño, la libertad del circuito es total; la vida onírica se mueve a través de todo el sistema y los trasposos sucesivos agotan todas las posibilidades. El sueño, en tanto que permite reconstruir toda la serie, es un sujeto de observación predilecto.

Finalmente, podemos esbozar un balance general para la práctica astrológica:

El simbolismo astrológico, hasta aquí bastante misterioso, explica una realidad humana: *el verbo del individuo inconciente* nueva función psíquica fundamental, arcaica, primitiva, que, en compañía de otros procesos y funciones encontrados a nuestro paso —el instinto, las asociaciones de ideas, el traspaso, el automatismo de repetición— confirma nuevamente *el adagio* según el cual el determinismo astral “viene de abajo”.

Este simbolismo es el *lenguaje por el cual se expresa la afectividad* (el corazón habla con símbolos). Cada individuo recrea el simbolismo con los materiales de que dispone; cada uno posee símbolos personales, pero éstos están bordados “en una especie de simbolismo colectivo. No hacemos sino enriquecer y modificar algunos trazos de los temas por los cuales se expresan las tendencias fundamentales de la humanidad.

Por lo tanto, el símbolo es a la astrología lo que las cifras: son a las matemáticas. Los signos, los planetas, nos hablan un lenguaje simbólico y es en este lenguaje que se expresan las tendencias del tema. Para descifrarlas, es más conveniente tomar prestado el pensamiento analógico del poeta que el pensamiento lógico del sabio.

Aquello que decíamos de las operaciones relativas a la dinámica psíquica se encuentra precisado en lo que concierne al simbolismo psíquico: El simbolismo astrológico corresponde muy precisamente al desplazamiento de la energía afectiva sobre verbos y objetos que pertenecen a una misma categoría, es decir, a una misma “serie simbólica”.

Así, si la tendencia se desplaza de un verbo a otro y de un objeto a otro, lo hace de una manera simbólica. Podemos representar gráficamente estos verbos diferentes: V₁, V₂, V₃, V₄ y los diferentes objetos: O₁, O₂, O₃, O₄.. como si se escalonaran a lo largo de una línea que sería la serie simbólica. El hecho de que la tendencia se fije alternativamente o sucesivamente a lo largo de tal o cual verbo o a lo largo de tal o cual objeto de la serie, significa que la energía de la tendencia se desplaza a lo largo de esta línea. analógica. También hay, en relación a la tendencia, una *equivalencia entre todos los verbos y todos los verbos y todos los objetos de la misma serie*, expresión del mismo símbolo,

Pero, ¿dónde está la carne viva de estas tendencias simbólicas?

LA GENÉTICA PSÍQUICA

Consideraremos ahora el carácter propiamente evolutivo de la psiquis. La libido se presenta como si debiera recorrer un cierto ciclo que caracteriza la trayectoria de la existencia en su trama profunda. Esta nueva óptica conviene a la astrología; ésta comprende mejor a la mariposa pinchada en una colección que a la larva que se transforma en la mariposa en pleno vuelo. En esta búsqueda de la realidad viva nuestro primer esfuerzo consiste en detectar los instintos en su raíz, las primeras manifestaciones de la infancia, mientras están en estado bruto y reducidos a su simplicidad para poder seguirlos luego a través de todas las edades de la vida.

El psicoanálisis nos enseña que estas tendencias, para realizar su evolución y lograr una madurez

normal, deben franquear esas etapas críticas que son como tantas otras pruebas. Es así como el individuo atraviesa fases específicas de su historia psíquica. No debe sorprendernos que estas fases se sitúen en los primeros años de la vida, pues es en el alma plástica del niño donde se imprimen en forma duradera las impresiones decisivas.

El nacimiento y su traumatismo, la lactancia, el destete, la aparición de los dientes, el interés por los productos de la digestión, la educación de los esfínteres, las manifestaciones de la personalidad, las inclinaciones y afinidades paternas..., figuran entre la serie de etapas del niño en el cuadro de experiencias de la especie humana. Se trata aquí de verdaderos estadios de elaboración de la personalidad, de organización provisoria, cuyos procesos nos permiten comprender las bases del comportamiento psicoafectivo del individuo adulto, normal o patológico. Estas épocas históricas del desarrollo humano se presentan como capas estratificadas que caracterizan los diferentes tiempos de la psiquis.

En el curso de su desarrollo psíquico, *el individuo tiende a ser "impregnado" por uno u otro de esos "estadios afectivos"*. En cuanto encuentra una dificultad, sufre un conflicto o se produce un traumatismo, el ser tiende a "fijarse" en el punto en que está y, asimismo, a retroceder. Hay una *fijación* cuando la perturbación conduce a una detención del desarrollo instintivo del estadio en cuestión, y hay una *regresión* cuando esta perturbación provoca la persistencia de un número anormal de caracteres del estadio anterior. Se corre el riesgo de que una fijación muy fuerte haga surgir una regresión en cuanto aparece la primera dificultad. La perturbación puede también prohibir una satisfacción excesiva del instinto, al dejar el niño con pena una etapa normalmente pasajera, o una frustración ó privación excesiva al no haber podido tener la satisfacción necesaria, o una alternancia entre las satisfacciones excesivas y las frustraciones excesivas, o también debido a cambios demasiado bruscos de la evolución. Cuando la fijación se produce, moviliza una gran cantidad de libido en el estado en que se halla; la fijación rodea cautiva a la libido y no facilita el bloqueo de nuevos intereses de la evolución siguiente, de manera que no existe más que una pequeña cantidad de libido para combatir las dificultades de la fase subsiguiente. Se presenta aquí un problema de "economía afectiva"

Las fijaciones del individuo en sus diferentes estadios de evolución infantil (destete, dentición, anal, etc.) determinan en él actitudes afectivas definitivas que, por el fenómeno de desplazamiento, actúan como una gota de aceite o como una bola de nieve. Estas actitudes se extienden a nuevas esferas de intereses vitales. De tal suerte, el ser humano ya está, en la adolescencia, en posesión de todo su teclado afectivo. Los primeros apetitos posesivos, centrados alrededor de la ingestión de alimentos, desbordan progresivamente esta área para abarcar, en tanto que la superficie de la existencia se expande, el dinero, las propiedades y todo lo que se posee; asimismo, los sentimientos oblativos (de capacidad propia) centrados primitivamente alrededor de la sexualidad, se extienden sobre los amigos, la patria, los ideales, etc. *Y es así que podemos establecer que "en un mismo grado de evolución instintiva entre individuos diferentes en apariencia, alejados lógicamente en razón de su diferencia evolutiva, los productos psíquicos son análogos entre sí"* (1)

Estas nociones psicológicas dan nueva luz a los elementos analógicos del simbolismo astrológico.

(1) Dr. R. Laforgue, *Le rêve et la Psychanalyse*, p. 241.

En efecto, en lo que respecta al simbolismo astrológico, aquello que la tradición atribuía a la civilización de los símbolos (signos, planetas, casas) agrupaba conjuntos de cualidades o de disposiciones muy dispares y sin conexiones visibles entre sí.

A falta de intuición psicológica, podríamos sorprendernos si ver incluidos en la misma lista a individuos cualitativamente tan diferentes. Por ejemplo, ver bajo el gobierno de Marte ya sea a asesinos, militares, carniceros, mecánicos o cirujanos... Pero hoy, gracias al psicoanálisis, podemos decir que estas categorías tan extrañas entre sí, agrupadas alrededor del mismo símbolo presentan analogías porque son el producto de un mismo estado, "estadio" del desarrollo afectivo. Es así que en nuestra categoría de "tipos marcianos" aparentemente tan dispares, se encuentran personales "fijados" en el estadio afectivo "sádico oral", y que no se diferencian solamente más que por el nivel de evolución. (Baudouin ya había notado que el mismo sistema simbólico alineaba acciones de un valor social y moral desigual). Los antiguos habían tenido la intuición justa al colocar en la misma clase "a los que cortan" (2)

Ahora podemos presentar la siguiente ecuación: MARTE asesinos, militares, carniceros,

védicos... estadio "sádico-oral".

Podemos aún con más autoridad establecer la relación entre los símbolos astrológicos y los diferentes estadios del crecimiento instintivo. Es, precisamente, una diferencia de nivel de evolución que, desde siempre, polariza los significados atribuidos respectivamente a los dos luminare.

La dialéctica Sol-Luna.

Su simbolismo está fundado sobre el eje dialéctico del día y de la noche, reinando sobre la vida diurna el principio solar, la conciencia, el trabajo, la comprensión, la discriminación (el brillante Logos del intelecto) y reinando sobre la vida nocturna el principio lunar, el inconsciente, las fuerzas misteriosas, a la vez ciegas y fecundas, creadoras y destructoras (el sombrío Eros de los instintos).

Se admite que el Sol tiene analogía con la conciencia, con la voluntad, con la realidad, con la actividad y con un modo de comportamiento que corresponde a un cierto sentimiento del yo (de fuerza, de grandeza, de elevación) semejante al *sel/-feeling* de los ingleses y al *selbstgehl* de los alemanes. Luego del descubrimiento de Pierre Janet de la jerarquía de las funciones mentales, los psicólogos percibieron estrechas relaciones entre el yo, la conciencia, la actividad voluntaria y la realidad. En efecto, el esfuerzo marca el pasaje de la mentalidad primitiva al yo, del inconsciente al consciente, de lo prelógico a la razón, del principio de placer al principio de realidad. Es así que en el caso de la despersonalización, comprobamos un decaimiento *paralelo* del yo. de la acción, de la conciencia y del sentimiento de lo real.

Los Antiguos colocaron en el simbolismo lunar, tendencias o funciones y personajes cuyo *parentesco* evidente descansa en el hecho de que están en un nivel "primario" de evolución psíquica. Es así que la Luna tiene analogía con el instinto, la imaginación, la memoria, la pasividad o la receptividad (podemos agregar el inconsciente); además, la Luna está en relación con la muía, el niño, la multitud, el pueblo (añadimos el primitivo). Encontramos precisamente que todos estos términos so presentan con un nivel psicológico paralelo. Poseen relatividad de posiciones en relación con los términos solares. Existe una similitud de la naturaleza psíquica basada en el instinto y en la afectividad entre los distintos personajes lunares. Aquello que caracteriza a la mujer (en relación al hombre), al niño (en relación al adulto), a la multitud o al pueblo (en relación al individuo), al neurótico, al "primitivo" y al soñador... otros personajes lunares o lunarizados, es precisamente, el elemento instintivo: predominante en la naturaleza inconsciente sobre la personalidad consciente, la afirmación de la instintividad, el carácter influible, sugestible, crédulo, desprovisto de sentido crítico; es una naturaleza que piensa en imágenes, que da libre curso a la imaginación, prefiriendo lo irreal a lo real, viviendo en el sueño, incapaz de vivir sin patrón, que tiene el deseo o la necesidad de ser dominada, sojuzgada, etc... y todos estos trazos constituyen el "carácter del tipo lunar. El primitivo y el niño tienen en común una imaginación viva y una suerte de memoria muy desarrollada. La multitud tiene una imaginación descontrolada. En cuanto al sexo femenino, está en relación al sexo fuerte, muy

(2) Verificación: No se ha hecho estadística astrológica acerca de los carniceros o los mecánicos. Por el contrario, sabemos que tenemos la prueba de la influencia de Marte en un grupo de 3142 jefes militares, y en un grupo de 1231 médicos cirujanos (si bien los cirujanos puros son más saturnianos que marcianos). En lo que concierne a los criminales he notado una dominante de Marte-Saturno en las "estrellas del crimen" si bien una estadística acerca de 623 criminales ha dado resultados algo decepcionantes. (N. del A.)

al sexo femenino, está, en relación al sexo fuerte, muy sujeto a las fuerzas afectivas; la emotividad es la médula de la estructura psíquica femenina. Los psicólogos nos han dado fórmulas evocadoras de la "familia" del soñador, del primitivo, del niño y del neurótico. Una de ellas nos dice, nosotros soñamos así como piensan los primitivos y los niños. En el sueño la sociedad disminuye su control sobre el individuo y el sueño nos hace defender hasta el inconsciente racial de la humanidad. Por otra parte, el carácter hipermétrico del sueño nos arroja a los recuerdos de la infancia que están, a veces, fuera del control de la memoria consciente. La moral del niño, es análoga a la del primitivo, declara Piaget: el niño, como el primitivo no separa su yo de su no-yo. En el neurótico, hay una regresión de la libido hacia la fase primitiva del desarrollo afectivo. En resumen, el psiquismo de estos diferentes personajes —todos lunares— está regido por las mismas leyes del inconsciente.

Si consideramos ahora a los diferentes personales solares, descubriremos igualmente el parentesco de nivel afectivo que permite establecer un vínculo de continuidad entre los términos del simbolismo, revelando su unidad estructural en tanto que "significador universal". Conocemos ya a

estos personajes: el padre, el hermano, el tío, el marido, el patrón, el jefe, el Estado... y hemos visto que, con el traspaso afectivo, el individuo realiza el *nuestro plan de conducta* frente a todos estos personajes. (3)

Igualmente podemos comprender el vínculo que existe entre otros términos del simbolismo solar relacionados esta vez con valores diferentes: vida, conciencia moral, honores, sociedad.

Podemos concebir que la vida se ordene según el padre como personificación del principio generador. Si no vemos inmediatamente el vínculo que se establece entre el padre y la conciencia moral o los honores, el psicoanálisis nos permite ver ese hilo conductor. Según sus enseñanzas el padre es para el niño la primera encarnación del deber moral. El padre es “proyectado” por el niño y es por esta identificación del niño con el padre que se transmiten los principios morales. La fuerza de esta imagen paterna interiorizada se convierte en una instancia moralizadora, la “voz interior de la conciencia” > (el super-yo). De la conciencia moral llegamos al honor, cuyo ejemplo primero es el padre: el recuerdo decisivo; y, en consecuencia, los honores (frente a la opinión pública) no son más que la objetivación de la representación interior. El Sol simboliza igualmente las normas interiores de la sociedad lo social. Las relaciones entre el ciudadano y el Estado son la copia fiel de las relaciones primeras entre el hijo y el padre: el Estado es el símbolo de la autoridad y la prolongación del super-yo paternal, si admitimos que los sentimientos públicos son una extensión de los sentimientos familiares. Existe una solidaridad, en el nivel del inconsciente, entre estos términos simbólicos del proceso solar. Así se explica la posibilidad del traspaso de un término a otro del sistema. Las mismas relaciones se presentan en lo que respecta a. los valores lunares tan diferentes como la madre, el instinto, la función digestiva, el estómago... “Físicamente el bebe depende de su madre; continúa siendo, aún mucho tiempo después de su nacimiento, la carne de su carne, la sangre de su sangre; no vive sino de la leche materna y de los cuidados de su madre. Sociológicamente es la madre la educadora de los instintos y de los primeros reflejos condicionados. Es ella quien regula la vida digestiva... Para el niño la madre es alimento, leche, seguridad, calor, caricia, universo afectivo. Toda influencia o empeño excesivo de ella sobre el niño tiende a convertirlo en delicado, sensible, emotivo, infantil o femenino, tiende a “lunarizarlo”.

Luego de este examen general vemos que el Sol representa el lado “superior” del psiquismo (bajo un doble aspecto: negativo de “super-yo” y positivo de “ideal del yo”), el plano de lo real, de lo actual, de lo social; en tanto que la Luna representa su lado ‘inferior’ (“ello”) el plano irreal, artístico, anímico del psiquismo (el alma animal, la vida vegetativa, como decía Ptolomeo). Si el primero simboliza la tensión del ser en su estado extremo idealista, el segundo simboliza el decaimiento del psiquismo hacia sus estructuras primarias. Es por eso que los astros de la noche representan, en el

(3) Según el sociólogo Seligman se han hecho encuestas sobre las más variadas culturas, las mismas imágenes oníricas tienen en todas partes el mismo significado. Según él, el padre es simbolizado por el emperador y por el Sol la madre por la Luna; el Padre es tanto el emperador, el totem, el Sol, según que nos encontremos en una sociedad organizada con clanes totémicos o en pueblos que tengan una mitología astral.

(4) Roger Bastide, *Sociologie et Psychanalyse*, PUF. 1950, p. 14.

sistema astrológico, el lado infantil y arcaico de la personalidad, su aspecto más vulnerable, su inferioridad, su punto de menor resistencia a la presión de los sucesos exteriores. En tanto que el astro diurno representa el lado de sus mayores exigencias, el punto de sus más elevadas aspiraciones, de sus más grandes pretensiones y, asimismo, de su individualización más fuerte. Y si la Luna marca el sitio de la mayor intimidad del ser, el Sol es el sitio de su sociabilidad más intensa, de su pertenencia a la sociedad. La cualidad del Sol define la naturaleza de lo divino, de lo espiritual que habita en el ser; su posición en Sector denota el lugar donde el individuo coloca su superioridad o su orgullo. En cambio, allí donde está la Luna hay un empuje de fuerzas brutas de la naturaleza; es el lugar donde el ser es más natural”, ya sea en su fecundidad, en su calor, en su espontaneidad o en su inferioridad y sumisión.

Resultará conveniente no caer víctima de las nociones relativas de inferioridad o superioridad; en semejante cuadro los valores femeninos se encuentran en desventaja con respecto a los valores masculinos; pero esto no responde a un plan: nos queda todo el resto. De acuerdo a estas definiciones globales, aquello que para la Luna puede ser inferioridad en función de los criterios solares de la conciencia, es superioridad desde el punto de vista de los valores reales del instinto; y si el Sol en su

día es fuerza, desde el punto de vista de la ética, es debilidad ante los valores nocturnos del instinto.

He aquí el simbolismo que podemos atribuir a los luminares; su antinomia nos revela claramente los dos planos fundamentales de la vida:

LUNA:	la noche	SOL:	el día
	el sueño		lo real
	la pasividad		la actividad
	el inconciente		el inconciente
	lo subjetivo		el objeto
	el instinto		el ideal
	la materia		el espíritu
	lo subordinado		el jefe
	el pueblo		el Estado
	el niño		el adulto
	el primitivo		el civilizado
	lo arcaico		lo elaborado
	lo individual		lo social
	el nombre		el apellido
	la interiorización		la exteriorización
	lo informal		lo formal
	la izquierda		la derecha
	el relajamiento		la tensión
	el agua		el fuego
	la mujer		el hombre
	la madre		el padre

etcétera.

Está claro que el reino lunar del psiquismo es aquella geografía de zonas de retirada donde encontramos “una suerte de equivalencia afectiva y simbólica entre la materia, la naturaleza, la madre, el pasado, la tradición, la infancia; todos centros de experiencia frecuentados más por la vida anabólica y vegetativa que por la vida catabólica y activa”.(5)

Estos términos se encuentran en la misma columna del agua, elemento primitivo. Por todas partes en la mitología encontramos el conjunto Luna-agua-lluvia-fecundidad-mujer-vida vegetal. “Es así, por ejemplo, que en la época neolítica, al mismo tiempo que se descubría la agricultura, el mismo simbolismo liga entre sí a la Luna, las aguas, la lluvia, la fecundidad de las mujeres, la de los animales, la vegetación, el destino del hombre después de la muerte y las ceremonias de iniciación.

(5) Emmanuel Mounier, *Traité du Caractère*, ed. du Senil, p. 587.

Las síntesis mentales hechas posibles por la revelación del ritmo lunar, crean la correspondencia y unifican las realidades heterogéneas; sus simetrías de estructura o sus analogías de funcionamiento, no hubieran podido descubrirse si el hombre primitivo no hubiera descubierto intuitivamente la ley de variación periódica del astro como lo ha hecho al principio”(6) Las divinidades lunares son, ante todo, divinidades de la fertilidad vegetal y animal: Istar babilónica, Hathor egipcia, Artemis anatólica, Anaitis persa. Algunas, como Isis, son la Naturaleza, la madre de las cosas, la dueña de los elementos, la tierra madre. Hay una hipótesis según la cual toda vida animal sobre nuestro planeta ha tenido su origen en el agua. Este ritmo vital, impuesto durante millones de años, a todas las funciones fisiológicas de la vida marina de los animales primitivos, no se extinguió naturalmente cuando los primeros anfibios abandonaron el mar; más bien, ha resistido y se hace sentir de una manera sorprendente sobre la vida de la mujer (épocas lunares), así lo admite J. J. Bachofen. Naturalmente, el mismo simbolismo se encuentra en el inconciente. Según Freud el nacimiento está casi siempre representado por una acción cuyo principal elemento es el *agua*; uno sueña que se arroja al agua o que sale de ella; que saca a alguien del agua o que lo sacan a uno. Dicho de otra manera, existe entre esta persona y el soñador una relación maternal. La noción de un “alma”, de una “mentalidad primitiva” de Lévy-Bruhl permanece en vigencia y está relacionada con las estructuras del retiro

donde se refugia la psiquis de la civilización en ciertos momentos de crisis: duelo, fracaso, desorden cualquiera del instinto, como si de súbito se replegara sobre su pasado, y al mismo tiempo, sobre el pasado de la humanidad. Asimismo, podemos decir que *el individuo*, “*recae*” en *el estado lunar* cuando está herido por la vida, cuando su salto hacia el mundo está por fracasar, cuando cae enfermo, cuando pierde a un ser querido, cuando desaparecen los planes de acción, cuando está desamparado frente a los éxitos arrolladores; «lunariza” cuando ama, cuando vive en su hogar, con su familia, cuando se refugia en sus recuerdos, cuando tiene aspiraciones imaginarias o se evade en puerilidades (mundo lunar)... El simbolismo colectivo coloca a la izquierda a estas energías de refugio, y en el lado inverso coloca el gesto activo del trazo de la acción (localización arquetípica reconocida por la grafología). Pero en el nivel lunar hay también, valores generosos, virtudes sutiles que reconocemos en la poesía y en la gracia.

Por el contrario, la zona solar del psiquismo es aquella donde las reivindicaciones de la conciencia son tanto más vehementes, donde la lucha contra el sueño de la vida y la pereza del instinto es constante, donde el combate del ser espiritual es más duro, donde Apolo sustituye a Dionisios. Es la zona de la plenitud de la conciencia y del compromiso, de la conciencia creadora. Es lo opuesto al ser distraído, replegado, “en la luna”, en la conciencia crepuscular. Domina aquí lo que Janet llama la función de lo real; es la marca de un psiquismo altamente organizado con los sentidos vivos del absoluto (cuando no interviene una cierta rigidez).

Pasar del estado lunar al solar es educar, enseñar al ser en formación a afrontar y a frecuentar aquello que James llamaba “la línea de la mayor resistencia”; resistencia a los automatismos, a la sugestión, a la impaciencia del instinto, a la emotividad, a las privaciones consentidas, a las obediencias, a los frenos... Consideramos que el determinismo astral es “la naturaleza del hombre”; la Luna es la vida orgánica, el grupo de actitudes primeras, esta vida personal “sacudida por entero por los impulsos del organismo y mezclada a los encantamientos que suben de la tierra de la raza, y de los siglos, hasta la sangre que golpea en mis sienes” (Mounier); el Sol es la vida civilizada o sublimada, es el rostro complejo que ofrece la personalidad en sus altas síntesis psíquicas, cuando interpreta su parto con el ambiente psíquico y social que la provoca, es lo social en el hombre.

El individuo *se realiza en el estadio solar*, cuando realiza lo que Jung llamaba la “individuación”; el ser dispone de la plenitud de sus facultades, juega con la integridad de sus fuerzas, logra su individualidad en la unidad de la Psyché total, no sufre más un destino sino que realiza una existencia. Es un centro creador, un sol. En la historia, vemos con frecuencia que de la masa o del Estado se eleva un héroe nacional, un tipo de acción o de sensibilidad que se impone como un modelo excepcionalmente atrayente para miles de individuos, de conciudadanos imitadores, el caballero, el conductor, el amante romántico, el autodidacta. Es el Sol quien simboliza el rol de estos modelos oficializados por el éxito; se encarna en los guías, los ideales, y los principios de la sociedad sobre los cuales los individuos establecen su conducta. El Sol, es el Héroe que modela a la humanidad con su ejemplo, sus éxitos y sus hazañas. Una cantidad de mitos presuponen una concepción fuertemente heroica del Sol: Surya y Helios conducen sus carros enganchados a fogosos caballos semejantes a los guerreros de las grandes epopeyas. Mircea Eliade comprueba que el culto al sol predomina allí donde, gracias a los reyes, a los héroes y a los imperios, “la historia se pone en marcha”. Luego de notar la solarización

(6) Mircea Eliade, *Tratado de Historia de las Religiones*.

frecuente de los Seres Supremos, comprueba la afinidad de la teología solar con las minorías, los soberanos, los iniciados, los héroes: las hierofanias solares tienen tendencia a convertirse en el privilegio de una minoría de elegidos. Árbol de la vida-rey-Dios, tal es ante todo la fórmula de la mitología solar.

Solar es Napoleón y Luis XIV, Petrarca y Ronsard, Liszt y Wagner, Corneille y Rubens. Lunar es Rembrandt y Corot, La Fontaine y Musset, Schubert y Schumann, Verlaine y Proust...

Podemos ahora ver los principales estadios afectivos y compararlos con los símbolos astrológicos.

EL SIMBOLISMO SATURNIANO DEL NACIMIENTO Y DEL DESTETE

No insistiremos aquí en el acontecimiento inicial que es el nacimiento y su traumatismo que sigue siendo el tópico fundamental de discusión para los psicoanalistas. El recién nacido, arrojado a lo

desconocido de la vida, sumergido en el afluir de los estímulos interiores, conocerá una angustia prototipo de todas las angustias ulteriores.

Se ha hecho un paralelo entre este choque y el acontecimiento típico que es el destete, considerado como una nueva edición del drama del nacimiento, y que constituye la segunda etapa de la separación de la madre. Es este paralelo el que nos permite adelantar que el primer acto de la existencia está “signado” por Saturno: el corte del cordón umbilical deja al recién nacido, dentro de un universo glacial, en un estado de “desanudadura” extrema, con una dependencia total de la madre.

Desde el nacimiento hasta el destete, el acento “libidinal” está sobre el acto de mamar: es *el estadio oral*. “El recién nacido está delante de una boca. En el nacimiento, la parte de la corteza cerebral más desarrollada es la que gobierna la zona oral. Podemos suponer que el niño toma contacto con el mundo y lo comprende principalmente en términos de boca” (7) “Durante el primer estadio la zona oral-sensorial está dominada por el modo de incorporación. El niño no sólo succiona y traga los objetos de los que se apropia, sino que también “absorbe” con sus ojos todo lo que se encuentra dentro de su campo visual abre y cierra su puño Como si fuera a arrebatar las cosas y pareciera que agarra con él todo aquello que sirve para su tacto”.(8) Esta tendencia a *incorporar* es dominante; el niño no ve en los individuos y en las cosas nada más que alimentos o una fuente de alimentos (lleva todo a su boca), e¹ objeto es una parte de sí mismo.

El destete alimenticio (pasaje de la alimentación láctea, es decir líquida, a la alimentación sólida) constituye para el niño una etapa difícil, etapa donde se *separa* alimentariamente de su madre (el cese de la alimentación directa del seno materno o del biberón semejante a un seno) y adquiere los rudimentos de un principio de autonomía. Supone “la fuerza de *renunciar* (9) las satisfacciones del estado precedente, un cierto consentimiento en el riesgo, en arrojarse a lo desconocido inhóspito, y en un sentido más amplio, en *una adaptación* que como todas es un acto “costoso”. (10) Si en este estadio el bebé ve que sus apetitos son contrariados por una alimentación defectuosa, si luego de un período de perfecta satisfacción se encuentra bruscamente privado, si su destete alimenticio es muy brusco, muy precoz o muy tardío, en resumen, si es mal aceptado, el niño “mal destetado” se chupará el pulgar, so tragará las palabras, se acercará a las polleras maternas, huirá del mundo y será dominado por el sentimiento de “miedo”, el cual no es, originariamente, más que un sentimiento de ausencia de la “persona amada”, es decir, la madre (Freud). El niño descubre en sus juegos, y más tarde, en una neurosis, un deseo nostálgico de *retornar* al seno materno; su energía vital está en juego, acaparada por una necesidad de protección, de *seguridad*. Esta *separación* no aceptada, se desplaza a menudo sobre su alimentación, sustituto de la madre alimento. Al tener la impresión de estar *privado*, y mostrar una postura reivindicativa, tiende ya sea a “agarrarse” de la comida (bulimia), ya sea, con más frecuencia, a portarse mal en la mesa no para negar aquello que se le da, sino para reclamar aquello que no se le da (anorexia). *La avidez por frustración*, exteriorizada o involucionada, constituye la nota dominante de su carácter. Notamos también la presencia de la pereza, un *rechazo* del esfuerzo (especialmente en la escuela), *lentitud*, expresión de un deseo de no vitalidad, de *retiro*, un *retorno hacia sí y para atrás*, o la falta de vivacidad, la *soledad*, *ti tristeza*; es este el cuadro general de la *regresión* llevado al extremo del rechazo de la vida.

(7) Clara Thompson. *Psychoanalysis*, Hermitage, 14. York, 1950

(8) Gérald Blum, *Les Théories psychanalytiques de la Personnalité*, PUF, 1955, p. 57.

(9) Todas las bastardillas son mias; se refieren a rasgos típicamente saturnianos. (N. del A.)

(10) Charles Baudouin, *L'Ame enfantine et la Psychanalyse*, ed. Delachaux et Niestle, pt 165.

Con esta descripción del traumatismo del destete y de sus consecuencias adultas hemos hecho el mejor cuadro del universo saturniano negativo. Nada falta: miedo, sentimiento-tipo, tedio, disgusto por la vida, sobre todo de toda vida nueva, es decir, inadaptación. La lentitud, la pereza, el rechazo del riesgo, del esfuerzo, de las responsabilidades; el mal humor, el retiro dentro de sí mismo, la cerrazón al exterior (introversión) la retirada ante la vida, la soledad, la tristeza, el retorno al pasado, la melancolía. El régimen de Saturno es el de la inhibición y su clima afectivo es el de la falta, de la privación, de la frustración, y, finalmente, de la renuncia que es desapego (del sujeto con la vida así como del niño con su madre). Los acontecimientos-tipo de Saturno van en la misma dirección: retrasos, trabas, frenos, limitaciones, abandonos, separaciones, pérdidas, sacrificios. Asimismo, se le añade muy especialmente —y nada es más característico—. la miseria, la pobreza, la carestía, el hambre, las “vacas flacas haciendo también de su morfología un tipo reducido, flaco, esquelético (la imagen física del hambriento). La alegoría representa al astro bajo la forma de un viejo descarnado con su guadaña; nos ofrece la palabra del fin: el *despojo*. El primer golpe de guadaña de la vida es el corte del cordón umbilical, y el segundo, la escisión alimentaria con la madre-origen. Adivinamos

cuáles pueden ser los verbos saturnianos negativos: la prohibición, la atrofia la, el anquilosamiento, la parálisis, la impotencia, la esclerosis.. Del lado positivo, el astro provee disposiciones que se relacionan con ese despojo consentido: el desapego del instinto, un carácter prudente, reservado, paciente, reflexivo... Facultad de reducción, de concentración, de objetividad, de abstracción. Podemos concebir que Saturno, en una de sus cúspides, otorgue al cirujano gran sangre fija y tú sabio la facilidad de tomar una extrema distancia frente al objeto que estudia con árido esfuerzo y acumulación de materiales. En el orden de los asuntos saturnianos, junto por ejemplo a aquellos que se orientan hacia el pasado (historiador, anticuario) registramos un auténtico desplazamiento del signo de la madre (perdida y reencontrada) hacia la madre-naturaleza. Se trata de asuntos que tienen por objeto la tierra: agricultor, minero, pocero, alfarero, geógrafo, arqueólogo, agrónomo, ciencias naturales... Si examinamos ahora el mito, sabemos que el viejo Cronos “devora” a sus hijos, aspecto caníbal que ha sorprendido a poetas y pintores. ¿No estamos en pleno dentro de la oralidad? Sólo Zeus, que es justamente la oralidad satisfecha puede destronarlo. Una vez destronado se retira a la agricultura (desplazamiento de la madre hacia la madre-tierra); es entonces que reina en el país del rey Janus, donde ha encontrado refugio y una prosperidad y abundancia maravillosas: el reino de Saturno hizo “la edad de oro” en Italia. ¿Acaso el mito, no expresa el retomo a la edad de oro de la cuna y del paraíso del seno materno? Es verdad que si lleváramos más allá el análisis del simbolismo saturniano, no tardaríamos en ver que de él se desprende una bipolaridad de valores; el simbolismo saturniano se adhiere tan bien a la oralidad, que no puede dejar de sorprendernos el que haya escapado a los psicoanalistas. Según mi conocimiento, sólo Germaine Guex (11) la evoca en su obra sobre la neurosis del abandono; nos hace notar que el ser humano colocado en una situación semejante que la del niño durante el destete, tiene dos maneras distintas de reaccionar: asirse fuertemente a las polleras de la madre hacia todo y contra todo, o renunciar, justificándose; quedarse fijado en una imagen de un deber que debe ser retomado; de un *fin* que debe ser perseguido, o de una pérdida consentida. Precisamente, existen dos tipos extremos de saturnianos: uno que permanece eternamente infantil, que nunca madurará afectivamente y que siempre se volverá hacia el seno materno; el otro que ya es, a los dos años, un pequeño viejo, Un ser seco, abandonado de la vida, alejado de los valores maternos. En el primero, la avidez es la tendencia dominante; hace de él un ser fuertemente egocéntrico y egoísta, posesivo, cualquiera sea la forma que esa tendencia tome: avaricia, celos, ambición, erudición, avidez.. En el segundo, es la desaprobación del yo la que prevalece con la huida de la libido hacia aquello que es menos subjetivo, menos afectivo, mas abstracto y más impersonal. El primero *está* prisionero de una subjetividad egocéntrica generalmente dolorosa, y el segundo tiende a despojarse de su persona, a la frialdad de su sensibilidad, a la extinción del instinto, al desinterés, a desistir de su ego: uno quiere reencontrar a la madre, el otro quiere estar en las antípodas. Frente al saturniano envuelto en *los* celos del *amor*, está el saturniano soltero incapaz de pasión; frente al parásito perezoso, está el infatigable que asume las responsabilidades más pesadas; frente al fanático, está el escéptico... etc. *Es* Chopin frente a Kant, La Fontaine frente a Mazarino, Bandelaire frente a Schopenhauer. He aquí, finalmente, un pequeño cuadro dialéctico de estas dos expresiones saturnianas:

(11) Germaine Guex, *La Névrose d'Abandon*, PUF, 1950.

anorexia	bulimia
desesperación	desorden
negación de la existencia	extremo deseo de existir
insensibilidad	hipersensibilidad
ascetismo	alegría
despersonalización	egocentrismo
objetividad	subjetividad
esfuerzo	pereza
renunciamiento	llegar hasta el final
separación	fijación
indiferencia	celos
lo borrado	lo “adherido”
escepticismo	fanatismo

Cuando Saturno interviene en una disonancia, nunca sabemos si *inhibe o reprime* la tendencia del planeta que afecta, o, por el contrario, si no la libera al hacerla regresar al estadio más infantil, a la edad de piedra (no por nada está en relación con el cristal, el mineral...). Cuando los astrólogos atribuyen a las tendencias saturnianas negativas un valor de “fatalidad”, no están del todo equivocados. La fijación en la edad de la cima es la más lejana, la más antigua, la más tenaz, precisamente la más crista-lívica. Uno de los procesos de la oralidad saturniana es la *introyección* (la encontramos especialmente en la melancolía) y es uno de aquellos que la terapia combate con más dificultad. ¿Podemos acaso curar a un avaro?...

EL SIMBOLISMO JUPITERIANO Y LA ORALIDAD SATISFECHA

Los Freudianos, absorbidos por el problema de la clínica, se han vuelto más hacia el pathos que hacia la psicología normal. Por esto no han insistido bastante sobre el aspecto contrario al traumatismo del destete. Sin embargo, algunos han evocado este aspecto positivo de la vida afectiva. Lo que han dicho responde exactamente al simbolismo de Júpiter, que es el planeta complementario de Saturno así como el Sol lo es de la Luna.

Allendy declara: “Se ha comprobado que mientras que ella (la fase de los instintos digestivos de la succión) ha sido satisfecha plenamente, el individuo que se convierte en adulto presenta una mentalidad relacionada con sus tendencias: ambición, buen comer, curiosidad, simpatía por las buenas ideas, optimismo, pacifismo, generosidad, etc.”(12)

Sophie Morgenstern por su parte, dijo: “El placer de la succión puede transformarse en el adulto en un gran optimismo y en confianza en la vida. Estas personalidades derraman a su alrededor una atmósfera simpática y feliz”.(13)

Por otra parte, O. Fénichel vincula un exceso de satisfacción oral en la primera infancia a un sentimiento ulterior de optimismo y de confianza en si mismo, a condición de que el medio ambiente no amenace la seguridad del niño (es decir, que Saturno no esté en cuadratura con Júpiter).

Maryse Choisy nos da un cuadro evocador de este estadio oral satisfecho: “Este estadio oral entre el nacimiento y el destete, no es más el paraíso maravilloso, fuera del tiempo y del espacio, del seno materno. Sin embargo, es el primer paraíso terrestre. El principio de placer juega libremente en la cálida cuna de seda y de plumas. El niño es un pequeño rey. En sus recuerdos de hombre adulto, guardará la nostalgia de este primer estado monárquico. Se identificará con todos los príncipes de los cuentos de hadas. Un hada está a su servicio. Un hada hace todo lo que él desea. Un hada-madre-alimento le da de todo: su leche, su seno, su calor, su protección, su afecto vigilante, su cuerpo y su alma”.(14)

(12) Dr. R. Allendy. *Capitalisme a Sexualité*, ed. Denöel, 1931.

(13) Sophie Morgenstern, *La Structure de la Personalité*, cd. Denöel, 1939.

(14) Maryse Choisy, *L'Anneau de Polycrate*, cd. Psyché, 1948.

Aquí también desde lo esencial, encontramos a Júpiter. Todos los manuales hacen del jupiteriano un personal, alegre, amigo del buen comer, optimista, abierto, generoso para consigo y para con los demás, algo indolente, ambicioso, natural y eufórico. Es el “amante del buen vivir” al que no le falta ni dinero ni importancia, ni robustez; no es un rey en el sentido absoluto de una vertical como el sol, sino un rey más bien horizontal sobre la tierra. Esbozaremos rápidamente su retrato, recurriendo a las tipologías: tiene a la vez el temperamento sanguíneo hipocrático, la actitud extravertida, el carácter colérico (de Le Senne); es también el ciclotímico de Kretschmer. Está plenamente adaptado a la vida y se dirige hacia la felicidad. Debemos notar un hecho interesante: en tanto que el saturniano que tiene problemas con la alimentación es generalmente flaco; el jupiteriano, en cambio, al que le gusta comer en exceso, pertenece al tipo dilatado, en plena prosperidad física, inclinado a “criar barriga”. Además, está el astro de la expansión, de la abundancia, de la prosperidad, de las “vacas gordas”. Mientras que el saturniano se despoja, se deslustra, el jupiteriano conoce la fortuna, la ganancia, la facilidad y el crecimiento... Ante la declaración de Abraham que hace del tipo oral un social, tenemos la estadística de Júpiter: en su grupo de 1485 deportistas, Michel Gauquelin

observa que los que practican deportes individuales no tienen a Marte en los ángulos del cielo; en tanto que aquellos que hacen deportes en equipo, tienen junto con Marte a Júpiter (Saillant) (823 casos).

En fin, si el jupiteriano es, por sobre todo, un gran consumidor, al Júpiter helénico, Zeus, ¿le faltaron acaso los favores alimenticios de la cabra Amaltea? ¿No tiene por atributos, además del cetro y el rayo el cuerno de la abundancia? ¿No le sacrificaban cabras y vacas? En todas las mitologías es el soberano ordenador y regulador de los bienes con su energía fecundante y bienhechora. Y en esto es un poco el prototipo de los jupiterianos terrestres: Buffon, Mirabeau, Balzac, Hugo, Rodin, Monet, Luther, Falliers, Francisco I, Curnonsky, Baimu.

EL SIMBOLISMO MARCIANO O EL ESTADIO SADO-ORAL

La aparición de los dientes marca una fase nueva e importante de la vida infantil. En su libro *Capitalismo y sexualidad*, Allendy esboza este cuadro: para el animal, es el momento en que deberá subsistir por sus propios medios, perseguir o atacar la presa para alimentarse, morder o ser mordido, vencer o morir. El mamífero pasa de la era de la leche azucarada a la era de la sangre ácida. Con la salida de los dientes aparece la dura realidad de la vida. En el reino animal el universo es un campo de carnicería. El animal se arma para la lucha, para el ataque o la defensa. En este reino la existencia pertenece al más fuerte, y el odio, junto con la ferocidad y la brutalidad, es el único sentimiento en esta tarea de crecimiento y de adquisiciones. Toda la energía del instinto se vuelve hacia la carnicería. En el niño, el simple hecho de alimentarse, desde el momento en que hay que usar los dientes y morder, y luego masticar para comer, indica una tendencia agresiva evidente. Toda la existencia del bebé se colorea y se impregna de un nuevo juego con los dientes. El niño no sueña más que con morder, despedazar, triturar y destruir. Si el carácter queda fijado en este momento del desarrollo, seguido de una insatisfacción anterior o contemporánea, el individuo se convierte para siempre en posesivo y cruel, celoso y ávido de energía, tiránico y violento. Cuando un carácter tal prevalece en Iba sociedad, se traduce en un espíritu de lucha y de conquista. En el individuo, en cambio, se traduce en crueldad en todas sus formas. Estos hombres buscan el combate y el peligro por sí mismos.

Podemos comparar esta descripción con la que nos da Maryse Choisy:

“La época del canibalismo es también la de los primeros ensayos musculares. Se anuncia la *lucha por la vida* con hocicos y garras. Es el momento del destete, en que la vida psicológica se carga de todo su potencial de acción. La conquista progresiva del mundo exterior se integra al yo. A los esfuerzos por masticar un nuevo alimento se agregan los esfuerzos por hacer los primeros pasos, los primeros gestos voluntarios. Partiendo de la actitud pasiva, el niño va hacia la fase activa. El pequeño rey será destronado. Hasta aquí recibirá todo sin riesgos. El calor, la leche, el que lo acunaran, le llegaban sin necesidad de pedirlos. Le era suficiente llorar un poco si tardaba en recibirlos. Ahora se impone un aprendizaje de movimientos voluntarios. Cuando estábamos tan suavemente tendidos en la cuna, ¿es que podíamos adivinar que este mundo era así, complicado y duro? Por otra parte, cada éxito debe traernos normalmente su alegría. El valor biológico crece, la confianza aumenta. Cada adquisición nueva satisface la voluntad de poder. En los pájaros, es el salto fuera del nido. Los mamíferos comienzan su caza personal. También el pequeño rey debe enfrentar sus primeros riesgos: caídas, heridas, daños, quemaduras.” (15)

(15) *Ibid.*, ps. 114-115.

En este estadio se produce un desarrollo totalmente nuevo: la afirmación de la dentición, los gestos voluntarios para tomar los objetos, el aprendizaje de la marcha, es el principio de la conquista del mundo. Juliette Boutonier hace, a propósito de este tema, un verdadero balance de los primeros verbos marcianos del niño: “Con la aparición de los dientes y con el desarrollo de la musculatura, notamos un buen número de actividades crueles” o “anti-sociales”: morder, arañar, pellizcar, arrancar, destrozar, golpear, y, en general, destruir”. De allí el término de “sádico-oral” dado a esta fase (se define al sadismo como una agresión cargada de placer contra un objeto más o menos detestado) en el curso de la cual el deseo de herir o de destruir el objeto es dominante.

Con todo lo que acabamos de decir acerca del estadio sado-oral tenemos una síntesis pura del simbolismo marciano. El sentimiento tipo de Marte es la cólera, y su psicosis, la manía. La flecha que golpea según el símbolo, expresa que Marte es la aspiración a la conquista exterior, la necesidad de la pelea por el objeto, la intervención activa y voluntaria. Los primeros verbos del astro son la expresión de una franca agresividad a pleno sol. Pero con el desarrollo del individuo, la acción marciana en cierta manera se moraliza. Vemos mezclarse la alegría de la iniciativa, el placer por la competencia

con el ataque frontal.: el fin de la conquista termina por borrar, más o menos, la impresión de la destrucción. Esta agresividad se utiliza finalmente para fines constructivos (“ganarse la vida”, “defender sus intereses”, conquistar el objeto de sus deseos, apasionarse por una causa); y es, asimismo, susceptible de ser puesta al servicio de los más nobles deseos. Pero es raro que no pase por una fase combativa, y en consecuencia, destructiva. La crueldad que el niño mostraba en su rostro desaparece en el adulto a consecuencia de su desplazamiento hacia acciones generosas o útiles. Si es militar, será un capitán alegre, temerario o audaz como Enrique IV, Conde, Gustavo Adolfo; si es político, será un hombre dominante y duro como Bichelieu, o un extremista impetuoso como Gambetta; si es escritor, será comprometido, iracundo, como Zola; si es músico, estallará en sonoridades como Berlioz; si es pintor, será expresionista e incendiario como Van Gogh; si es actor, será realista y viril como Gabin... Sabemos que las estadísticas confirman las influencias marcianas en los militares, los deportistas, y los médicos cirujanos que, como saturnianos-marcianos andan alrededor de lo trágico, del sufrimiento, de la enfermedad, y están encargados de combatir el mal y de luchar contra la muerte. Hemos de notar algo curioso: vimos que la morfología respondía, en cierta medida, a la psicología; el saturniano «mal destetado», será asténico o flaco, y el jupiteriano con su oralidad satisfecha, será un satisfecho. El marciano es, generalmente, musculoso cuando no es atlético. Es notable constatar que la estadística de Gauquelin, quien hasta ahora ha dado los resultados más brillantes (probabilidad de uno en 5 millones) es la que se refiere a la elevación y a la culminación de Marte en 1485 campeones deportivos de Europa: Precisamente, en el estadio sado-oral, se trata del nacimiento o el despertar del ejercicio muscular. ¿Hay una relación causal entre la satisfacción o la no-satisfacción de estos estadios afectivos y la morfología? Jamás se ha pensado en una relación tan audaz; por lo tanto, a partir de estos hechos estadísticos irrefutables, la astrología plantea este problema.

Al fin de cuentas, el estadio sado-oral nos provee el panorama marciano, aquel en el que se mueven el carnicero, el ase sino, el mecánico, el militar y el cirujano. Siguiendo la evolución, o el grado de socialización de su instinto, el hombre de Marte toma su posición entre el asesino y el cirujano; dispone de un teclado afectivo cuya gama se extiende entre estas dos posiciones extremas. ¿Qué nos dice la mitología? Ares, el Marte griego, era visto como el dios de la guerra de las carnicerías, de las mezclas confusas y de la ira brutal. Habitaba en las montañas de la Tracia. y no dejaba su palacio más que para tomar parto en el consejo de los dioses o para bañarse en sangre. En los combates lo acompañaba su hijo Fobos (el Temor) y Demos (el Espanto), que se enganchaban a su carro y lo conducían, mientras que Eris, la Discordia, su compañera y hermana, aparecía junto a él. Marte tuvo con Venus una célebre pasión amorosa... El reposo del guerrero. Tiene por atributos, la espada, el escudo y la lanza con sus trofeos. ¿Hay necesidad de hacer más comentarios?

LA DILÉCTICA VIRGO-ESCORPIO Y EL ESTADIO ANAL

Las actividades instintivas que aparecen después de la dentición están relacionadas con el funcionamiento del esfínter anal que, en los niños, se carga de un cierto valor afectivo; la masticación pierde su importancia en beneficio de la defecación. El funcionamiento rectal comprende un doble tiempo de repleción, retención, repleción y evacuación.

Los psicoanalistas dicen que en el curso de una primera fase, el niño obtiene placer en la libertad de sus expresiones, al procurarle la deyección sensaciones agradables, y durante una segunda fase, prefiere “retenerse”; el adiestramiento conduce a una moral de los esfínteres” (Ferenczi).

La fijación en el acto de evacuación de la función anal lleva a la voluptuosidad de ser sucio, o da un deseo de creación o de energía mágica. Jones establece que este complejo termina en el culto de la fealdad, de lo malo, de lo cruel: del sadismo; y Baudouin agrega que este tipo anal es eminentemente antisocial. La educación de los esfínteres inaugura la era de las rebeliones, el odio para con los padres que estalla en el momento en que ellos exigen el aseo Esta primera defensa da al niño la sensación de estar rodeado por un mundo hostil a la manifestación de sus deseos naturales, y el acto libre que llama su atención se transforma en un acto defendido. Si la educación del aseo está acompañada por asociaciones penosas de constreñimiento, de expoliación, corre también el riesgo de añadir al hecho de permanecer sucio un valor de protesta; una tendencia agresiva se enraiza en este terreno que consiste, inicialmente, en embadurnar el mundo que lo rodea con sus materias y, ulteriormente, en ensuciar, manchar, envilecer, vengarse, destruir; vemos aquí que aparece un sentimiento-tipo: el odio, asociado al hecho de que el producto anal está cargado del valor de descomposición, de muerte (los excrementos son el decaimiento del bolo alimenticio llevado al caos de la materia bruta) Pero en el acto de la alimentación, donde hay también una protesta, hay también una creación: el bebe da el primer producto salido de si mismo, producto que puede ser retenido como medio de chantaje (de allí que tenga una mentalidad mágica de energía total) o que puede ser generosamente ofrecido a los

padres como regalo.

Por el contrario, si la energía se fija sobre el acto de la retención, el carácter se forma en la represión que, por primera vez, el niño realiza libremente con sus posibilidades de placer. El anal replegado, a diferencia del anal relajado, vive bajo el régimen del control, de la retención, del orden, de la propiedad o del aseo, de la disciplina. Es más o menos económico, metódico, minucioso, cuidadoso, exageradamente serio, tiene mal humor, está adherido a los reglamentos y a las consignas, es amante de las cifras, de las precisiones, de las clasificaciones, fichas, sistemas, colecciones, en una palabra, es metódico y resume los trazos caracterológicos de aquel que ha sido llamado, injuriosamente, "constipado".

Encontraremos en estos dos signos zodiacales, que reconstituyen con una notable precisión para agrupar los mismos conjuntos de trazos, estos dos estadios del carácter anal. En astrología se han establecido entre los doce signos las diferentes partes del cuerpo humano, siguiendo una repartición regular que va de lo alto a lo bajo, habiendo asignado la cabeza al primero, Aries, y los pies al último, Piscis. Estas relaciones, conocidas con el nombre del *Hombre-zodiaco* están lejos de ser fundadas, si uno se atiene estrictamente al plano fisiológico. Por el contrario, están relacionadas con los procesos psicológicos vinculados a la actividad de los órganos biológicos (lo cardíaco, lo gástrico, lo intestinal, lo anal, lo pulmonar...), como si existiera un psiquismo de los órganos o una psicología de las funciones orgánicas.

Lo que es absolutamente notable, es que el signo de Virgo ha sido relacionado con los intestinos, y que se le ha atribuido una muy especial tendencia a la constipación, y, además, se le ha dado una constelación de trazos caracterológicos cuyo conjunto reconstituye precisamente el carácter anal replegado: control, retención, orden, disciplina, propiedad, minuciosidad, parsimonia, economía, método... De igual manera, no es menos sorprendente que Escorpio sea el signo del ano, y que reproduzca todos los trazos caracterológicos del anal relajado: agresividad, rebelión, odio, angustia, destrucción, muerte. Cuando el Sol pasa por Escorpio, del 23 de octubre al 21 de noviembre, la naturaleza en nuestro hemisferio conoce un proceso análogo a aquel de la defecación: el de la caída de las hojas, el despojo y la descomposición de la vegetación. La observación muestra, asimismo, que la ambivalencia, la angustia y la neurosis obsesiva corresponden a estos dos signos como corresponden a los productos del estadio anal.

Es interesante observar que en el zodiaco hindú compuesto de diez signos, Virgo y Escorpio están fundidos. Si ambos signos estaban ligados el uno al otro formando uno solo, ¿no es acaso porque expresan un mismo fenómeno o los aspectos de una misma realidad? No fue sino más tarde que Libra o la Balanza fue colocada entre dos signos para separarlos y para marcar el movimiento de balanceo que caracteriza el doble juego de sus manifestaciones. Además estos dos signos están representados gráficamente con la misma letra M prolongada por una cola, replegada para Virgo, y hacia afuera para Escorpio.

De una manera muy general podemos presentar esta dialéctica del carácter anal:

<i>Anal retenido</i>	<i>Anal relajado</i>
VIRGO: controlado	ESCORPIO: dejarse ir
racionalizado	instintividad
orden	desorden
disciplina	fantasía
civismo	anarquía
sumisión	rebelión
economía	gasto
sobriedad	intemperancia
castidad	pasión
duda	superstición
crítica	creación

Es raro que el tipo sea puro; es más frecuente ver, como consecuencia de un juego sutil entre la

inhibición de la retención y la impulsión del relajamiento, que las actitudes opuestas se equilibran. Vemos, asimismo, que un mismo sujeto se manifiesta durante un tiempo económico para luego empezar a gastar el fruto de sus economías; que el desorden se instala a su alrededor, y que manifiesta de súbito una desenfadada necesidad de orden; u e durante ciertos períodos, es cuidadoso, laborioso, impidiendo que algo salga de sí, mientras que, en otras ocasiones, expresa empujes creadores irresistibles; que se muestra remiso y luego ejecuta con prisa, a último momento, una tarea; que se muestra puntilloso, formalista para ciertas cosas y de una libertad osada para otras; que es puntual, en ciertas áreas y que es acomodaticio en otras. Vemos también que la ambivalencia de estos dos tipos conforma un centauro más o menos pintoresco: el corazón puro con las manos sucias, y el corazón sucio con las manos limpias, la prostituta respetuosa y “la gatita muerta”, el burgués que se envilece y el diablo que se hace ermitaño, el hipócrita, «el demasiado educado para ser honesto», el discreto intrigante y el precipitado manierista, el ingenuo libertino, el “protestón” dócil, el neurótico perverso, etc.

Si la superposición de estos estadios afectivos con los símbolos astrológicos correspondientes es perfecta, no sabríamos cómo, sin embargo, llevar más lejos la yuxtaposición. En el psicoanálisis, se hacen menciones de otros tipos: el uretral, el fálico, el genital, para no hablar del estadio edípico; sin embargo, yo no podría decir si se puede hacer un paralelo sin entrar en discusión con lo que sabemos en astrología. Sería inútil establecer acercamientos sin fundamentos. Por otra parte, existen otros tipos astrológicos que son, en relación al inventario psicoanalítico, como los casilleros vacíos de un cuadro de Mendeleiev.

Es interesante notar que las correspondencias astrológicas más precisas tienen que ver con, precisamente, los tres planetas superiores del viejo sistema que han dado (con la Luna) los mejores resultados estadísticos, los únicos que permanecen indiscutibles. Sin embargo, no podemos quedarnos sólo con éstos. Los clínicos han percibido las tendencias saturnianas y marcianas cuya tonalidad “maléfica” da el relieve de las perturbaciones patológicas. Captan, menos fácilmente, las tendencias felices y armoniosas de la afectividad que se confunden con la vida sana y normal: por regla general, el médico asiste al episodio patológico, pero pierde de vista al enfermo una vez curado. Es, sin duda, por esta razón que aquello que se desprende del simbolismo venusino (complementario del simbolismo marciano, como el do Júpiter lo es en relación al simbolismo de Saturno) presenta pocas huellas en los escritos freudianos.

Por otra parte, hemos agregado correctamente a *Venus, al sistema simbólico Amor* en el cual Baudouin incluía el amor sexual, la ternura, la admiración, la identificación con el objeto amado. Pero este sistema simbólico, ¿no puede corresponder también a un estadio del desarrollo afectivo análogo al estadio sado-oral de Marte? Tenemos razones para creerlo cuando, por ejemplo, Hesnard declara que el sentimiento amoroso se elabora sobre la primera atracción voluptuosa del seno materno “que en el niño más maduro parece transformarse en el centro de las primeras manifestaciones de la ternura, dirección decisiva del amor en su evolución de impulsión orgánica hacia el altruismo sentimental”.(16)

Tendríamos aquí una médula, una base de desarrollo, es decir, el “estadio” de una nueva unidad afectiva cuyo grupo de tendencias irreductibles tiene por característica, el amor. Los vínculos que guían al niño hacia su madre (o al sustituto materno) se anudan alrededor de un hedonismo, y el primer amor de un ser humano es el amor por el alimento de su madre que lo prodiga calor, caricias... Venus, al ser una personificación de los valores femeninos... Venus es un símbolo cercano a la Luna, a pesar de que se diferencia de ella) corresponde a esta emergencia del sentimiento del amor y es sobre ella que convergen todos los afectos del amor, directos y asociados: el deseo sexual, la sensualidad, la ternura, la admiración, la dulzura, la bondad, la belleza, el placer, en una palabra aquella “alegría de vivir” que uno llama «la felicidad”.

Podemos admitir fácilmente una relación entre Mercurio y esta suerte de nuevo estadio que llamamos periodo de latencia, en el curso del cual las pulsiones se ocultan detrás de un yo que quita sexualidad e intelectualiza el ser, en total relación con el mundo exterior (Mercurio es hermafrodita y totalmente adaptable); es la época de la escuela, de los camaradas de juego, de los libros, de la aparición del «compañero”.

No debemos olvidar tampoco que si a los planetas del septenario tradicional se los ha relacionado con los siete pecados capitales, lo han sido, sobre todo, con las siete edades de la vida, lo que permite reconstituir el simbolismo de cada una de ellas:

(16) A. Herstart, *La Vie et la mort des Instincts*, ed. Stock, 1926.

<i>Planetas</i>	<i>Pecados capitales</i>	<i>Edades de la vida</i>
Luna	la pereza	la infancia
Mercurio	la envidia	la adolescencia

Venus	la Injuria	la primera juventud
Sol	el orgullo	la mayoría de edad, edad de las ambiciones
Marte	la cólera	la edad adulta, la de las luchas
Júpiter	la gula	la madurez, edad del reposo
Saturno	la avaricia	la vejez

El psicoanálisis no se ha detenido especialmente en la caracterología; no le ha interesado. Sólo ocasionalmente Freud ha derivado algunos tipos. Son estos descubrimientos hechos al pasar los más ricos en esa área. Sin embargo, las investigaciones voluntarias no han sido tan exitosas (pienso en la escuela norteamericana en los tipos de Fromm, Karen Horney...) y nos hacen pensar que estamos aún lejos de las soluciones definitivas. Es por ello que subsisten lagunas en la correspondencia entre los teclados psicoanalíticos y astrológicos; será preciso aguardar largo tiempo antes de tener una superposición definitiva en lo que concierne a este punto.

A pesar de estas reservas podemos decir que hay una *relación entre el simbolismo astral y los diferentes estadios afectivos*. Partiendo de aquí, este simbolismo es la expresión de un “producto psíquico” que corresponde a una fase de la evolución instintiva. Las tendencias de cada planeta, particularmente, se relacionan con un nivel de desarrollo psicológico, y la tonalidad afectiva que de ellas se desprende se reencuentra en todos los planos del comportamiento y en todos los grados de la evolución del individuo.

Este nuevo elemento esclarece el orden de manifestación de las tendencias en una serie de gamas y permite divisar la actualización de los teclados psicológicos; sin embargo, estamos bien lejos aún de ese momento. Dentro de esta perspectiva, Juliette Boutonier establece estas reglas:

“No sabríamos reconocer la existencia de un instinto si no fuera por el parentesco de las conductas que él determina, haciendo abstracción de las diferencias que existen entre sus objetos, y tomando en cuenta los estados afectivos que acompañan sus conductas y que prueban que el sujeto es sensible a una cierta categoría de situaciones”. (17)

Y nos da un ejemplo tomando en cuenta el instinto agresivo: “Nuestro criterio será el siguiente: toda conducta que termina en una destrucción, en una agresión, todo sentimiento (simpatía u horror, miedo o deseo) que acompaña la conciencia de una agresión, de una destrucción, o de aquello que se ligue a esto directamente, es susceptible de descubrir la existencia de una pulsión agresiva. Poco importa la etiqueta que habitualmente se coloca sobre estos hechos”. (18)

Esta regla precisa de conducta sigue siendo delicada en su aplicación, puesto que el psicólogo choca con un número ilimitado de objetos a los cuales podríamos aplicar la misma tendencia; es por esta razón que dijimos que el astrólogo no podía aprender más que los verbos relativamente limitados de la conducta, pero no los objetos demasiado múltiples. A propósito del instinto agresivo, podemos tomar como ejemplo a Marte cerca de su culminación, en sector X, que es el sector social. Descubrimos esta posición en los temas de personajes tan diferentes como Napoleón I, Guillermo I y Guillermo II,

(17) J. Boutonier, *L'Angoise*, PUF, 1945.

(18) *Ibid*

Lüdenförf y Pétain, a su manera todos hombres de guerra, es decir gente de armas Nietzsche, que combatió las ideas tradicionales; Wagner, que revolucionó las ideas musicales; Savonarola, que atacó a la Iglesia; Barthou, que pregonó una política de acción europea contra Hitler; Lagailarde que organizó una insurrección argelina contra la Quinta República; y aún Van Gogh, que combatió contra sí mismo hasta el suicidio. En todos los casos, vemos que los personales luchan, pero con armas diferentes y en terrenos diferentes. Frente al verbo de la conducta, el objeto o es pobre o carece de importancia: en tanto que fruto de las oportunidades, es un poco el producto de “las ocasiones de la historia”; es la misma posición de Marte cerca de su culminación la que pone frente a frente, para el combate” a los adversarios, Francés y Austriaco (Napoleón y Metternich); Francés y Alemán (Pétain y Lüdenförf). Cuando el estadístico Gauquelin decide comparar los resultados obtenidos sobre 635 diputados de Reichstag y Bundestag, comprueba que todos, nazis y antinazis, se encuentran al borrarse la etiqueta electoral detrás de la *función* de representación pública en las dos cámaras alemanas, “ubicados bajo la misma bandera” de la dominante jupiteriana. Cuando decimos que el Sol en su culminación (nacimiento al mediodía) denota “una tendencia a elevarse, a brillar, a mostrarse”, esta conducta pertenece tanto a Napoleón como a Einstein, al estudiante que terminó siendo el

primero entre todos en la Escuela Normal como al deportista que gana la prueba olímpica, al contraamaestre de una usina o al alcalde del pueblo, a la vedette de un cabaret como el jefe de una banda, al obrero que protagoniza las huelgas de su sindicato como al introvertido alimentado por un ideal reformador. Hemos visto ya que la tendencia a “atesorar”, propia de la oralidad saturniana, puede entrar tanto en la acumulación del avaro; la posesividad del celoso, como en la habilidad del naturalista o en la avidez de conocimiento del sabio.

Además, cuando vemos al doctor Otto Rank, analizar el “Traumatismo del nacimiento” en la angustia infantil, la satisfacción sexual, la reproducción neurótica, la adaptación simbólica, la compensación heroica, la sublimación religiosa, la idealización artística y la especulación filosófica, no podemos menos que esperar descubrir, en un amplio registro, las situaciones de la conducta, independientemente del objeto mismo.

Estamos, de alguna manera, entre dos extremos por un lado el símbolo donde reina una unidad cegadora, y por el otro, las manifestaciones de la vida donde hace estragos una dispersión incomprensible. Cuanto más nos acercamos a estas últimas, más nos disolvemos en el caos de las multiplicidades. Por el contrario, en el estadio del símbolo, hemos pasado de lo múltiple a lo uno; en esa cima, el ser y la vida no se definen más por medio de una suma de cosas, una sucesión de hechos o un polípero de situaciones: se convierte en una sustancia única con un carácter evolutivo. La utilización de un registro de planos, análogo al evocado por Otto Rank, que represente los distintos niveles del comportamiento humano, constituye prácticamente el único eslabón intermedio del que disponemos para establecer la relación entre el símbolo unitario y la diversidad de los hechos. La relación puede ser presentada de la siguiente forma (sin que sea definitiva):

$$\text{Símbolo} = \text{estado afectivo} = \left\{ \begin{array}{l} \text{plano fisiológico} \\ \text{plano caracterológico} \\ \text{plano neurótico} \\ \text{plano sexual} \\ \text{plano profesional} \\ \text{plano artístico} \\ \text{plano filosófico} \\ \text{plano social} \end{array} \right.$$

En el nivel de cada uno, o al menos de muchos de estos planos, la diversidad de los objetos que cada tendencia puede manifestar, en lo referente a las situaciones históricas siempre nuevas y jamás idénticas, nos impide abandonar el control del vector objeto de la misma tendencia. Es allí donde encontramos por lo demás, la principal laguna de la astrología. Es un lenguaje donde, frente al significante celeste, el significado se dirige hacia los valores antropológicos siempre en movimiento, pues los ocasionales factores que describen los acontecimientos se articulan allí, más o menos estrechamente, en la cadena simbólica de la institución significativa. La “esclavitud” de todo lenguaje radica en el hecho de que la expresión jamás sea absoluta ni la relación acabada.

De este ejemplo podemos deducir la siguiente ecuación:
 MARTE en X = estadio “sado-oral” en el plano social

$$= \left\{ \begin{array}{l} \text{la Gran Armada (Napoleón)} \\ \text{la unidad alemana (Guillermo I)} \\ \text{1914-1918 (Guillermo II) Verdún y Junio 1940} \\ \text{(Pétain) Stresa (Barthou).} \\ \text{Argelia, 24 de enero de 1960 (Lagailarde)} \end{array} \right.$$

Considerando que Marte cerca de su culminación en Sector X canaliza la agresividad del estadio sado-oral especialmente en el plano social, el significado de esta misma disposición psicológica se traduce en los seis casos evocados por seis situaciones históricas diferentes. En tanto que el primero y el segundo miembro de la ecuación están de acuerdo con una relación válida para todos los casos, el tercer término constituye un punto de interrogación en el cual un hombre significado jamás ha terminado de cumplir con el contenido simbólico del significante con significado. Los dos primeros

miembros de la ecuación aparecen rigurosamente fijos; despliegan una cadena simbólica que constituye un todo casi estadístico en medio de una historia que fluye con el hombre que evoluciona y cambia. Por lo tanto, falta mucha para que nos den la visión de un significante cristalizado y fijado de una vez por todas, con el cual el significado deberá volver a ligarse, no sabemos por qué medios misteriosos. Vemos ahora, precisamente, que se integran a la dimensión temporal que atraviesa el individuo y a su poder constituyente